



EL CAZADOR DE CABALLOS

CAPITULO I

EL CONVOY DE EMIGRANTES

A unas cien millas al S. de la antigua ciudad española de San Antonio de Béjar, en la extensa llanura de Tejas, el sol de mediodía ilumina con sus rayos un cielo de deslumbradora brillantez, y su dorada luz se refleja en un grupo de objetos que se armonizan muy poco con el paisaje que los rodea, pues indican la presencia de seres racionales en un lugar donde no hay el menor indicio de habitación humana.

Dichos objetos se reconocen fácilmente, aunque sea á larga distancia: son carros, cubiertos con sus toldos redondos, blancos como la nieve. Son diez, apenas los suficientes para construir una *caravana de traficantes* ó un convoy del Gobierno: deben ser más bien propiedad de un emigrante que, habiendo desembarcado en la costa, se dirige á una de las factorías establecidas últimamente en Sierra Leona.

Como los carros avanzan lentamente á través de la sabana, apenas se conocería que se mueven, si no fuera por su relativa posición,

que en fila cerrada indica el orden de marcha.

Los cuerpos oscuros que se distinguen entre cada dos carros revelan que las yuntas están uncidas; y no se puede dudar que adelantán, pues el antílope emprende la fuga, despertado de improviso en su siesta, y el chorlito remonta su vuelo produciendo un grito agudo, asombrados ambos, cuadrúpedo y ave, al ver aquella línea de extraños objetos que van á turbar su sueño en el solitario dominio.

En el resto de la pradera no se observa movimiento alguno, ni de ave ni de cuadrúpedo, pues es la hora del día en que toda la vida tropical parece sumida en un letargo, ó que busca el reposo en la sombra. Sólo el hombre, estimulado por el amor al lucro, ó por su ambición, desprecia las leyes de la Naturaleza, arrostrando los rayos abrasadores del sol.

Así sucede, al parecer, con el dueño del convoy, que, no obstante el espantoso calor del mediodía, prosigue impávido su marcha. Que es un emigrante, y no de los comunes, se conoce desde luego por varios detalles. Los diez grandes carros, construcción de Pittsburgh, van tirados cada cual por ocho robustas mulas, y contienen efectos muy heterogéneos:

ricas provisiones, costosos artículos de mobiliario, incluso los de más lujo, y *mercancías vivas* bajo la forma de mujeres y niños de color. Los grupos de esclavos que avanzan á los lados del convoy, ó forman la retaguardia, y el ligero coche de viaje que precede, tirado por dos magníficas mulas de Kentucky, dirigidas por un auriga negro, casi sofocado bajo su librea, son otros tantos indicios de que el dueño del convoy no es un pobre poblador de los Estados del Norte que va en busca de nueva casa, sino un rico propietario del Sur que ha comprado ya una, y se dirige á tomar posesión de ella.

Y ésta es la verdadera historia del convoy: su propietario es un plantador que ha desembarcado en Indianola, en el golfo de Matagorda, y va por tierra al punto de su destino.

A la cabeza de la comitiva va el mismo plantador, Hugo Coxe, hombre alto y delgado, de unos cincuenta años, de color cetrino y expresión algo austera. Su traje, aunque sencillo, es costoso y consiste en un holgado levitín de alpaca, chaleco de seda negra y pantalón de mahón; la camisa, del más fino hilo, muestra los pliegues en la parte descubierta, y á guisa de corbata adorna el cuello una cinta negra. En cuanto al calzado, el pie que se apoya en el estribo permite ver que es de la mejor piel. Un sombrero de anchas alas preserva la cabeza y las facciones de los rayos del sol.

Junto al dueño del convoy van otros dos jinetes, uno á la derecha y otro á la izquierda: el primero es su hijo, joven de veinte años escasos, cuyas facciones contrastan no sólo con la severa expresión del padre, sino con la siniestra fisonomía del joven que va al otro lado y que es su primo. Su traje se reduce á una blusa á la francesa, de percal azul y pantalón de lo mismo, traje el más propio para el clima del Sur. Cubre su cabeza un gran sombrero de Panamá.

El primo, ex oficial de voluntarios, revela al militar por su traje de paño azul oscuro y su kepi.

Próximo á estos jinetes avanza otro, que sólo por ser blanco, aunque no del todo, merece ser descrito. Sus rudas facciones, su tosco traje y el látigo de cuero de vaca que empuña su diestra, manejándole con notable habilidad, indican que es el capataz y *azotador* de los humildes viandantes que constituyen el séquito del convoy.

Dentro del coche de viaje, especie de carroza que tiene algo de la forma del vagón de Jersey, van dos personas: una señorita muy blanca y una joven muy negra. La primera es hija única de Coxe; la segunda es la doncella.

Los emigrantes vienen de la *costa* del Misisipí, en Luisiana. El plantador no es natural de dicho Estado, ó, en otros términos, no es criollo; pero reconócese este tipo en las facciones del hijo, y más aún en el hermoso rostro que á intervalos se columbra entre las cortinillas del coche, y que indica la descendencia de una de esas *señoritas de mostrador* que hace más de un siglo atravesaron el Atlántico, lle-

vando en el equipo las pruebas de su virtud.

Coxe es un gran plantador de azúcar del Sur, uno de los más encumbrados y altivos de su clase; dispensa cual ninguno su aristocrática hospitalidad, y de ello viene la precisión de abandonar su morada del Misisipí para trasladarse con sus penates, y sólo algunos de sus negros, á las soledades del SO. de Tejas.

El convoy avanza con mucha lentitud, porque no hay ningún camino regular. Sólo se ve una senda indicada por las señales de las ruedas de vehículos que han pasado antes, y que apenas se distinguen ya.

Aunque el progreso es lento, las yuntas adelantan cuanto pueden, y el plantador cree que sólo le falta recorrer un espacio de veinte millas para terminar su viaje. Espera llegar á su destino antes de la noche, y por eso continúa la marcha, á pesar de los calores del mediodía.

De pronto, los conductores se detienen, por haberles hecho una seña el capataz, que, después de adelantarse unas cien varas, se para de súbito, como si ocurriese alguna dificultad.

Después vuelve trotando hacia el convoy, y sus gestos indican que alguna cosa va mal. ¿Qué será?

Hase hablado mucho de la probabilidad de encontrar indios en aquellos parajes.

¿Habrán aparecido por allí los merodeadores pieles-rojas? Los gestos del capataz no expresan, sin embargo, temor en este sentido.

—¿Qué ocurre, Sanson?—pregunta el plantador al acercarse el capataz.

—La yerba está quemada. Han prendido fuego á la pradera.

—¿Que han prendido fuego! ¿Está encendida ahora?—pregunta ansiosamente el dueño del convoy, mirando con inquietud el coche de viaje.—¿Dónde? Yo no veo humo.

—No, señor, no,—balbucea el capataz, comprendiendo que ha producido una inútil alarma.—No he dicho que esté ardiendo ahora, sino que han prendido fuego y que todo el terreno está ennegrecido.

—¿Bah! Eso ¿qué importa? Supongo que podremos caminar por una pradera negra lo mismo que por una verde.

—¿Qué necesidad es, Sr. Sanson,—añade el ex capitán Collins,—hacer tanto ruido por tan poca cosa, y asustar de esa manera á la gente!

Y, volviéndose hacia los conductores, les grita:

—¡Hola, negros! ¡Aplicar el látigo á las yuntas, y adelante siempre!

—Pero, capitán,—replica el capataz, contestando al caballero que le ha reprendido tan duramente;—¿cómo hemos de hallar el camino?

—¡Hallar el camino! Estáis disparatando. ¿Lo hemos perdido, por ventura?

—Temo que sí, porque ya no se ven las señales de las ruedas. Sin duda, han desaparecido con el fuego y la yerba.

—¿Qué importa eso? Supongo que podremos atravesar un espacio de pradera abrasada sin necesidad de guiarnos por las señales de las

ruedas. Ya las encontraremos de nuevo al otro lado.

—Sí,—contesta ingenuamente el capataz, que, aunque hijo del Sur, ha recorrido lo bastante el Oeste para aprender algo de la vida de frontera;—las encontraremos si damos con el otro lado. Yo no le he visto desde la silla, ni he observado tampoco ninguna señal de él.

pradera se han reducido á polvo, al soplo abrasador del fuego.

De frente, á izquierda y derecha, todo el espacio que abarca la vista, hasta el último confín del horizonte, ofrece un aspecto desolador. El cielo presenta un azul más oscuro, y el sol, aunque libre de nubes, no parece brillar con tanta claridad.



El avergonzado ex capitán, viendo que se ha extraviado, rehusa pasar adelante, y entonces mándase hacer alto

—¡Arread, negros, arread!—grita Collins, sin atender á estas palabras y picando espuelas á su caballo, como para que sea obedecida su orden.

Las yuntas se vuelven á poner en movimiento, y después de avanzar hasta el límite del espacio quemado, sin recibir los conductores instrucción alguna, vuelven á detenerse. Los jinetes blancos se reúnen para deliberar, pues lo creen necesario, sólo con mirar el terreno que se extiende ante ellos.

En cuanto espacio alcanza la vista, el país presenta un color uniforme, negro como el Erebo. No se ve nada verde, ni una mata, ni una brizna de yerba.

Ha terminado el solsticio de verano, y los tallos de las gramíneas y de las flores de la

El capataz ha dicho la verdad: ya no se ve rastro alguno: la acción del fuego ha borrado las huellas de las ruedas que hasta entonces indicaban el camino.

—¿Qué haremos?—pregunta el plantador en un tono que indica su perplejidad.

—¿Qué hemos de hacer, tío, sino seguir adelante?—replica el capitán.—El río debe estar al otro lado; y si no tocamos en punto á propósito para atravesarlo, á una media milla ó así podremos bajar ó subir por la orilla, según lo requiera el caso.

—Pero ¿y si nos perdemos, Casio?

—No es posible. Supongo que no hay más que un sendero; y si nos desviamos un poco, saldremos por una parte ú otra.

—Bien, sobrino. Tú entiendes de eso mejor

que yo, y, de consiguiente, me dejaré guiar por ti.

—No temáis nada, tío, pues ya he sabido salir de otros pasos peores que éste.

Y, volviéndose el ex capitán hacia los conductores, añade:

—¡Adelante, negros! Seguidme siempre.

El ex oficial de voluntarios dirige después una mirada al coche de viaje, por entre cuyas cortinas asoma un rostro encantador, que expresa una ligera inquietud, y, picando espuelas á su caballo, se pone á la cabeza de la caravana.

Entonces suenan repetidos latigazos y el crujido de las ruedas de los carros: el convoy ha vuelto á ponerse en movimiento.

Adelantan las mulas con mayor rapidez, pues *aquella superficie de arena ennegrecida*, extraña á sus ojos, parece excitarlas, y, apenas la tocan con los cascos, levántanlos presurosamente, cual si temiesen quemarse. Los cuadrúpedos más jóvenes manifiestan temor con sus continuos resoplidos; pero poco después parecen tranquilizarse, é, imitando á sus congéneres de más edad, caminan con tanta ligereza como antes.

Después de recorrer poco más de una milla, aparentemente en línea recta desde el punto de partida, detiéndose de nuevo el convoy por orden del que se ha propuesto hacer las veces de guía. El ex capitán acaba de parar su caballo y permanece inmóvil, como hombre que no tiene ya tanta confianza en sí mismo: diríase que no sabe á punto fijo qué dirección seguir.

El paisaje, si tal nombre se le puede dar, *ofrece un cambio, aunque no ventajoso*. Aún se ve un arenal hasta el último confin del horizonte; pero la superficie no es ya una llanura, sino que se accidenta, formando como unas diminutas cordilleras, ó, mejor dicho, ligeras ondulaciones, entre las que hay reducidos valles. No se podría decir que falta del todo la vegetación, si bien no se ve nada que merezca el nombre de árbol. Antes existieron allí *algarrobos y diversos individuos de la familia de las acacias*, solitarios unos, en grupos otros; pero su ligero follaje ha desaparecido, como la cera que se derrite á la llama, y solamente se reconoce su existencia por algunas ramas y troncos carbonizados.

—¿Te has extraviado, sobrino?—pregunta el plantador, acercándose al ex capitán.

—No, tío, aún no. Me he detenido para echar una ojeada. *Esta es la dirección que debemos seguir*, bajando por ese valle. Dejadles que me sigan: todo va bien. Yo respondo de ello.

El convoy vuelve á ponerse en marcha, baja por una pendiente, cruza el valle, franquea un declive y torna á detenerse otra vez en su cima.

—¿Has equivocado el camino, Casio?—pregunta de nuevo el plantador.

—¡Condenación! *Creo que sí, tío*,—contesta el ex capitán no muy respetuosamente.—De todos modos, ¿quién diablos ha de encontrarle en un mar de ceniza como éste? ¡No, no!—añade, no aviniéndose á confesar su torpeza

en el momento de acercarse el coche.—Ahora lo veo: todo va bien. El río debe estar en esta dirección. ¡Adelante!

Y el guía continúa avanzando, aunque con evidente vacilación, siguiéndole los conductores, que, á pesar de su estoicidad, no dejan de observar esta circunstancia y comprenden que no adelantan en línea recta, sino que trazan un círculo entre los troncos quemados.

De repente, se oye un grito del conductor, anunciando que ha recobrado la confianza; y la contestación es una lluvia de latigazos y alegres exclamaciones.

Una vez más avanza el convoy por una senda en la que se perciben señales de las ruedas de otros vehículos, que deben haber pasado antes, y no ha mucho tiempo, porque aún están recientes, y se reconocen las pisadas de los caballos tan bien como si acabaran de imprimirse. Otro convoy semejante ha recorrido, sin duda, hace poco, la pradera abrasada.

Y, así como el del plantador, no podía menos de dirigirse hacia el Leona, ó tal vez fuese un convoy del Gobierno, destinado al fuerte Inge; y, en este caso, bastará seguir sus huellas. El fuerte está en la línea de marcha y poco más allá del punto donde debe terminar el viaje.

Nada podía ser más conveniente: el guía, hasta entonces perplejo, aunque sin confesarlo, vuelve á tranquilizarse, y con aire de presunción da orden de proseguir la marcha.

En el espacio de una milla, ó poco más, se siguen exactamente las huellas del convoy, no en línea recta, sino inclinando hacia los troncos quemados; pero la fisonomía de Casio Collins, que durante un momento expresó confianza, se nubla de nuevo, manifestando la mayor confusión al descubrir que las señales de cuarenta y cuatro ruedas, que van siguiendo, son las que han dejado diez carros de Pittsburgh y un coche; y que estos vehículos son los mismos que él ha venido escoltando desde el Golfo de Matagorda.

CAPÍTULO II

GUÍA INESPERADO

No cabía duda que los carros de Coxe recorrían un terreno marcado ya por las señales de sus ruedas.

—¡Nuestras propias huellas!—murmuró Collins, profiriendo un voto al hacer esta observación.

—¡Nuestras huellas! ¿Qué significa eso, Casio? Supongo que no querréis decir que estamos recorriendo...

—El mismo camino. Sí, tío: eso es lo que hacemos. ¡Mirad! Ahí tenéis la huella de uno de los cascos posteriores de mi caballo, al que le falta media herradura, y aquí podéis ver la señal de los negros. Hemos dado la vuelta completa. Además, conozco muy bien el terreno: aquella colina que veis es la misma por la cual bajamos después de nuestra última parada. ¡Voto al diablo! Hemos recorrido inútilmente dos millas.

Las facciones del que así habla no expresan ya solamente la confusión, sino también la pena mezclada á la vergüenza, porque suya es la culpa si no va con ellos un buen guía. El que tomaron en Indianola los condujo hasta el último punto donde acamparon; pero allí surgió con él una disputa, á causa del carácter irascible del ex capitán de voluntarios, y el hombre se despidió, rehusando pasar adelante.

A causa de este contratiempo, así como también por una excesiva confianza en sus facultades para hacer las veces de guía, el sobrino del plantador está como avergonzado, sin saber qué decir; y su confusión crece de punto cuando se acerca el pequeño coche y dos brillantes ojos fijan en el joven su mirada.

Coxe no repite su pregunta: es evidente para todos que se han extraviado, y hasta los esclavos descalzos han reconocido sus huellas, comprendiendo que por segunda vez recorren el mismo camino.

Entonces se manda hacer alto y trábase una animada discusión entre los blancos, porque la situación es grave. El mismo plantador lo cree así, pues no puede terminar su viaje aquel día, como deseaba.

Este es el menor percance que podía ocurrirles; pero hay probabilidad de que se produzcan otros. No faltarán peligros en la llanura abrasada, y tal vez han de pasar en ella la noche, sin agua para los animales, si es que no se pierde otro día, ó aún más tiempo. Esto no se puede asegurar.

¿Cómo encontrar el camino? El sol comienza á descender, aunque todavía está demasiado alto en el cielo para indicar la línea por donde declinará. Si se espera algún tiempo, será posible orientarse.

Pero ¿de qué sirve esto? Conocer el E., el O., el N. y el S. no conducirá á nada, porque se ha perdido la línea de marcha.

Collins comienza á ser prudente, y no se atreve ya á indicar la senda. También vacila en repetir sus observaciones después de tan manifiesta y vergonzosa torpeza.

Una viva discusión de diez minutos no da resultado alguno: nadie puede indicar un plan para continuar la marcha; nadie sabe cómo salir de ese oscuro desierto que parece nublar, no sólo el sol y el cielo, sino la faz de los que penetran dentro de sus límites.

A lo lejos se ve una bandada de negros buitres que cada vez se acercan más y más: unos se posan en tierra, y otros se ciernen sobre las cabezas de los viajeros extraviados. ¿Tendrá alguna significación la maniobra de aquellas aves?

Transcurren diez minutos más, y aumenta el abatimiento; pero después, y como por mandato del Altísimo, todos los viajeros se reaniman. ¿Cuál es la causa? Es que avanza un jinete en dirección al convoy.

¡Inesperado encuentro! ¿Quién podía presumir que apareciese un ser humano en semejante sitio?

En todos los ojos se retrata al punto la alegría, cual si en la aproximación del jinete que

contemplan viesen la llegada de un salvador.

—Viene hacia aquí,—dice al plantador;—¿no es verdad?

—Sí, padre,—contesta su hijo Enrique, levantando el sombrero y agitándolo en el aire, como para llamar la atención del jinete.

La señal es inútil, pues el viajero ha visto ya los carros detenidos, y, poniendo su caballo á galope, llega muy pronto al alcance de la voz, y no se detiene hasta pasar del convoy y llegar al sitio mismo donde se halla el plantador con sus compañeros.

—¡Un mejicano!—dice en voz baja Enrique, haciendo esta deducción por el traje del jinete.

—Tanto mejor,—replica Coxe en el mismo tono.—Así es más probable que conozca el camino.

—Nada tiene de mejicano,—murmura Collins,—como no sea el atavío. Pronto lo veremos.

Y, adelantándose hacia el extranjero, salúdale y le pregunta:

—¿Sois mejicano?

—Lo soy,—replica el desconocido con una sonrisa.—Puedo hablaros en español si lo preferís; pero supongo me entenderéis mejor en inglés, que, según pienso, será vuestra lengua.

Suponiendo Collins que no se ha expresado bien en castellano, ó que ha pronunciado mal las palabras, se abstiene de replicar.

—Somos americanos, caballero,—contesta Coxe, como picado en su amor propio nacional.

Y después, cual si temiese ofender la susceptibilidad del hombre á quien piensa pedir un favor, añade á renglón seguido:

—Sí: todos somos americanos de los Estados del Sur.

—Bien lo veo por vuestro convoy,—contesta el desconocido, fijando su mirada en los conductores negros y con cierta expresión despreciativa apenas perceptible.—También comprendo,—añade,—que sois novicios en lo de viajar por las praderas. ¿No os habéis extraviado?

—Efectivamente; y tendremos poca esperanza de hallar nuestro camino si no nos hacéis el favor de dirigirnos.

—No es mucho favor. Por casualidad, he caído sobre vuestro rastro al cruzar la pradera, y, reconociendo al punto que os desviabais del buen camino, he llegado hasta aquí para avisaros.

—Es mucha bondad, y os lo agradecemos infinito. Yo me llamo Hugo Coxe de Luisiana; he comprado una propiedad junto al río Leona, cerca del Fuerte Inge, y esperaba llegar antes de anoecer. ¿Lo creéis posible?

—Nada lo impide, siempre y cuando que sigáis mis instrucciones.

Al pronunciar estas palabras, sepárase el recién llegado algunos pasos, y parece examinar el país, como para enterarse de la dirección que deben seguir los viajeros.

El jinete y su caballo, inmóviles en la cima de un montecillo, son dos figuras dignas del pincel de un artista.

El cuadrúpedo, magnífico bayo oscuro, es brioso como el que pudiera montar un jeque árabe, de ancho pecho, piernas nerviosas y finas, cuartos traseros redondeados y magnífica cola que barre el suelo. El jinete es un joven de veinticinco años á lo sumo, de airoso continente y nobles facciones; viste el pintoresco traje mejicano, consistente en chaqueta de paño, pantalón ancho con botones á los lados, botas de piel de búfalo con pesadas espuelas, faja de crespón de color escarlata y sombrero de anchas alas con galón dorado. Figuraos un jinete tan elegantemente equipado, firme en su silla de hechura morisca y fabricación mejicana, con adornos de cordobán, tales como los que usaban los conquistadores, y podréis formar idea exacta del hombre á quien el plantador y su gente contemplaban en aquel instante.

A través de las cortinillas del coche, dirigiánle también miradas muy expresivas, que revelaban algo más que un momentáneo interés.

Por la primera vez en su vida, Luisa Coxe veía el tipo creado en su imaginación, tipo del hombre heroico; y no se hubiera enorgullecido poco el extranjero si hubiese podido sospechar el interés que su presencia excitaba en el corazón de la joven criolla.

Esto no era entonces posible, pues ni aun sabía el desconocido que la joven estaba allí: había limitado á echar una ojeada sobre el vehículo cubierto de polvo como quien mira la ruda cáscara de una ostra, sin sospechar que en el interior brilla tal vez una preciosa perla.

—A fe mía,—exclama el extranjero volviéndose hacia el dueño del convoy,—no descubro señales para que os guiéis; mas, á pesar de ello, reconozco el camino. Deberéis cruzar el Leona cinco millas más abajo del fuerte; y como yo debo pasar por el vado también, podéis seguir las huellas de mi caballo. ¡Guárdeos Dios, caballeros!

Así diciendo, el desconocido pica espuelas á su caballo, que se aleja al galope.

El plantador y los suyos juzgan que aquella despedida es no sólo inesperada, sino hasta descortés; pero no tienen tiempo de hacer observaciones, porque ven al desconocido dirigirse otra vez hacia ellos. A los diez minutos hállase de nuevo en su presencia, y todos escuchan atentamente para saber la causa que le ha inducido á volver.

—Me ha parecido,—dice el extranjero,—que las huellas de mi caballo podrán servir de poco, pues los musteños (mustangs, según los naturalistas), han pasado por aquí después del fuego, dejando miles de señales. Las de mi alazán indican la herradura; pero como no tenéis costumbre de observar los rastros, tal vez no las distinguiríais, con tanta más razón, cuanto que en estas cenizas secas se asemejan todas las pisadas de caballos.

—¿Qué haremos, pues?—pregunta el plantador con acento angustioso.

—Mucho siento, caballero Coxe, no poder detenerme para conducirlos, pues debo llevar

un pliego al fuerte; pero os haré algunas advertencias. Si perdéis mi rastro, manteneos siempre á la derecha del sol, de manera que vuestras sombras caigan á la izquierda formando un ángulo de quince grados con vuestra línea de marcha. Avanzad directamente en el espacio de unas quince millas, y entonces divisaréis la copa de un alto árbol, de un ciprés: dirigíos á él directamente, pues se halla en la orilla del río, y muy cerca de allí encontraréis el vado.

El joven jinete se disponía de nuevo á dar la rienda á su caballo, cuando le detuvo de pronto alguna cosa: era la mirada de dos brillantes ojos, que observaba por primera vez á través de las cortinillas del coche. La persona estaba en la sombra; mas había suficiente luz para ver que el rostro á que pertenecían aquellos ojos era encantador. Y el desconocido notó también que le contemplaban fijamente con expresión de interés, casi de ternura.

El extranjero correspondió con una mirada de admiración, que trató de disimular torpemente; y para que no se interpretase su actitud como rudeza, volvióse de pronto hacia el plantador, quien acababa de darle gracias por su cortesía.

—No merezco mucho las gracias,—le dijo,—porque os dejó una probabilidad de extravíos de nuevo; pero, según os he dicho, mi tiempo está contado.

El joven consultó su reloj, como si esperase hallar tiempo para no viajar solo.

—Sois muy amable, caballero,—dice Coxe;—pero con las instrucciones que nos habéis dado, creo que tendremos suficiente. Espero que el sol nos indicará nuestro camino, y así...

—No: ahora que miro al cielo, veo que no podréis guiaros por el sol. Las nubes se agrupan por el Norte, y podrá suceder muy bien que dentro de una hora se oscurezca el astro del día, lo cual es seguro antes de que lleguéis á la vista del ciprés. No adelantáramos nada.

El desconocido parece reflexionar un momento, y añade, después de una pausa:

—¡Esperad! Me ocurre otro medio mejor: *seguid el rastro de mi lazo.*

Mientras hablaba, el joven ha desatado la cuerda del pomo de la silla, para arrojar parte de ella al suelo; y después, saludando graciosamente, más bien á la persona oculta en el coche que al plantador y los suyos, pica de nuevo espuelas á su caballo, y una vez más se aleja por la pradera.

El lazo, desarrollándose en toda su longitud y extendido en el espacio de una docena de varas, deja un rastro en la cenicienta superficie, semejante al de una serpiente que hubiese cruzado por la llanura.

—¡Ingenioso joven!—exclama el plantador mientras contempla al jinete, oculto ya casi entre una nube de polvo.—Debía haberle preguntado su nombre.

—Yo diría un joven presumido,—murmura Collins, que no había dejado de advertir la mirada dirigida por el extranjero hacia el coche, así como también la que le correspondió.—En

cuanto á su nombre, creo que no importa mucho, pues, seguramente, no os hubiera dado á conocer el verdadero. Tejas está plagado de bribones que toman nombres nuevos cuando llegan aquí, ya porque mejoran de situación, ó por otras razones que me callo.

—Vamos, primo Casio, — contesta el joven Coxe; — eres injusto con el desconocido, pues

— Parece que estáis muy impaciente por salir. Tal vez os agradaría correr un poco al lado de ese intruso, y, en tal caso, no es demasiado tarde. ¿Queréis que os preste mi caballo?

La joven se reclinó en el fondo del carruaje, evidentemente disgustada, así por las palabras como por el tono con que se han pronunciado; pero, en vez de expresar su enojo con un frun-



El joven, desatando la cuerda del pomo de su silla, les dijo que siguieran el rastro de su lazo

no sólo parece bien educado, sino que tiene todo el aspecto de un caballero, digno de llevar el más brillante nombre.

— ¡Un caballero! No es nada probable, si hemos de juzgar por su facha. No he visto hombre alguno parecido que no fuese un cualquiera, y supongo que debemos comprender á ese joven en el número.

Durante este breve diálogo, la hermosa viajera que va en el coche se ha inclinado fuera de la ventanilla, para mirar con marcado interés al jinete que se aleja rápidamente; y este detalle es, sin duda, el que ha excitado el despecho del ex capitán; pues, cabalgando hacia el carruaje, acércase á la ventanilla y dice á la joven en voz baja, para que no lo oigan los demás:

cimiento de cejas ó alguna enérgica contestación, disimúlalo de un modo que resiente más al que lo causó.

Una sonora carcajada es la única respuesta.

— ¡Muy bien! — añade Collins. — Ya pensé que debía haber algo, á juzgar por vuestra manera de conduciros en su presencia. Cualquiera hubiera dicho que deseabais tener una conferencia con ese orgulloso portador de pliegos. Tal vez os habréis enamorado del traje; pero no porque sean las plumas bonitas es mejor el pájaro, y me inclino á suponer que las suyas son prestadas. ¡Acaso las arranque yo algún día, juntamente con un poco de la piel que cubren!

— Vergonzoso es lo que decís, Casio: vuestras palabras escandalizan.

— El escándalo sería permitir que ocuparais

vuestros pensamientos en un tunante como ése. Seguramente, será el cartero que tienen los oficiales del fuerte.

—¡Un cartero! ¿Lo creéis así? ¡Oh! ¡Cómo me agradaría que me llevase epístolas amorosas ese cartero!

—Más vale que os apresuréis y vayáis á decirselo vos misma. Mi caballo está á vuestra disposición.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué necio me vais pareciendo! Suponed por un instante, aunque sea en broma, que tuviera el capricho de alcanzar á ese cartero de la pradera: de fijo, no lo conseguiría con ese perezoso jaco que montáis; pues, al paso que va su brioso corcel, se perderá de vista antes que tengáis tiempo de cambiar la silla para mí. ¡Oh! No seré yo quien le alcance, por mucho que me agradara... y tal vez *me agrade*.

—¡Cuidado no os oiga hablar así vuestro padre!

—¡Cuidado no os oiga á vos!—replica la joven, usando por primera vez un tono grave.—Aunque sois mi primo, y papá pueda creerlo el prototipo de la perfección, yo no opino del mismo modo, ni jamás os lo dí á entender. ¿No es así?

Un fruncimiento de cejas, producido, sin duda, por algún desagradable recuerdo, es la única contestación á esta provocadora pregunta.

—Sois mi primo,—continúa la joven con un tono que contrasta singularmente con la jovialidad manifestada al principio;—pero nada más, capitán Casio Collins; y no tenéis derecho alguno para erigiros en consejero mío. Sólo hay uno á quien debo escuchar en tal concepto, y que está autorizado para reprenderme; y, de consiguiente, os ruego que no volváis á dirigirme palabras semejantes á las que acabáis de pronunciar. Seguiré siendo dueña de mis pensamientos y de mis acciones, hasta que encuentre persona que los pueda fiscalizar, y ésa no seréis vos.

Pronunciadas estas palabras, y dirigiendo á su primo, con brillantes ojos, una mirada en que se revela á la vez la cólera y el desprecio, la joven criolla reclinase de nuevo perezosamente en los cojines del carruaje. Y corriendo después las cortinillas, indica con esto al ex oficial que la conversación ha terminado.

Estremecido ante aquel arranque de indignada inocencia, Collins procura consolarse con los gritos de los conductores del convoy, que comienza á moverse sobre una sombría superficie, aún más negra que los pensamientos del ex capitán.

CAPÍTULO III

LA TARJETA

Los viajeros no se inquietaban ya cerca del camino: el rastro del lazo no se interrumpía, y distinguíase tan claramente, que un niño hubiera podido seguirle.

No iba en línea recta, sino que ondulaba en-

tre los troncos, apartándose á veces del camino en los sitios donde el terreno estaba despejado. Esto se había hecho evidentemente con el objeto de evitar entorpecimientos á los carros, puesto que en cada ondulación los viajeros podían ver que había hondonadas ú otras desigualdades de la superficie del terreno.

—¡Qué previsor es ese joven!—exclamó Coxe.—Siento verdaderamente no haberle preguntado su nombre. Si pertenece al fuerte, ya le veremos otra vez.

—Supongo que sí,—añade Enrique,—y espero que no nos engañaremos.

La criolla, que ha oído este diálogo, no dice nada; pero mira á su hermano como dándole á entender que el mismo deseo abriga su corazón.

Halagado por la perspectiva de terminar pronto un fatigoso viaje, así como también por la esperanza de ver su nueva adquisición antes que se ponga el sol, Coxe se halla en uno de sus momentos de buen humor; y, á pesar de su aristocrático carácter, parece dispuesto á mostrarse complaciente con todos cuantos le rodean. Habla en tono cariñoso á su capataz, y detiénese de vez en cuando para gastar una broma con el negro Escipión, ó con la negra Cloe.

Toda la gente del convoy, excepto Collins, participa del buen humor de Coxe; la satisfacción se refleja en los semblantes de los negros conductores, quienes consideran á su amo como dispensador de su felicidad ó su desgracia, omnipotente después de Dios. Le aman menos que á éste, pero le temen más, aunque no es relativamente un mal amo, puesto que no se complacia en atormentarlos. Además, en ninguno de los negros se veían esas mutilaciones que son efecto de la venganza, cosa loable para un plantador del Misisipi, y de la que no todos podían alabarse.

Con un amo tan ejemplar, nada de extraño tenía que la satisfacción rebosara en todos los semblantes, ó que los esclavos participasen de la alegría de su dueño. Sin embargo, este regocijo no debía durar hasta el fin del viaje, y tardó poco en interrumpirse, no por falta de aquellos que le acusaban, sino por causas y circunstancias sobre las cuales no tenía nadie dominio.

Como había predicho el extranjero, el sol dejó de ser visible antes que los viajeros dieran vista al ciprés. En ello no había motivo alguno para inquietarse, porque el rastro del lazo seguía marcándose con tanta claridad como al principio, y, por lo tanto, no había necesidad de guiarse por el sol; pero aquel eclipse produjo mal efecto en todos los ánimos.

—Cualquiera creería,—dice el plantador, sacando su repetición de oro,—que anochece ya, y, sin embargo, no son más que las tres. Gracias á que el joven nos ha dejado una guía segura; pues, de lo contrario, habríamos vagado entre estas cenizas hasta la hora de ponerse el sol, y acaso nos hubiera sido necesario dormir sobre ellas.

—Negra sería la cama,—añade Enrique en tono de broma, á fin de amenizar la conversación.—¡Uf! Hubiera tenido lúgubres sueños durmiendo aquí.

—Y yo también,—añade su hermana, asomando su bonita cabeza entre las cortinillas del coche;—segura estoy de que habría soñado con el Tártaro, Plutón y Proserpina, y...

—¡Ja, ja, ja!—interrumpe el cocheró negro, alistado en el registro de la plantación con el

—¡Ah! Esa es la cuestión. Tal vez haya más de una razón.

—Dadnos una, pues,—dice una voz argentina que parte del fondo del coche.—Todos somos oídos para escucharla.

—Lo sois para escuchar la primera cosa que os dice un extranjero,—replica Collins;—y supongo que si yo diera mi razón me haríais el poco favor de considerarla como una falsa alarma.



Enrique Coxe leyó la tarjeta, y con grande alegría dijo á su padre que tenían el ciprés á la vista

nombre de Plutón Coxe.—Señorita, ¡soñar conmigo en medio de esta negra pradera! ¡Ser una buena broma! ¡Ja, ja, ja!

—No estéis muy seguros,—dice el ceñudo sobrino, llegando en aquel momento para tomar parte en la conversación,—no estéis muy seguros de que *no* tendréis que dormir aquí; y gracias que no suceda otra cosa peor.

—¿Qué queréis decir, Collins?—pregunta el tío.

—Que el jovenzuelo nos ha engañado; no lo aseguraré á punto fijo; pero todo induce á sospecharlo. Hemos recorrido más de cinco ó seis millas, y aún no se ve el árbol. He examinado el horizonte, y, á pesar de que tengo muy buena vista, no he distinguido semejante cosa.

—Pero ¿por qué había de engañarnos el desconocido?

—Eso dependería de su carácter, Casio, y creo que podríais aventuraros á ponernos á prueba. Apenas podríamos esperar una falsa alarma de un soldado y viajero de vuestra experiencia.

Collins comprende la indirecta; y tal vez se abstendría de manifestar lo que iba á decir si no interviniera el mismo Coxe.

—Vamos, Casio,—le dice con tono de cariñosa autoridad;—explicaos, pues ya habéis dicho lo bastante para que todos estemos algo más que curiosos. ¿Por qué razón nos había de engañar ese joven?

—Advertid, tío,—contesta el ex oficial, modificando un poco su primera acusación,—que yo no he dado por cierto que *nos* engañe: sólo he dicho que así parece.

—¿En qué sentido?

—¡Bah! Nadie sabe lo que puede suceder. Caravanas tan fuertes como la nuestra, y también más, fueron atacadas en estas llanuras, y después de saquearlas asesinaron á sus individuos.

—¡Misericordia!—exclama Luisa con un tono de horror más bien fingido que verdadero.

—Por los indios,—añade Coxe.

—¡Ah! Sí, los indios. Algunas veces son ellos, pero otras pueden ser blancos. Sólo se necesita un poco de pintura y una peluca con media docena de plumas pegadas en la cabeza, y dar muchos gritos para asemejarse á los salvajes. Si nos robase alguna partida de indios blancos, no sería la primera vez que ha sucedido esto; y nosotros lo merecemos, en parte, por nuestra excesiva confianza en un extranjero.

Collins llamaba con afectación extranjero al guía, no obstante la manifestación hecha por éste de ser mejicano, por lo cual podía considerarse en Tejas, como en su país, mejor que el yanke.

—¡Cielo santo! ¿Sabes, sobrino, que ésa es una acusación muy grave? ¿Quieres decir que ese portador de pliegos, si, en efecto, lo es, nos dirige á una emboscada?

—No, tío: yo no digo eso, sino que esas cosas se han hecho ya, y podrían hacerse.

—Pero no es probable,—replica con énfasis la voz que parte del coche.

—¡No!—exclama Enrique, quien, á pesar de haberse adelantado algunos pasos, ha oído la conversación.—Vuestras sospechas son injustas, primo Casio, y no vacilo en calificarlas de calumnia, porque puedo probarlo. ¡Mirad hacia allá!

El joven ha detenido su caballo y señala un objeto que se distingue claramente á orillas del sendero, el cual ha examinado ya antes con detención. Era una elevada planta del *cactus columnar*, cuyo verde y succulento tallo se había librado del fuego.

No era la planta misma lo que Enrique Coxe indicaba á sus compañeros, sino un pequeño cartón blanco en forma de paralelogramo, atravesado en una de las espigas. Cualquiera que conociese los usos de la vida civilizada no podía confundir aquel objeto con otro: era una tarjeta.

—¡Veamos lo que hay escrito!—continúa el joven, acercándose más y leyendo después en alta voz la indicación trazada con lápiz en el pedazo de cartulina.

«¡EL CIPRÉS Á LA VISTA!»

—¿Dónde?—pregunta Coxe.

—Aquí hay una manilla,—contesta Enrique, —con un dedo que señala, y la dirección que indica es, seguramente, la del árbol.

Todos dirigen al punto sus miradas hacia el lado que marca la señal de la tarjeta.

Si en aquel momento hubiese brillado el sol, se habría podido ver el ciprés á la primera mirada; pero entonces el puro cielo de antes presentaba un color gris de plomo, y la mejor vista no podía distinguir en el horizonte ninguna cosa que se asemejase á la copa de un árbol.

—No se ve nada,—dice Collins con marcada desconfianza, volviendo de nuevo á su indigna acusación.—Es un subterfugio, una prueba más de la treta que nos ha jugado ese tunante.

—Os equivocáis, primo Casio,—replica la misma voz que tan á menudo ha contradicho á las palabras del ex capitán.—Mirad con estos gemelos, y, si no habéis perdido la vista de esos ojos tan superiores, distinguiréis alguna cosa muy parecida á un árbol, y á un árbol muy alto: es un ciprés, si ha existido alguno en los pantanos de la Luisiana.

Collins desdeña tomar los gemelos de manos de su prima, pues sabe que se convencería, no pudiendo suponer que falte á la verdad.

Pero Coxe se aprovecha del auxilio, y, aplicando los cristales á sus ojos, distingue la copa del ciprés que se eleva en la pradera.

—Es verdad,—dice,—allí está el árbol. El joven ha procedido de buena fe y le has calumniado, sobrino. Nunca creí que se valiera de semejantes medios para engañarnos.

Y, volviéndose al capataz, añade:

—¡Hola, Sanson! ¡Que sigan avanzando los conductores!

El ex capitán, á quien ya no le interesa continuar la conversación, espolea su caballo con enojo, y avanza por la pradera.

—Déjame ver esa tarjeta, Enrique,—dice Luisa á su hermano en voz baja;—tengo curiosidad por ver la señal que tan bien nos ha servido. Quítala de ahí, pues de nada sirve ya donde se halla, después que hemos visto el árbol.

Sin sospechar Enrique los motivos que pueda tener su hermana para hacer semejante petición, obedece sin replicar, y arroja la tarjeta en la falda de Luisa.

—¡Armando Lancaster y Rodríguez!—murmura la joven criolla, leyendo el nombre.—¡Armando Lancaster!—repite pensativa, guardando la tarjeta en el seno.—Quienquiera que seas, de dondequiera que vengas, y á dondequiera que vayas, de aquí en adelante hay un destino entre nosotros... Lo presiento, lo sé, es tan seguro como que existe ese cielo. ¡Oh! Pero ¡cómo baja el sol! ¿Deberé mirar este indicio como el primero de nuestro horóscopo?

CAPITULO IV

LA TEMPESTAD

Durante algunos segundos, después de entregarse á los sibilinos pensamientos así expresados, la joven criolla permanece silenciosa, con la cabeza oculta entre las manos, como si toda su alma se absorbiese en un esfuerzo para explicarse lo pasado ó penetrar lo futuro. Pero su meditación, fuera cual fuere la causa, duró mucho, pues distrajéronla varias exclamaciones, mezcladas con palabras que parecían indicar algún suceso alarmante.

Al punto reconoció la voz de su hermano, que con tono de inquietud decía:

—¡Mirad, padre! ¿No lo veís?

—¿El qué, Enrique? ¿Dónde?

—Allá, detrás de los cerros. ¿No veis ahora?

—Sí; pero no podría decir lo que es. Parece... parece...

Coxe no encuentra el símil, y añade:

—Vamos: no me explico lo que es.

—Trombas parecen,—dice el capitán, que, al ver los singulares objetos, ha condescendido á volver junto al carruaje;—mas, seguramente, no pueden ser, porque estamos demasiado lejos del mar, y jamás he oído decir que se hayan visto en las praderas.

—Sean lo que quieran, yo creo que se mueven,—dice Enrique.—¡Mirad! Avanzan juntas y después se desunen. A no ser por esta circunstancia, creeríase estar viendo gigantescos obeliscos de piedra negra.

—¿Gigantes ó fantasmas?—dice Collins en tono de broma.—Ogros del otro mundo, que han tenido el capricho de dar un paseo por esta infernal pradera.

El ex oficial ha hecho un esfuerzo para cambiarse; pues, así como á los demás, domínale la inquietud.

Y no es de extrañar esto: en el horizonte del Norte han aparecido de pronto diez ó doce columnas negras como la tinta, en nada semejantes á cuanto se ha visto hasta entonces. No tienen la forma regular acostumbrada, ni parecen fijas de ningún modo, sino que cambian constantemente de tamaño, figura y lugar; ya avanzan rápidas, deslizándose sobre la pelada superficie de la pradera, ya se inclinan y balancean, afectando las más fantásticas formas. No se necesitaba esforzar mucho la imaginación para creer que los antiguos Titanes, resucitados en las praderas de Tejas, se entregaban á una danza salvaje en compañía de Baco.

En presencia de aquel fenómeno, jamás observado antes, que nada tiene de terrenal en su aspecto, y completamente desconocido para cuantos le contemplan, es muy natural que todos sientan alarma é inquietud.

Y así sucedía, en efecto. El presentimiento del riesgo sobrecogía á todos los corazones, pues creía que se estaba en presencia de algún peligro de las praderas.

Todos se han detenido, como de común acuerdo, al observar por primera vez los extraños objetos: los negros de á pie, así como los conductores, profieren exclamaciones de terror; las mulas y los caballos se han parado instintivamente; las primeras atruenan el aire con sus gritos, y los segundos relinchan y se estremecen.

No son éstos los únicos sonidos que se perciben. De las columnas de arena parte un ronco rumor semejante al que pudiera proférer una catarata, rumor que á intervalos se asemeja á una descarga de fusilería ó al fragor de un trueno lejano.

Estos ruidos se escuchan cada vez más distintamente, porque son más fuertes; el peligro, sea cual fuere, se acerca por momentos.

En los semblantes de todos los pasajeros se pinta la consternación, sin exceptuar al ex ca-

pitán, que ya no se permite bromas. Las miradas están fijas en el cielo, que parece descender, y en las negras columnas que, sin duda, se acercan para aplastarlos.

En aquel momento de crisis, se oye un grito que parte del lado opuesto, y que parece aliviar los ánimos, aunque se ha reconocido en él un acento de alarma. Y, al volver todos la cabeza, ven un jinete que avanza á galope hacia ellos.

El caballo parecía negro como el carbón, y también el hombre; mas, á pesar de esto, reconocese en él al extranjero, cuyo rastro ha servido de guía al convoy.

La percepción de la mujer es más rápida que la del hombre: la joven que está en el carruaje es la primera que ha conocido al jinete.

—¡Adelante!—grita este último, apenas se pone al alcance de la voz.—¡Adelante os digo, con tanta rapidez como podáis!

—¿Qué ocurre?—pregunta el plantador, alarmado.—¿Hay algún peligro?

—Sí. No lo había previsto antes: sólo al llegar al río he observado los indicios seguros de él.

—¿De qué, caballero?

—Del norte.

—¿Queréis decir la tempestad de este nombre?

—Precisamente.

—Jamás he oído decir que fuera peligrosa sino para los buques en el mar,—interrumpe Collins;—sé que es bastante fría; pero...

—Ya veréis que es algo más que fría,—replica el joven jinete,—si no os apresuráis á poneros fuera de alcance.

Y, volviéndose hacia el plantador, añade con cierta impaciencia:

—Caballero Coxe: os digo que vos y el convoy estáis amenazados de un peligro grave. No siempre se debe temer al norte; pero en cuanto á éste... ¡Mirad hacia allá! ¿Veis aquellos negros pilares?

—Sí: nos estábamos preguntando qué podrían ser.

—Pues son sencillamente los precursores de la tormenta. ¡Mirad allá! ¿No veis aquella negra nube que se va extendiendo por el cielo? Esa es la que debéis temer. No trato de infundiros una inútil alarma; pero os digo que esas sombras llevan consigo la muerte; se mueven y vienen hacia aquí, y no tenéis más medio de escapar que una rápida fuga. Si no os apresuráis, será demasiado tarde. Dentro de diez minutos os veréis envueltos, y entonces... ¡Pronto, caballero! ¡Os lo pido por favor! Mandad á vuestros conductores apresurar el paso cuanto sea posible. ¡El Cielo... Dios mismo, os lo manda!

Ante tan enérgicas frases, no piensa el plantador, ni por un momento, en rehusar; y al punto da la orden para que el convoy avance con toda la rapidez posible.

El terror que dominaba á los conductores y á los cuadrúpedos hacía inútil el uso del látigo.

El coche de viaje y los jinetes se ponen á la

cabeza como antes: sólo el extranjero se queda á retaguardia, como para prevenir en lo posible el peligro.

A intervalos sepárase á cierta distancia del convoy para hacer sus observaciones, y cada vez revelan sus miradas mayor inquietud.

El plantador, que lo ha notado, acércase y le pregunta:

—¿Hay todavía peligro?

—Mucho siento contestaros afirmativamente: esperaba que el viento soplara por el otro lado; pero...

—¿Viento?—interrumpe el plantador.—Yo no siento aquí ninguno.

—No, aquí no; pero allá se ha desencadenado el huracán, y no tardará en llegar. ¡Cielos! ¡Ya le tenemos cerca de nosotros! ¡Dudo que nos sea posible salir del espacio abrasado!

—¿Qué hacer, pues?—exclama el plantador, aterrado por aquella noticia.

—¿Avanzan vuestras mulas á buen paso?

—Sí: no podrían caminar más de prisa.

—Entonces, creo que *será demasiado tarde*.

Así diciendo, el jinete se aleja algunos pasos, y observa las negras columnas, como si calculara la rapidez con que avanzan.

La contracción de las facciones del joven no indica nada bueno.

—Sí,—exclama de pronto, cuando ha terminado su examen;—se mueven con más rapidez que nosotros, y no hay esperanza de escapar.

—¡Gran Dios!—exclama el plantador con acento de angustia.—¿Es tan grave el peligro? ¿No podremos hacer nada para evitarlo?

El extranjero no contesta inmediatamente: durante algunos segundos permanece silencioso, como entregado á sus reflexiones, y sus miradas no se fijan ya en el cielo, sino en los carros del convoy.

—¿No hay medio alguno de escapar?—repite el plantador con la impaciencia del hombre que se ve en presencia de un peligro.

—¡Sí!—contesta alegremente el jinete, cual si hubiera concebido de pronto una idea feliz.

—*Hay una probabilidad*, en la cual no había pensado antes. No podemos evitar la tormenta, pero sí el peligro. ¡Pronto, caballero Coxe! Ordenad á vuestros hombres que cubran la cabeza á los caballos y las mulas, para que los animales no cieguen y se vuelvan locos: las mantas y las capas servirán para esto. Terminada la operación, refúgiense todos dentro de los carros, cuidando antes de recoger los toldos y sujetándolos en las extremidades. Yo me cuidaré del coche de viaje.

Después de dar estas instrucciones, cuya ejecución dirige Coxe, ayudado por el capataz, el joven jinete se adelanta hasta la cabeza del convoy, y, acercándose á la ventanilla del carruaje, dice á la criolla, con toda la suavidad que permiten las circunstancias:

—Señora, es preciso que corráis bien las cortinillas; vuestro cochero debe refugiarse en el interior del vehículo, juntamente con esos caballeros.

Al pronunciar estas palabras, el joven jinete señala á Coxe, Enrique y Collins, y añade:

—Ya habrá sitio para todos. ¡Entrad pronto, yo os lo ruego! Dentro de pocos segundos tendremos la tormenta encima.

—¿Y vos, caballero?—pregunta el plantador, con marcado interés por el hombre que tanto se esfuerza para salvarles de un peligro desconocido.—¿Qué haréis?

—¡Oh! No os cuidéis de mí: ya sé lo que viene, porque no es la primera vez que me encuentro en ello. ¡Vamos! ¡Adentro al instante! ¡No hay segundo que perder! ¿No oís ese silbido? ¡Pronto! ¡La nube de polvo nos envolverá al momento!

El plantador y su hijo se apean al punto y suben al coche de viaje.

Collins, rehusando desmontar, permanece inmóvil en su silla. ¿Por qué había de temer un peligro imaginario que no espanta á otro hombre?

El extranjero se ha separado algunos pasos para ordenar al capataz que se refugie en un vehículo, orden que es obedecida en el acto, y, por primera vez, el extranjero queda libre de cuidar de sí mismo.

Desdoblando su poncho que llevaba cruzado en la silla, el joven cubre con él la cabeza de su caballo, sujetando las puntas en el cuello del animal; después se quita la faja, y, atándola al rededor de su sombrero, colócala de modo que una de las extremidades caiga sobre el semblante, formando una especie de visera.

Hecho esto, vuélvese otra vez, hacia el carruaje, y con gran sorpresa ve todavía á Collins inmóvil en su silla.

La humanidad triunfa de un sentimiento de incipiente aversión, y el joven jinete dice al ex capitán:

—Por última vez, caballero, os conjuro á subir al carruaje. Si no lo hacéis, os pesará, porque dentro de diez minutos podéis ser hombre muerto.

El tono con que son pronunciadas estas palabras produce su efecto: en presencia de un enemigo humano, Casio Collins no sería cobarde; pero acercábase otro que no era tal ni se podía comprender, y que se anunciaba con la voz del trueno y con sombras más oscuras que las tinieblas de la noche. ¿Quién no hubiera sentido pavor al aproximarse semejante enemigo?

El ex oficial no tiene fuerzas para resistir los avisos de la tierra y del cielo, y, deslizándose de su silla, aunque con fingida repugnancia, sin duda para salvar las apariencias, sube al carruaje y ocúltase detrás de las cortinillas.

No es fácil expresar con la pluma lo que siguió, ni hubo ojos que contemplaran el espectáculo, porque nadie se atrevió á mirarlo de frente. Bien es verdad que, aunque fuese posible, no se habría visto cosa alguna: cinco minutos después de haberse tapado la cabeza á las mulas, el convoy quedó completamente envuelto en una oscura nube.

Sólo se podría describir el principio del fenómeno, porque fué lo único que vieron los

viajeros. Una de las columnas de arena, la que avanzaba delante, se rompió al ponerse en contacto con los toldos de los carros, y entonces cayó sobre éstos un torrente de negro polvo, cual si hubiese comenzado á llover pólvora: era no más el preludio de lo que debía seguir.

Vino después un corto intervalo en que la atmósfera quedó clara, pero con una temperatura como la de un horno, y luego se oyeron silbidos, y soplaron ráfagas de un viento tan

tiempo estuvieron encerrados los viajeros en sus vehículos.

Al fin, se oyó una voz junto á las cortinillas del coche: era la del extranjero, que decía:

—¡Ya podéis salir! Aún deberéis luchar contra la tormenta, porque ésta durará hasta el fin de vuestro viaje, y tal vez tres días más; pero no hay nada que temer, porque las cenizas quedan barridas; van delante de vosotros, y no es probable que las alcancéis por esta parte de Río Grande.



Cinco minutos después, el convoy quedó envuelto en una oscura nube

frío como si saliese de una nevera, pareciendo que todas las trompetas de Eolo anunciaban el advenimiento del rey de la tempestad. Un instante después, el norte rodeó el convoy, que, detenido en la llanura, quedó envuelto en una atmósfera semejante á la que congela las montañas de hielo del Océano Ártico.

No se vió ni se oyó nada más, como no fuera el silbido del viento ó su ronco mugir, cuando agitaba los toldos de los carros. Los cuadrúpedos, que instintivamente habían vuelto grupas, permanecían silenciosos; y entre el estrépito del huracán no se oían las voces de los viajeros, que hablaban dentro de los vehículos.

Todas las aberturas se habían cerrado cuidadosamente, pues muy pronto se comprendió que el sacar la cabeza fuera era exponerse á morir sofocado: el aire estaba lleno de cenizas barridas en la superficie de la abrasada llanura y reducidas por el viento á un polvo impalpable y mortífero.

Durante más de una hora mantúvose en los aires la cenicienta nube, y durante todo este

—Caballero,—dice el plantador, bajando presuroso del carruaje;—debemos daros gracias por... por...

—Por la salvación de nuestras vidas, padre,—exclamó Enrique, añadiendo las palabras que su padre quería pronunciar;—espero que tendréis á bien decirnos vuestro nombre.

—¡Armando Lancaster!—contesta el extranjero.—Pero en el fuerte soy más bien conocido con el nombre de Armando, el cazador de caballos.

—¡Un cazador de caballos!—murmura sarcásticamente Collins, aunque con voz sólo bastante alta para ser oído por Luisa.

—¡Sólo un cazador de caballos!—reflexiona el aristocrático Coxe, sintiendo enfriar el entusiasmo de su gratitud.

—Ya no necesitáis para guía ni mi persona ni el rastro del lazo,—dice el cazador,—porque el ciprés se halla á la vista, y basta que os dirijáis hacia él. Cuando hayáis pasado del árbol, veréis ondear la bandera sobre el fuerte, y aun os quedará tiempo para llegar al tér-

mino de vuestro viaje antes de la noche. No tengo tiempo que perder, y debo despedirme de vosotros.

El mismo Satán, montado en un corcel del Tártaro, no hubiera podido parecerse más al diablo que Armando el cazador, al separarse por segunda vez de Coxe y su gente; pero ni la nube de cenizas que le envolvía, ni el humilde nombre que había dado á conocer, disminuyeron en lo más mínimo la estimación de una persona predispuesta en su favor: de Luisa Coxe.

Lejos de ello, al oír pronunciar su nombre, oprimió más tiernamente su tarjeta contra su albo seno, murmurando en voz tan baja que sólo ella podía oírse:

—¡Armando el cazador! A pesar de tu máscara de ceniza, á pesar de tus modestas pretensiones, has tocado el corazón de una doncella criolla. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Se parece demasiado á Lucifer para que yo pueda despreciarle!

CAPÍTULO V

LA MORADA DE ARMANDO

En las orillas del Álamo, una de las más límpidas corrientes que pagan su tributo al río de las Nueces, hay una modesta vivienda, la más humilde tal vez que pudiera hallarse en los límites de Tejas, y no por eso la menos pintoresca.

Están hechas sus paredes de troncos de yuca arborescente, que forman una estacada, y el techo consiste en una espesa capa de las largas hojas en figura de bayoneta, del mismo gigantesco vegetal. Los intersticios de los troncos no están rellenos con arcilla, como en la mayor parte de las cabañas del Tejas Occidental, sino cubiertos con pieles de caballos, sujetas por medio de agudas espinas de la planta llamada pita, espinas que hacen las veces de clavos.

En las asperezas que hay á los dos lados de la corriente, y que no son sino la terminación de la escarpadura del valle superior, encuéntrase en abundancia el material de que se compone la cabaña, las verdaderas yucas y los magueys, con otros tipos de la vegetación estéril; mientras que en el fértil valle inferior crecen los grandes árboles, sobre todo los olmos y los pecanos, que forman un bosque de varias leguas de longitud.

A lo largo de la orilla de la corriente hay varios claros que forman pequeñas praderas ó sabanas, cubiertas de esa yerba, la más nutritiva de todas, llamada grama.

En la depresión de uno de estos prados, de forma semicircular, elevábase la humilde vivienda que hemos mencionado. La corriente representaba la cuerda, mientras que los troncos de los árboles trazaban la curva, asemejándose á una columnata que sostuviera el techo de algún pintoresco anfiteatro.

A espaldas de la vivienda había un cobertizo con techo de hojas de yuca, sostenido por media docena de postes y rodeado por un peque-

ño recinto formado con troncos de árbol. Un poco más lejos veíase otro de igual construcción, pero mucho mayor, pues su circunferencia comprendía, por lo menos, un acre de extensión correspondiente al bosque. La yerba, pisoteada y rota en algunos sitios por cascos de caballo, de los cuales había numerosas señales, indicaba claramente que aquello era un corral para caballos salvajes.

Si hubiera existido alguna duda sobre este punto, habría sido desvanecida la presencia de media docena de dichos cuadrúpedos, cuyos espantados ojos y violenta excitación revelaban que se les había capturado recientemente.

Respecto al interior de la cabaña, presentaba cierto aseo y comodidad. Las paredes estaban cubiertas de pieles de caballo con el pelo hacia fuera, lo cual constituía un adorno singular y no mezquino, pues las había de diversos colores, negras, parduscas, blancas y amarillentas; y como estaban dispuestas con muy buen gusto, ofrecían una superficie tan variada como agradable á la vista.

Por lo que toca al mobiliario, era tan escaso como pobre: reducíase á una especie de lecho de campaña formado con una piel de caballo bien estirada y sujeta sobre un armazón de madera, dos banquillos del mismo género de construcción y una tosca mesa hecha con tablas de yuca. En un rincón de la vivienda veíase una especie de segundo lecho, formado de pieles de caballo sobrepuestas.

Lo más inesperado allí era un pequeño estante que contenía una veintena de libros, plumas, tinta, papel y también un periódico. Pruebas eran también de civilización, si no de refinamiento, una maleta de cuero, una carabina de dos cañones, de fabricación inglesa, una copa de plata, un cuerno de caza y un silbato para llamar á los perros.

En el suelo había varios utensilios culinarios, los más de metal blanco, y en un rincón una damajuana que contendría, seguramente, alguna bebida más fuerte que el agua del Álamo.

Otros objetos de la cabaña estaban tal vez más en armonía con aquel lugar, entre ellos una silla mejicana, una brida, un cabezal hecho con cerdas, varias riendas, dos ó tres ponchos y algunos cabos de piel.

Tal es la vivienda del cazador de caballos, tales sus alrededores, el interior y su contenido. En cuanto á los habitantes, redúcense á dos.

En uno de los banquillos, en el centro de la habitación, hallase sentado un hombre que no debe ser el cazador, pues por ningún concepto tiene trazas de propietario: lejos de ello, diríase á primera vista. á juzgar por su aspecto, que es un criado. Por tosca que sea la vivienda donde está, nadie puede confundir á aquel hombre con el dueño, y no porque esté mal equipado y alimentado, ó porque su aspecto sea mísero; pues, al contrario, es un hombre robusto y rechoncho, en el que llama desde luego la atención su abundante cabello de color de zanahoria y su cara rolliza. Su traje

consiste en una especie de levitín de pana, con grandes bolsillos, como los que usan los cazadores; levitín que en otro tiempo debió ser de color verde botella, pero que por el uso ha tomado un tinte pardo; calzón corto, también de pana, y polainas de piel. Un gran sombrero completa el atavío del individuo, si aceptuamos un pañuelo rojo de algodón ordinario, que rodea su cuello, y un par de zapatos de fabricación irlandesa.

No son necesarios los zapatos ni el calzón para dar á conocer la nacionalidad de aquel hombre: sus labios y su nariz, sus ojos, su aspecto y su actitud, indican desde luego que es un hijo de la verde Erin.

Si se hubiera tenido alguna duda respecto á esto, habríase disipado al oírle hablar, lo cual hace á intervalos, con un acento que sólo se puede adquirir en el condado de Galway.

No hagamos misterios: el individuo en cuestión estaba al servicio de Armando el cazador; era un antiguo criado del padre de éste, quien procedía de la desgraciada isla que gime bajo el yugo inglés, cuya pesadez le resulta insupportable.

Como es el único habitante humano de la cabaña, cabe suponerse que habla solo; mas no es así. Echado sobre un pedazo de piel, frente al fuego, con el hocico entre las cenizas, se ve un can que, por su aspecto, parece ser compatriota del hombre: es un enorme sabueso irlandés, de los que se emplean en el país para cazar el ciervo, y, á juzgar por su mirada inteligente, podríase creer que comprende el idioma de Connemara.

Sea ó no así, el hombre dirige la palabra al perro en esta lengua, cual si creyera que el animal debe comprender todas las palabras.

—¡Hola, Tara, amigo mío!—exclama el del levitín, fijando sus miradas en el sabueso.—¿No te agradaría estar otra vez en tu país, retozando sobre las limpidas piedras del patio de aquel antiguo castillo donde tan bien te alimentaban con tripas que no era posible ver una sola de tus costillas? ¿Qué diferencia noto en ti! Ahora podría contar todas las que tienes. ¡Pardiez! Yo soy quien quisiera hallarme allí, de cualquier modo que fuese; pero nadie sabe cuándo querrá volver el joven amo y llevarnos consigo. ¡No importa, Tara! Pronto debe ir á las factorías mi buen perro viejo, y, según ha dicho, hemos de acompañarle, lo cual será siempre un consuelo. ¡Pardiez! Hace ya tres meses que estuve en el fuerte, y tal vez encuentre allí algún antiguo conocido entre los soldados irlandeses que llegaron últimamente. ¡Por vida de... que hemos de beber un traguito! ¿No te parece, Tara?

El can levanta la cabeza al oír pronunciar su nombre, y produce un ligero gruñido, cual si dijera sí, en contestación al singular interrogatorio.

—Ahora me gustaría probar una gota,—continúa el orador, dirigiendo una codiciosa mirada á la damajuana,—y aunque fuese más; pero el recipiente está casi vacío, y acaso el amo notase la falta. Además, no sería honroso to-

mar nada sin permiso. No, no; de ningún modo quiero tocar el aguardiente: me contentaré con quitar el tapón para oler. Seguramente que el amo no sabrá esto; y, aunque lo supiese, nada importa, pues sólo con oler no disminuirá el líquido.

Hablando así, el orador se ha levantado de su asiento, acercándose al rincón donde está la damajuana.

A pesar de la inocencia de sus intenciones, nótase cierta vacilación en sus movimientos, que parece indicar falta de confianza en su propia integridad, ó en su dominio para resistir á la tentación.

Durante un corto rato escucha atentamente con la vista fija en la puerta, hasta que levantando la damajuana destápala y acerca el cuello de ésta á su nariz.

Pero esto no le satisface sino un breve rato; y gradualmente asciende el fondo de la damajuana, mientras que el cuello baja en dirección á los labios absorbentes.

—¡Pardiez!—exclama, mirando á hurtadillas hacia la puerta.—Nadie que sea de carne y hueso podría resistir el perfume de este magnífico aguardiente sin probarlo. ¡Bah! Voy á tomar una gotita, nada más que lo necesario para humedecerme la punta de la lengua. Tal vez me abraza la boca; pero no importa: ¡allá va!

Sin más vacilación, el cuello de la vasija se pone en contacto con los labios del hombre; pero, en vez de la gota para humedecer la punta de la lengua, el glu, glu que produce el fluido al salir de la damajuana indica que el bebedor se satura copiosamente toda la laringe y algo más.

Después de castañetear la lengua media docena de veces, profiriendo varias exclamaciones que denotan la suprema satisfacción, el bebedor se apresura á tapar la damajuana dejándola en su sitio, y vuelve á sentarse en el banquillo.

—¡Tara, viejo ladrón!—exclama dirigiendo de nuevo la palabra al can.—Tú fuiste quien me tentó; pero no importa, amigo mío, porque el amo no lo echará nunca de menos, sin contar que muy pronto debe ir al fuerte y podrá renovar la provisión.

Durante algún tiempo, el hombre permanece silencioso, reflexionando acaso sobre el acto que ha cometido, ó saboreando los efectos que el líquido ha producido en su espíritu.

Pero su silencio es de corta duración, y termina por el siguiente soliloquio:

—No deja de extrañarme que maese Armando tenga tanto afán por volver á las factorías. Dice que irá cuando se apodere del hermoso caballo manchado que últimamente ha visto. ¡Pardiez! ¡No tiene poco empeño con el tal cuadrúpedo! Supongo que debe haber en él algo notable y nada común, tanto más cuanto que le ha dado caza tres veces sin poder echarle la cuerda encima; y eso que mi amo montaba el bayo rojo. Asegura que no descansará hasta coger el caballo; pero ¡bah! Yo espero que renuncie pronto, porque, si no, vamos á estar

aquí hasta el día del juicio final. ¡Eh! ¿Qué es eso?

El hombre ha pronunciado estas palabras al ver al perro levantarse de su cama de piel y salir de la cabaña ladrando ruidosamente.

—¡Felim!—grita una voz desde fuera.—¡Felim!

—Es el amo,—murmura aquel á quien han dado este nombre, y que, levantándose presuroso de su banquillo, sale detrás del perro.

del lazo, fijo en el pomo de la silla, veíase un compañero, ó, mejor dicho, un cautivo, que con una correa de cuero arrollada en la mandíbula inferior, para comprimir la boca, y conservada en su sitio por otra que ceñía el cuello por detrás de las orejas, quedaba completamente sujeto.

El magnífico animal es una yegua, perteneciente á una manada que recorre los prados próximos á la corriente del Álamo, donde por



—¡Bah! ¡Bah! Voy á tomar una gotita,—exclama el hombre, poniendo el cuello de la vasija en contacto con sus labios

CAPITULO VI

CAPTURA OPORTUNA

Felim no se ha engañado al oír la voz que le llamaba: era la de su amo, Armando Lancáster.

Al salir fuera, ve al cazador de caballos á corta distancia de la puerta y avanzando hacia ella.

Como había dicho el criado, su amo monta el bayo rojo, que no parece ya de este color, sino completamente negro: tan empapado está en sudor su pelaje. Tiene también los ijares y las piernas cubiertas de espuma.

El bayo rojo no iba solo: en la extremidad

tres veces trató inútilmente el cazador de apoderarse del cuadrúpedo, no lográndolo hasta la cuarta.

Jamás había visto Felim á su señor volver tan agitado, cual aquel día regresaba, de una cacería de caballos, aunque trajese, como sucedía á menudo, media docena de musteños sujetos á la extremidad del lazo. Pero también es verdad que nunca pudo Felim admirar tan magnífico cuadrúpedo como la yegua manchada: con justa razón debía excitar el asombro de cualquiera menos inteligente en raza caballar que el ex mozo de cuadra del castillo de Billagh.

—¡Bravo! ¡Hurra!—exclama Felim, agitando su sombrero en el aire, apenas fija la vista en

la prisionera.—¡Gracias á la santa Virgen y á San Patricio, amo mío, al fin habéis capturado la manchada! ¡Pardiez! ¡Es una yegua! ¡Oh! ¡Qué bonito animal! Ya no me extraña que hayáis tenido tanto empeño en apoderaros de él. A fe mía que si la llevarais á la feria de Ballinasloe podríais pedir un buen precio y obtenerle también sin gastar nada en el anuncio. ¡Qué magnífico animal! ¿Dónde se le ha de poner, señor, en el corral ó con los otros?

—No, que la cocearian. Conviene atarla bajo el cobertizo. Rayo pasará la noche fuera, entre los árboles. Si se permite alguna distracción, se ha de acordar de ello. ¿Has visto nunca algo más hermoso que esta yegua, Felim? Por supuesto, hablando de caballos.

—Jamás, Sr. Armando, jamás en toda mi vida; y cuidado, que he visto cosas muy buenas. ¡Oh! ¡Qué hermoso animal! Mira como si se nos quisiera comer; y en verdad que parece que quiere tragaros. ¿No ha recibido todavía la primera lección?

—No, Felim: no quiero rendirla aún. Lo aplazaré hasta que tenga tiempo y pueda hacerlo debidamente, pues no quiero echar á perder una perfección como ésa. La domaré cuando estemos en las Factorías.

—¿Vamos á ir allá, señor?

—Mañana mismo: emprenderemos la marcha al rayar la aurora, á fin de emplear sólo un día desde aquí al Fuerte.

Muy pronto queda alojada en el cobertizo la yegua pinta, mientras que Rayo es atado provisionalmente á un árbol, para que Felim pueda ejercer sus funciones de mozo de cuadra, según el estilo adoptado en las praderas.

El cazador se tiende sobre su lecho de piel de caballo, rendido por el trabajo del día: la captura de la yegua le ha costado una cacería muy fatigosa y prolongada, más que ninguna de las emprendidas hasta entonces para apoderarse de un musteño.

Un motivo le habia impulsado, motivo desconocido de Felim, de Rayo, que le llevaba sobre su lomo, y de todo ser viviente menos él. A pesar de haber estado varios días en la silla, los tres últimos persiguiendo á la yegua manchada, y á despique de su cansancio, Armando no puede reposar: levántase á intervalos y recorre su cabaña como agitado por una profunda emoción.

Durante varias noches, su sueño ha sido agitado. A menudo incorporábase en su catre, de modo que no sólo Felim, sino también el sabueso Tara, han extrañado aquella intranquilidad.

El primero hubiera podido atribuir la causa al deseo de poseer la yegua, á no saber que la febril agitación de su amo es anterior al conocimiento de la existencia del especial cuadrúpedo.

Habían pasado varios días desde su último regreso del fuerte, cuando el cazador vió por primera vez la yegua pinta; y, por lo tanto, no podía ser esto la causa de su agitación.

El buen éxito alcanzado en la persecución

del cuadrúpedo, en vez de tranquilizar su espíritu, parecía haber producido el efecto contrario, ó, por lo menos, así lo piensa Felim, quien, con la libertad propia de un hermano de leche, se resuelve, al fin, á preguntar al amo la causa de su inquietud.

Y cuando el cazador se pasea de un lado á otro, saludale con la siguiente pregunta:

—En nombre de la santa Virgen, ¿qué le pasa, Sr. Armando?

—Nada, Felim, nada de particular. ¿Por qué crees que me pasa algo?

—¡Toma! Porque apenas cerráis los ojos, y cuando os parece estar durmiendo, comenzáis á murmurar como si os estuvieseis confesando.

—¡Ah! ¿De veras? ¿Qué me has oído decir?

—No gran cosa, señor, ni lo bastante para que yo pudiera comprender: siempre tratáis de pronunciar un nombre extraño, que no me parece indio, y que principia con C.

—¡Un nombre! ¿Cuáles?

—¡Pardiez! No podría decirlo exactamente, pero anteponeis otro, y ése no se me ha olvidado: es el de una mujer, no muy común en nuestro país: es Lo... Lui... Luisa: eso es, Sr. Armando; y después viene la C.

—¡Ah! —interrumpe el joven, que, al parecer, no desea proseguir la conversación sobre el mismo asunto.—Ese será un nombre que oí por casualidad en alguna parte. ¡Se tienen ideas tan extravagantes cuando se sueña!

—Tal vez, amo mío; pero, de todos modos, siento deseos de dejar alguna cosa.

—¿El qué? Supongo que no querrás dejarme á mí.

—¡Oh! ¡Eso nunca! Me refiero á Tejas. Quisiera alejarme de este país, para dirigirnos ambos al mío, que también es el de vuestro padre. Veamos: ¿de qué sirve permanecer aquí, gastando lo mejor de nuestra vida en no hacer nada? Seguramente que no vivís con mucha comodidad cazando caballos; y, aunque así fuese, ¿qué se adelanta con ello? Vuestra anciana tía, la que habita en el castillo de Ballyballagh, no puede vivir ya mucho tiempo; y á su muerte, aquel magnífico dominio será vuestro. No cabe duda que la propiedad tendrá pretendientes; pero nadie os puede disputar vuestro derecho.

—¡Ja, ja, ja! Eres todo un abogado, Felim, —dice el joven cazador, lanzando una carcajada.—¡Qué buen procurador hubieras hecho! Pero hablemos de otra cosa, tal vez olvides que no he probado nada desde esta mañana. ¿Qué tienes en la despensa?

—A decir verdad, no hay gran cosa, amo mío, pues nada se ha puesto en los tres días que habéis estado persiguiendo á la yegua pinta. Sólo queda un pedazo de venado, y pan de trigo. Si os parece, pondré la carne en la olla para hacer un picadillo.

—Hazlo así. Me esperaré.

—¿No mataríais mejor el tiempo con un traguito de aguardiente?

—Es verdad: dame un poco.

—¿Queréis tomarle puro, ó con un poco de agua? A decir verdad, queda muy poco.

—Pues haz la mezcla con agua fresca del río. Felim coge la copa de plata, y se dispone á salir, cuando, de repente, el podenco da un salto, ladra y dirígese hacia la puerta, lo cual induce á Felim á no adelantarse sin cierta precaución.

El ladrido del perro se convierte muy pronto en una serie de alegres aullidos, los cuales indican que le ha satisfecho la vista de algún antiguo conocido.

—Es el viejo Zab,—dice Felim, mirando primero desde el interior y saliendo después apresuradamente, con la doble intención de felicitar al recién venido, y ejecutar la orden que acaba de darle su amo.

El individuo que así se presentaba francamente ante la cabaña del cazador no se parecía á ninguno de los dos que la habitan.

Es de seis pies de estatura, bien cumplidos; calza grandes botas de piel curtida de caimán, en cuya campana quedan ocultas las extremidades de un pantalón de lana teñida, pero cuyo color, ya más sucio, no se podría definir; una piel de ciervo cubre el pecho y los hombros, debajo de la camisa, á guisa de almilla; y encima de todo esto lleva un levitón muy raído, confeccionado, al parecer, con una manta, que, verde en otro tiempo, ha tomado un tinte amarillento por efecto de un excesivo uso.

A esto se reduce el traje. Un ancho sombrero de fieltro, muy abollado y de color gris, completa la sencilla, por no decir mísera, vestimenta de aquel hombre.

Sin embargo, por su armamento podría reconocerse en él al cazador de los bosques, al verdadero descendiente de Daniel Boone: de unas correas sujetas en los hombros, pende una bolsa para balas y un gran cuerno en forma de media luna para guardar la pólvora; un cinturón de cuero muy grueso sostiene una vaina de piel, de la cual sobresale el tosco puño de asta de ciervo de un cuchillo de larga hoja.

No lleva polainas, ni la camiseta de piel de ciervo curtida que usan los más de los cazadores tejanos; tampoco se ve bordado alguno en aquella tosca vestimenta, ni el menor adorno en las armas: todo es sencillo, casi rudo, como si el individuo despreciase cuanto fuera indicio de vanidosa ostentación.

Hasta la carabina, su arma de confianza, la principal herramienta de su oficio, parecía solamente un tubo de hierro con un pedazo de madera en la extremidad, haciendo las veces de culata. Cuando ésta se apoya al suelo, el cañón del arma llega al nivel del hombro de su dueño.

El individuo así vestido y equipado tendrá unos cincuenta años; es más bien moreno que rubio, y sus facciones ofrecen á primera vista un marcado sello de gravedad.

Sin embargo, examinado de cerca podría reconocerse en él cierto carácter jovial; y en el guiño de sus pequeños ojos grises se adivina que es susceptible de admitir una broma y hasta de tomar parte en ella.

El irlandés ha pronunciado su nombre: llá-

mase Zabulón Stump; pero se le conoce mejor en el muy limitado círculo de sus relaciones por el viejo Zab.

«Kentukiano por nacimiento y condición», como él hubiera dicho á quien le preguntase cuál era su país y nacionalidad, Zab había pasado la primera parte de su vida en las selvas vírgenes del Misisipí Inferior, dedicado exclusivamente á la caza, y ahora ejercía el mismo oficio en las soledades del SO. de Tejas.

El proceder del sabueso, al saltar delante del cazador, mostrando sus aguzados caninos, indicaba ya que mediaban amistosas relaciones entre Zab y Armando.

—¡Felices!—exclama el cazador, saludando lacónicamente con esta palabra, cuando se proyecta su elevada estatura en la puerta de la vivienda.

—¡Buenas tardes, Sr. Zab!—contesta Armando, levantándose para recibir la visita.—Entrad y sentaos.

El cazador acepta la indicación, y, dando un solo paso, y después de algunos movimientos, consigue colocarse en el banquillo ocupado antes por Felim. Como el asiento es muy bajo, las rodillas de Zab tocan en su barba, y su larga carabina se eleva como una pica á varios pies sobre su cabeza.

—¡Mal haya estos banquillos!—murmura el cazador, evidentemente descontento por la postura que acaba de tomar.—¡No son poco duros! Prefiero apoyar mi armazón en un tronco, porque así sabe uno que tiene debajo algo que no se ha de caer.

—Probad aquello,—replica Armando, señalando la maleta que se halla en el rincón.—Ese asiento será más cómodo.

El viejo Zab, obedeciendo la indicación, endereza su colosal osamenta, y trasládase al rincón.

—¿Venís á pie, como de costumbre, Sr. Zab?—pregunta Armando.

—No: he dejado mi animalejo fuera, atado á un árbol. No voy de caza.

—Creo que no cazáis nunca á caballo, ¿eh?

—Eso se queda para los neófitos. Todo el que va á cazar á caballo es un tonto.

—Pues ésa es la costumbre general en Tejas.

—General ó no, es muy tonta, propia solamente de los perezosos. Obtengo yo más carne á pie en un día, que en toda una semana zarrado por un cuadrúpedo. No dudo que para vos no hay nada mejor que un caballo, porque vuestra caza es distinta; pero el que trate de perseguir osos, ciervos, ó pavos salvajes, no verá muchos de ellos si va galopando á través del bosque, porque espantará á todo bicho viviente que tenga orejas y se halle en el circuito de una milla. Yo no me molestaría con un caballo sino para llevar la caza, y para esto guardo mi vieja yegua.

—¿No decís que está fuera? Pues que la lleve Felim al cobertizo, porque supongo que pasaréis aquí la noche: ¿no es así?

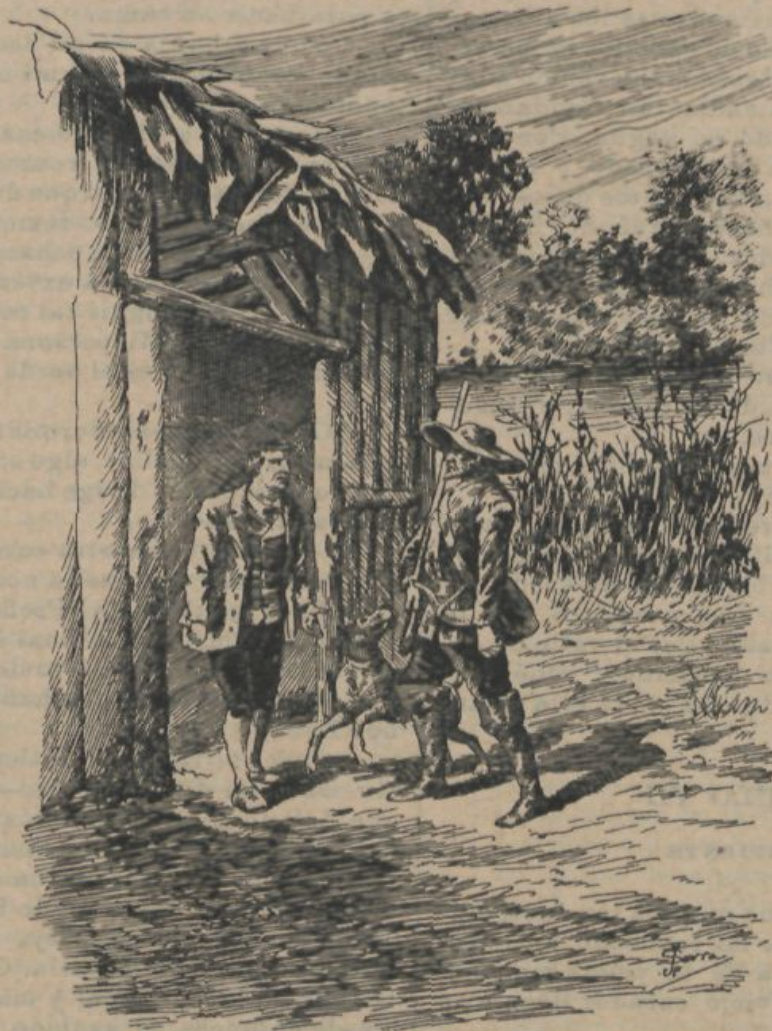
—Con ese objeto he venido; pero no os molestéis por el animal, porque ya está seguro. Le dejaré fuera para que paste.

—¿Traéis algo que tomar? Felim estaba en este momento arreglando la comida. Siento no poder ofreceros ningún manjar suculento, pues sólo hay un guiso de venado.

—Ninguno mejor, como no sea el de oso; pero á mí me gustan ambas carnes, asadas sobre el mismo fuego. Quizá pueda yo ayudaros á hacer algo que se parezca á un asado. Señor Fe-

—¡Cómo!

—Yo he visto ese musteño, ó yegua, según decís, aunque no puedo asegurar que sea la misma de que habláis, porque no he logrado acercarme á ella á menos de media milla. La observé varias veces en la pradera, y ahora es cuando deseaba yo que la persiguiésteis, por lo que voy á deciros. Desde que os ví últimamen-



Felim, al oír los ladridos del perro, dirígese hacia la puerta, y ve llegar al viejo cazador

lim, si no tenéis inconveniente en ir á donde está mi caballería, encontraréis, colgada del arzón de la silla, un ave que he matado al subir la cuesta.

—¡Oh! No es poca fortuna, porque nuestra despensa se ha mermado mucho, y, á decir verdad, está casi exhausta. Me ha tenido tan ocupado estos tres últimos días la caza de un curioso musteño, que no pensé una sola vez en coger mi carabina. Felim y yo, y también Tara, llegábamos ya á las puertas del hambre.

—¿Qué clase de musteño?—pregunta el cazador con tono que revela interés y sin hacer aprecio de la observación final.

—Es una yegua, con manchas blancas sobre fondo color de chocolate.

—¡Diablo, joven compañero! Pues ése es precisamente el negocio que me trae aquí.

te, y también al cuadrúpedo, he estado en las factorías del Leona, donde acaba de llegar un hombre que he conocido en el Misisipí: es un rico plantador, que acostumbraba á gastar mucho, sobre todo para tener buena mesa. Más de cuatro ciervos, y no pocos pavos salvajes, le he vendido para satisfacer sus demandas. Se llama Coxe.

—¿Coxe?

—Sí: es un hombre de los más conocidos en el Misisipí, desde Orleans á Santa Lucía. Este plantador era rico entonces, y pienso que ahora no será pobre, pues le acompañan unos cien negros. Además, ha venido con él un sobrino, llamado Collins, que, al parecer, posee muchos duros, los cuales *prestará*, sin duda, á su tío por cierta razón que yo me sé, pues no podrá destinarlos á otra cosa mejor. Ahora, joven

compañero, voy á deciros por qué deseaba veros. Ese plantador tiene una hija que se vuelve loca por los caballos y que acostumbraba á montar los más traviosos que existen en Luisiana. La señorita me oyó hablar de la yegua manchada, y nada pudo ya contentarla sino la promesa de ofrecer un premio á quien se apoderase del cuadrúpedo. El plantador dijo que daría doscientos duros por el animal, si, en efecto, se asemejaba al que le habían descrito, y, comprendiendo que al punto se iba á destacar á todos los cazadores de caballos en persecución del cuadrúpedo deseado, he venido aquí sin decir una palabra á nadie, tan rápidamente como lo ha permitido mi yegua. Conduciréis hasta allí el bonito cuadrúpedo, y Zab os asegura que se os darán doscientos duros.

—¿Queréis llegaros hasta aquí, Sr. Zab?—pregunta el joven irlandés, levantándose de su asiento y dirigiéndose hacia la puerta.

El cazador se levanta, no sin manifestar cierta sorpresa por tan brusca invitación.

Armando conduce á su visitante hasta el cobertizo que hay detrás de la cabaña, y, señalándole la yegua, le dice:

—¿No se parece ese cuadrúpedo al musteño de que habéis hablado?

—¡Pardiez! ¡Ya lo creo! Es idéntico. ¡Cogido ya! ¡Vaya! Tan fácil es ahora obtener los doscientos duros como bajarse de un árbol. Joven, tenéis suerte. Es dinero seguro, y á fe mía que el animal lo vale. ¡Por el valle de Josafat! ¡Qué animal tan magnífico! ¡Qué contenta quedará la señorita! Ya sabrá ella amansarlo.

CAPITULO VII

LA SERPIENTE

Al convencerse de una manera tan inesperada que su propósito se ha realizado anticipadamente por la captura de la yegua manchada, el entusiasmo del viejo cazador llega á su colmo.

Y su buen humor va en aumento, gracias al contenido de la damajuana, que resiste los ataques más de lo que esperaba Felim, puesto que todos saborean un traguito antes de trinchar el pavo asado, otro después, para digerir mejor, y varios más á continuación.

En el ínterin, se conversa animadamente, hablándose de preferencia sobre el asunto que más entretiene á los habitantes de la pradera, es decir, la caza y los indios. Y como Zab es una especie de enciclopedia viviente en este punto, se le concede el uso de la palabra, expresándose de tal modo que arranca no pocas exclamaciones de admiración del asombrado Felim.

Sin embargo, mucho antes de media noche termina la conferencia, á lo cual contribuye, sin duda, la circunstancia de haberse apurado el líquido; pero, de todos modos, ha influido en ello otra razón más poderosa, y es que al día siguiente el cazador de caballos debe marchar á las Factorías, y es preciso que estén hechos

á primera hora todos los preparativos para el viaje. Los caballos que no están suficientemente domados se han de sujetar convenientemente para que no se escapen en el camino, y es indispensable arreglar también otras varias cosas.

El cazador ha tenido cuidado ya de atar los pies de su *vieja yegua*, como él llama á su misero cuadrúpedo, y lleva consigo una raída manta amarillenta, que es todo cuanto necesita para hacer su cama.

—Podéis echaros en mi lecho,—le dice Armando cortésmente.—A mí me basta una piel tendida en el suelo.

—No,—replica el rudo cazador.—A Zab no le sirve nada de lo que vosotros usáis. Yo prefiero la dura tierra, porque duermo en ella mejor, y, además, no debo temer caerme.

—Ya que lo preferís, echaos en el suelo. Este es el mejor sitio. Voy á extender una piel.

—¡Joven! No hagáis tal cosa, porque perderíais el tiempo. Mi persona no duerme bajo techado: su lecho es el verde césped de la pradera.

—¿Cómo! ¿Pensáis dormir fuera?—pregunta el cazador de caballos, algo sorprendido, al ver que su huésped se dirige hacia la puerta con la manta al brazo.

—No pienso hacer otra cosa.

—Pero observad que la noche está muy fría.

—¡Poco me importa! Prefiero sufrir un poco de frío á sofocarme, lo cual sucedería, seguramente, si durmiera dentro de una casa.

—¡Bah! Supongo que habláis en broma, señor Zab.

—¡Joven!—replica enfáticamente el cazador, sin contestar directamente.—Hace ya seis años que Zab no cobija su viejo armazón de huesos bajo techado. Hubo un tiempo en que tenía una especie de vivienda en el tronco de un sicomoro... Esto fué cuando habitaba en el Misisipi, en vida de mi vieja mujer, y accedí á ello sólo por complacerla. Cuando murió, me trasladé á la Luisiana, y más tarde vine aquí. Desde entonces, el azulado cielo de Tejas ha sido mi único techo, lo mismo andando que durmiendo.

—Muy bien. Si preferís descansar fuera...

—Sin duda alguna,—contesta lacónicamente el cazador, dirigiéndose al mismo tiempo á la puerta y saliendo al pequeño prado que hay entre la cabaña y el riachuelo.

El cazador no lleva consigo únicamente su vieja manta, pues de un brazo pende un ronzal de cerda de caballo, de seis ó siete varas de longitud, especie de cabestro que se emplea en el país generalmente para sujetar los caballos; pero no se propone destinarlo entonces á este uso.

La clara luz de la luna le permite examinar cuidadosamente la yerba en una extensión de varios pies de diámetro, hecho lo cual, extiende su cuerda en el terreno inspeccionado, formando una figura semejante á una elipse irregular. Una vez hecho esto, penetra en el espacio limitado por la cuerda, embózase en su manta, se recuesta tranquilamente, y un mo-

mento después parece estar ya dormido. Así es, en efecto, como lo prueba su fuerte respiración, porque Zab, hombre robusto y de conciencia tranquila, no tiene más que llamar al sueño para que éste acuda á sus ojos.

Sin embargo, muy pronto es interrumpido su reposo: dos ojos que expresan el mayor asombro vigilaban sus movimientos. Son los de Felim O'Nale.

—¡Madre de Moisés! — murmura al ex mozo de cuadra. — ¿Por qué pondrá nuestro huésped la cuerda á su alrededor?

La curiosidad del criado parece luchar un momento con su cortesía; pero, al fin, vence la primera, y precisamente en el momento en que el cazador lanza su tercer ronquido, acércase á él y le despierta para interrogarle sobre el hecho que acaba de observar.

—¡Estúpido animal! — exclama Zab, evidentemente enojado por la interrupción. — Me habéis hecho creer que era de día. ¿Preguntáis que para qué pongo la cuerda á mi alrededor? ¿Para qué ha de ser sino para alejar á los gusanos?

—¿Qué gusanos, maese Zab? Culebras, queréis decir.

—Por supuesto; pero ¿no os vais á dormir?

A pesar de tan ruda contestación, Felim vuelve á la vivienda, muy contento, al parecer.

Si algo había en Tejas, *por debajo y por encima de los indios*, según acostumbraba él á decir, que le desvelara, eran las serpientes venenosas. No había disfrutado una noche de tranquilidad desde que se hallaba en el país, pensando siempre en las terribles víboras, ó soñar con ellas. ¡Qué lástima que San Patricio no hubiera hecho una visita á Tejas antes de subirse al cielo!

Confinado en una remota residencia y aislado de toda clase de relaciones, Felim no había podido conocer la virtud del cabestro de cerda.

No tarda, pues, en aprovecharse del descubrimiento que así acaba de hacer. De vuelta á la cabaña, en la cual se introduce con sigilo, cual si temiera despertar á su amo, que ya duerme, descuelga el cabestro, y, saliendo otra vez, desarrolla el largo ronzal en torno de las paredes del cercado, á medida que anda.

Hecha la circunvalación, Felim vuelve á entrar en la cabaña, murmurando al detenerse en el umbral:

—¡Pardiez, Felim O'Nale! ¡Esta noche podrás dormir bien, á despecho de todas las serpientes de Tejas!

Después de este soliloquio, reina el más profundo silencio en torno de la cabaña del cazador de caballos; y lo mismo sucede en el interior, porque el compatriota de San Patricio, tranquilo ya respecto á los reptiles intrusos, se ha quedado dormido casi en el mismo instante de echarse sobre la piel de caballo.

Durante algún tiempo parece que todo el mundo está entregado al reposo, incluso el sabueso Tara y los caballos cautivos: el único ruido que se percibe es el que produce la yegua de Zab, que se halla á pocos pasos, arrancando la dulce grama que le sirve de pasto.

Pero á poco se reconoce que también el cazador se mueve: en vez de permanecer en la posición que eligió para dormir, vuélvese de un lado á otro, como si algún tenaz pensamiento le impidiera conciliar el sueño.

Luego de repetir sus movimientos una docena de veces, incorpórase, al fin, y mira á su alrededor con marcado disgusto.

—¡Estúpido criado! — murmura. — ¡Mal haya su ignorancia y su impertinencia! ¡Imbécil! Ya me ha hecho perder la noche robándome el sueño! ¡Voto á...! Bien empleado le estaría si yo le sacase ahora de la cabaña para darle un remojón en el río... Maldito si no me siento inclinado á ello; pero no quiero disgustar á su amo. Me parece que no podré ya pegar los ojos en toda la noche.

Tras estas reflexiones, Zab vuelve á embosarse en la manta, y toma de nuevo la posición horizontal. Pero no para dormir, pues se repiten los movimientos, y, al fin, acaba por incorporarse otra vez, quedando sentado.

Entonces se entrega á un nuevo soliloquio semejante al anterior, pero expresando con más energía su amenaza de zambullir á Felim en el río.

Mientras reflexiona sobre si llevará á cabo su intento, fíjase su vista en un objeto que cambia al punto el curso de sus ideas.

Sobre la verde yerba, á menos de veinte pasos del sitio donde se halla, ve deslizarse un cuerpo largo, que por su forma parece una serpiente. La piel lisa y luciente en que se refleja la plateada luz de la luna basta para identificar el reptil.

—¡Serpiente! — murmura al fijar su vista en el reptil. — ¿Qué especie podrá ser la que sale á estas horas de la noche? ¡Ah! Es un *polluelo* (serpiente negra inofensiva) que, sin duda, va en busca de algunos huevos. ¡Diablo de animal! ¡Y viene hacia mí, arrastrándose tan directamente como le es posible!

La serpiente llega hasta tocar el cabestro, levantando un poco la cabeza; pero en el mismo instante vuélvese rápidamente, y se retira rastreando á través del prado.

Durante uno ó dos segundos, el cazador la mira alejarse sin hacer ningún movimiento, pareciendo indeciso sobre si la perseguirá para matarla ó la dejará huir. Si fuera una serpiente de cascabel ó un mocasín, correría en su seguimiento para aplastarle la cabeza con el tacón de su pesada bota de piel de caimán; pero aquella inofensiva serpiente no estaba comprendida en los límites de la antipatía de Zab, según hubiera podido colegirse por algunas palabras que murmura al verla alejarse lentamente de aquel sitio.

—¡Pobre animalito, — dice, — dejémosle marchar! No es enemigo mío, aunque de vez en cuando absorbe el huevo de una pava, y naturalmente malogra las crías... ¡Ah! ¡Por el valle de Josafat, que ahora concibo una buena idea! Tan cierto como que me llamo Zab, no podía ofrecérsese cosa mejor.

Así diciendo, el cazador, cuyo semblante expresa de pronto la mayor satisfacción, se pone

en pie, y, con el cuerpo inclinado, corre en persecución del reptil que huye.

Pocos pasos le bastan para darle alcance, y, entreabriendo sus diez dedos, extiende las manos sobre la serpiente, cuyo viscoso cuerpo es levantado del suelo y se enrosca en el brazo de Zab.

—Ahora, maese Felum, ó Felim,—exclama, cual si apostrofase á la serpiente, —si no consigo que se estremezca tu alma irlandesa de tal modo que no duermas en toda la noche, creeré que ya no sé distinguir entre un buzardo y un pavo. ¡Vaya: aquí tendrás un buen compañero para pasar la noche!

Zab se acerca á la cabaña, y, ocultándose á su sombra, suelta la serpiente dentro del círculo que forma el cabestro con que Felim ha rodeado tan cuidadosamente la vivienda.

Después, volviendo á su lecho de yerba, se tapa de nuevo con su vieja manta y murmura:

—El gusano no pasará sobre el cabestro, esto es seguro; y tampoco dejará una pulgada de terreno sin explorar á fin de ver si puede encontrar una salida. Si no se arrastra por encima de ese necio irlandés dentro de media hora, diré que el viejo Zab es un ganso. Pero ¿qué es eso? ¡El diablo me lleve si no está ya encima de él!

Si el cazador hubiera continuado sus reflexiones en voz alta, no se le habría oído, porque en aquel momento prodújose una confusión de ruidos suficiente para despertar á todo bicho viviente que hubiera en el Alamo y varias millas á la redonda.

Una voz humana, ó más bien un alarido, que sólo podía salir de la garganta de un irlandés, había dado la señal.

La voz, sin embargo, se apagó entre un coro de ladridos, resoplidos y relinchos que continuaron sin interrupción por espacio de varios minutos.

—¿Qué ocurre?—pregunta el amo, saltando del catre y dirigiéndose hacia el aterrado servidor.—¿Qué es lo que tienes, Felim? ¿Has visto algún fantasma?

—¡Oh amo mío! ¡Jesús me valga! Es peor que eso: he sido asesinado por una serpiente; me ha mordido todo el cuerpo. ¡Bendito sea San Patricio! ¡Soy un pobre pecador! ¡Segura es mi muerte!

—¡Mordido! ¿Dónde?—pregunta Armando, encendiendo una luz y acercándose para examinar la piel de su criado, juntamente con el viejo cazador, que acaba de introducirse en la cabaña.—No veo la menor señal de mordedura.

Y mientras habla así, hace dar vueltas á Felim de un lado á otro, y examina con atención su epidermis.

—Ni siquiera un rasguño,—añade lacónicamente Zab.

—¡Buen Dios! Pues si no estoy mordido, tanto mejor; pero se arrastraba sobre mí... Aún me parece sentirla sobre mi cuerpo, tan fría como la nieve.

—Pero ¿era en realidad una serpiente?—pregunta Armando, inclinado á dudar del aserto

de Felim.—Estarías soñando, y no ha sido otra cosa.

—Nada de sueño, amo mío: era toda una serpiente: estoy bien seguro de ello.

—Tal vez haya entrado alguna, en efecto,—dice secamente el cazador;—veamos si se la encuentra. No deja de ser esto curioso, porque hay un ronzal de cerda al rededor de la cabaña. ¿Cómo diablos habrá pasado por encima? ¡Ah! Allí la veo.

Al pronunciar el cazador estas palabras, señala un ángulo de la vivienda, donde la serpiente se ha enroscado en espiral.

—¡No es más que un polluelo!—continúa Zab.—Este reptil es tan inofensivo como una paloma, y no creo que os haya mordido, maese Felim; pero, de todos modos, la castigaremos.

El cazador coge la serpiente entre sus manos, y, levantándola en alto, la aprieta con tal fuerza que la deja inmóvil.

—Y ahora, maese Felim,—añade, rematando á la serpiente con el tacón de su pesada bota, —ya podéis iros á dormir hasta la mañana sin temer cosa alguna, al menos de las serpientes.

Y, dando un puntapié al reptil, Zab sale de la cabaña, muy satisfecho de sí mismo, extendiendo por tercera vez en el prado su colosal armazón.

CAPITULO VIII

EL ALACRÁN

La muerte de la serpiente ha sido la señal para que se restablezca la tranquilidad. Los ladridos del perro cesan con los gritos de Felim, y los musteños permanecen silenciosos debajo de los árboles.

No obstante, pasada cerca de una hora, vuelve á dejarse oír el coro tan estrepitosamente como antes, dando también la señal la voz del ex mozo de cuadra.

—¡Al asesino!—exclama con voz angustiosa, sobresaltando no sólo al cazador de caballos, sino al que duerme fuera.—¡Virgen santísima! ¡Salvadme! ¡Salvadme!

—¿De qué te hemos de salvar?—pregunta Armando, saltando una vez más de su catre y apresurándose á encender luz.—¿Qué te pasa, condenado?

—¡Otra serpiente, por mi vida, mucho peor que la que ha matado maese Zab! Me ha mordido todo el pecho, y reconozco el sitio por donde ha pasado, porque me abrasa como si el herrador de Ballyballagh me hubiera puesto encima un hierro candente.

—¡Condenado imbécil!—exclama Zab, que con su manta al hombro ocupa todo el hueco de la puerta.—Ya habéis interrumpido mi sueño dos veces esta noche. Dispensad, Sr. Lancáster, pues ya comprenderéis que hay tontos en todos los países; pero vuestro criado es el mayor de los que he conocido. Maldito si veo medio de dormir esta noche, á no ser que le arrojemus de una vez al río.

—¡Oh! Querido maese Zab,—replica Felim.

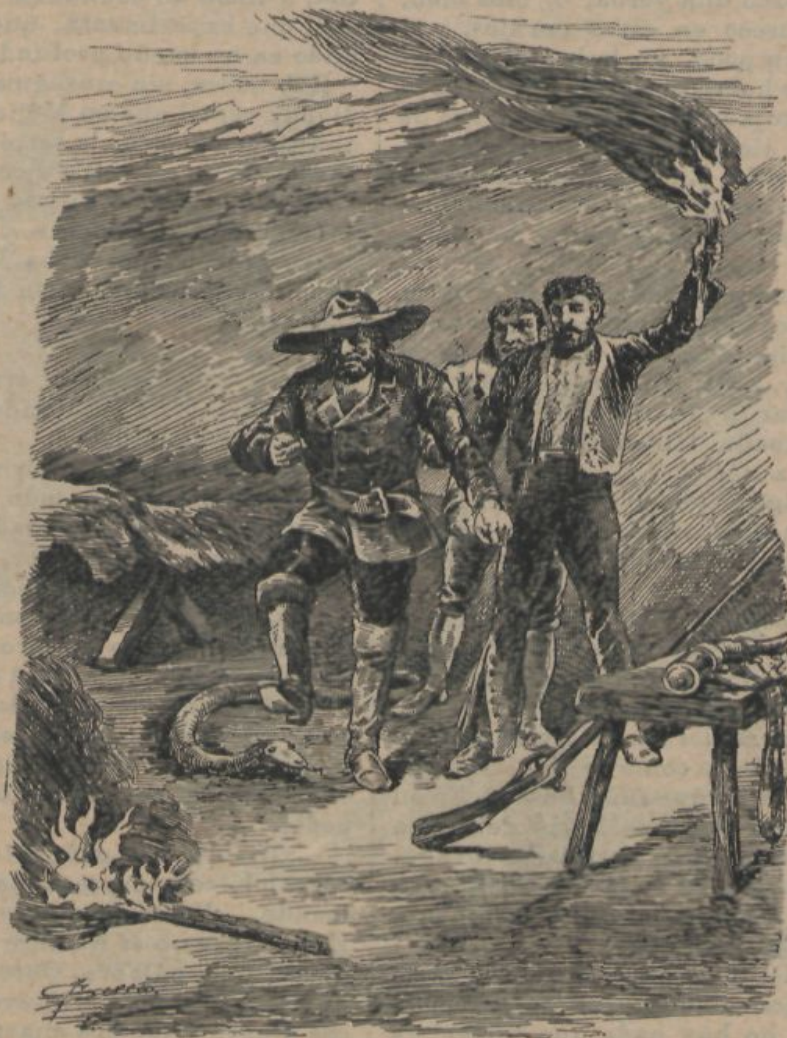
—No habléis de ese modo, pues os juro á los dos que hay otra serpiente. De fijo que aún se halla aquí, pues no hace un minuto que la sentí pasar sobre mi cuerpo.

—Estaréis soñando,—replica el cazador con tono más complaciente y como interrogando. —Afirmo que ninguna serpiente de Tejas pasará sobre un cabestro de cerda. La otra debía

—Podría ó no serlo: eso dependerá de que yo encuentre pronto cierta cosa que se cría por aquí. De lo contrario, maese Felim, no respondo...

—¡Oh Sr. Zab! ¡No digáis que hay peligro

—¿Qué es eso?—pregunta Armando, al fijar su mirada en una línea rojiza que cruza diagonalmente el pecho de su criado, [y] que parece



Zab, después de matar á la serpiente con el tacón de su pesada bota, dijo á Felim que ya podía irse á dormir sin temor alguno

estar ya dentro de la casa antes de que extendierais el ronزال; pero no es de suponer que hubiera dos. Pronto lo veremos registrándolo todo.

—¡Oh! ¡Asesino!—exclamaba el criado, quitándose la camisa y enseñando su pecho.—Ved aquí el rastro del reptil que ha cruzado de una parte á otra. ¿No os dije que había otra serpiente? ¡Virgen santa! ¿Qué va á ser de mí? Me parece sentir fuego en el pecho.

—¡Serpiente!—exclama Zab, acercándose al espantado criado y aproximando la luz al pecho.—¡Serpiente decís! ¡Por Dios vivo, que no lo es! Me parece algo peor.

—¡Peor que una serpiente!—exclama Felim con abatimiento.—¿Peor decís, Sr. Zab? ¿Será algo peligroso?

trazada por la punta de un hierro candente.—¿Qué es?—repite con creciente ansiedad, al observar la mirada grave con que el cazador contempla aquella extraña señal.—Jamás he visto una cosa parecida. ¿Hay motivo para inquietarse?

—No lo creo, Sr. Lancáster,—replica Zab, haciendo una seña á Armando para que salga fuera de la cabaña, á fin de que no pueda oírles el irlandés.

—Pero ¿qué es?—pregunta el cazador de caballos.

—Es el rastro del cientopíes venenoso.

—¿El cientopíes venenoso? ¿Le ha mordido

—No: me parece que no; pero no es necesario esto, pues su contacto con la piel basta para causar la muerte.

—¡Santo cielo! ¿Lo creéis así?

—Nada más cierto: he visto á más de un hombre honrado irse á la sepultura por una señal como ésa en la piel. Si no se hace algo, y esto muy pronto, el buen Felim no tardará en estar atacado de una fiebre rabiosa, y después perderá el juicio, cual si le hubiese mordido un perro hidrófobo. Sin embargo, no es conveniente asustarle hasta que yo vea lo que se puede hacer. Conozco una yerba, ó, más bien, una planta, que crece en estos parajes, y si puedo encontrar un poco, no habrá dificultad en curar á nuestro hombre. Por desgracia, á la luna se le ha antojado ocultarse, y habré de buscar la yerba á tientas; pero como abunda por aquí, no desconfío. Entrad mientras tanto en la cabaña para tranquilizar á ese hombre. Veré lo que se puede hacer, y estaré de vuelta en dos minutos.

Este coloquio, sostenido en voz baja, y el haber salido fuera los dos cazadores, en vez de tranquilizar á Felim, aumenta su temor en el más alto grado, y, en el momento en que Zab se aleja para buscar la planta, el irlandés sale corriendo de la cabaña, lamentándose más lastimosamente que antes.

Su amo tarda algún tiempo en tranquilizarle, y no lo consigue hasta después de asegurar, no con gran confianza, que no corre el menor peligro.

Un momento después, Zab reaparece en el umbral de la puerta, con una expresión en el rostro que produce un agradable cambio en el ánimo de los que se hallan dentro.

El aire de confianza del cazador y su actitud indican, tan claramente como si hablara, que ha encontrado la yerba que fué á buscar. En su mano derecha lleva algunas hojas de forma ovalada y color verde oscuro, erizadas de agudas espinas equidistantes en la superficie, y en las que Armando reconoce las que ha visto muchas veces: el *orégano cactus*.

—No os asustéis, Sr. Felim, — dice el viejo cazador con voz consoladora, penetrando en la cabaña. — Ahora no hay nada que temer: ya tengo el bálsamo con que desaparecerá la quemadura de vuestra sangre, más pronto aún que la llama consumiría una pluma. Venga. ¡No gritéis, hombre! Ya habéis despertado á todas las aves, cuadrúpedos y reptiles que duermen en veinte millas á la redonda, río abajo y río arriba. Si seguís á este paso, acabaréis por atraer á los comanches desde sus montañas, y tal vez fuera esto peor que la picadura del animal de las cien patas... Sr. Lancaster: tened la bondad de preparar un vendaje mientras yo arreglo la cataplasma.

Dichas estas palabras, el cazador desenvaina su cuchillo, y, después de arrancar la parte externa del cacto, corta las gruesas hojas en pedazos de un octavo de pulgada, extendiéndolas después unas junto á otras sobre el pedazo de limpio algodón que le da Armando. Y en seguida, con esa habilidad propia del cazador, aplica la cataplasma, según la llama, en el rastro rojizo que ha dejado el cientopíes en el pecho de Felim, y que no ha sido causado real-

mente por las extremidades del animal, sino por la inyección del veneno de que estaban cargadas sus mandíbulas, clavadas cien veces en el pecho del pobre irlandés.

La aplicación del emplasto produce un resultado casi instantáneo: el jugo acre de la planta, haciendo las veces de un contraveneno, destruye el efecto del que ha segregado el animal, y el paciente, libre ya de toda inquietud, y lleno de confianza, por la misma reacción que experimenta, queda muy pronto sumido en un sueño profundo y reparador.

Zab busca, sin conseguir encontrarlo, el hediondo reptil que en Méjico llaman *alacrán* y que no teme, como la serpiente de cascabel, pasar sobre un cabestro de cerda. Seguro de que ha huído, el improvisado cirujano sale de la cabaña silenciosamente, y una vez más se echa sobre su lecho de yerba, consiguiendo, al fin, dormir sin interrupción hasta la mañana siguiente.

Al rayar el día, los tres hombres están en pie. Felim se ha recobrado ya á la vez de sus temores y de la fiebre.

Después de tomar un refrigerio, apurando los restos del pavo asado, prepáranse á marchar. El ex mozo de cuadra de Ballyballagh, ayudado por el cazador, arregla los caballos salvajes para conducirlos á través de las llanuras, atándolos fuertemente, mientras que Armando dispone su propia montura y la yegua manchada, á la cual consagra toda su solicitud, peinando cuidadosamente la crin y la cola, y haciendo desaparecer de su lustroso pelaje las manchas que indican cuánto trabajo le costó sujetar por el cuello al soberbio cuadrúpedo.

—¡Diablo, compañero! — exclama Zab, observando con sorpresa los movimientos de Armando. — No es necesario ser tan escrupuloso: Hugo Coxe no es hombre de retractarse cuando da una palabra. Obtendréis los doscientos duros, y el diablo me lleve si la yegua no vale ese dinero como dos cuartos.

Armando oye estas observaciones sin replicar; pero la mal reprimida sonrisa que se desliza en sus labios revela que el cazador Zab no comprende el verdadero motivo de semejante asiduidad.

Poco después, Armando está montado en su bayo rojo, conduciendo en la extremidad de su brazo la yegua manchada; mientras que los caballos cautivos, guiados por Felim, van trotando ligeramente por la pradera.

En cuanto á Zab, montado en su vieja yegua, no puede seguir el mismo paso sino á fuerza de apretarle los ijares con los talones, y el sabueso Tara, desviándose de los espinos, trota lentamente á retaguardia.

La vivienda de Armando, con su puerta de piel, queda cerrada para los animales intrusos, y solitaria por algún tiempo. El silencio de la soledad que la rodea sólo será interrumpido ya por el grito lúgubre de la lechuza de cuernos, el del feroz cugar ó el aullido del hambriento coyote.

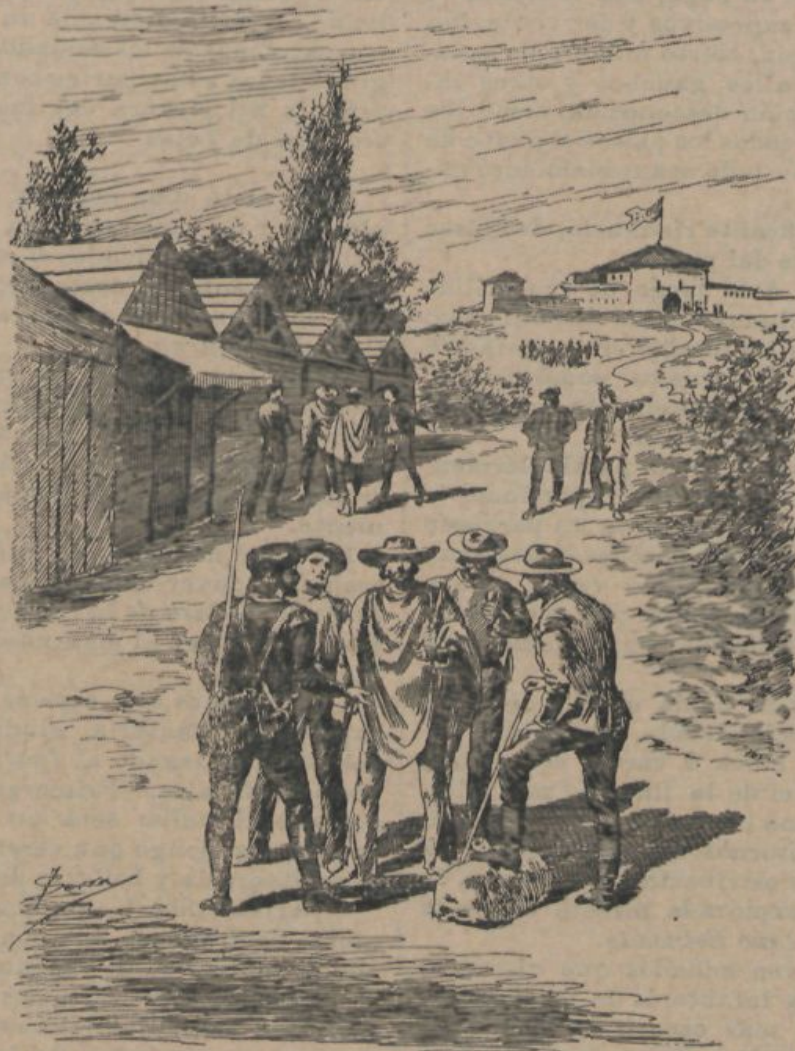
CAPITULO IX

EL FUERTE INGE

El estrellado pabellón que ondea sobre el Fuerte Inge, flotando cual si quisiera desasirse de su elevada asta, proyecta su vacilante sombra sobre una escena á la vez de carácter extraño y original.

una docena de construcciones del más sencillo estilo, algunas de ellas simples cabañas de mimbre y yeso, llamadas jacales, que son las barracas más espaciosas.

El hospital y las oficinas del intendente y del comisario se hallan detrás. En un lado se ve la casita del guarda, y en el otro, situada con más ostentación, la capilla y pabellones de los oficiales. Todo es de aspecto muy sencillo y



Á menudo vense grupos formados por cazadores y pastores, gauchos y mejicanos, algunos de ellos hablando de sus negocios

Es un verdadero cuadro de la vida de frontera, que tal vez sólo el pincel de Vernet joven podría trazar fielmente. Allí se ve la vida del militar y del ciudadano, la del salvaje y la del hijo de la civilización, pues hay allí hombres que por su aspecto, sus usos y costumbres, revelan pertenecer á esas clases.

Hasta el mismo fuerte presenta un carácter *sui generis*. La estrellada bandera no ondea sobre bastiones ó baluartes; no domina sobre casamatas ni caminos abiertos, fosos, escarpas ó glaciés, y apenas se ve nada de lo que corresponde á una fortaleza. Una tosca empalizada construída con troncos de algarrobo contiene cobertizos que sirven de cuadra para doscientos caballos. En la parte exterior hay

está blanqueado con cal, muy abundante en el Leona. Reina allí la limpieza y el aseo, como cumple á una guarnición cuyos individuos visitan el uniforme de una gran nación civilizada. Tal es el Fuerte Inge.

A corta distancia se divisa otro grupo de casas, casi tan importante, si no más, que el descrito con el nombre de *Fuerte*. No llega hasta él la sombra de la bandera; pero ésta le dispensa su protección, á la cual tiene derecho por su origen, pues aquellas casas son el germen del pueblo que siempre surge en las inmediaciones de un puesto militar americano; pueblo que probablemente, y en no muy lejano período, llegará á ser una villa, tal vez una gran ciudad.

Sus moradores son entonces un vivandero, cuyos almacenes contienen juguetes, no clasificados entre los efectos que necesita la comisaría; una posada, cuya sala para beber, con el suelo de blanca arena y estantes cubiertos de brillante cristalería, invitan á los desocupados á entrar; en torno una partida de jugadores, cuyas seductoras mesas del monte y del faraón sirven para extraer del bolsillo de los soldados una buena parte de su paga; una veintena de muchachas de ojos expresivos y de reputación dudosa; y, por último, cierto número de cazadores, mozos de caballos, gauchos y otros individuos de ocupación desconocida, como los que constituyen en todos los países el grupo de parásitos que rodean todo acantonamiento militar.

El Leona, insignificante riachuelo, deslízase por detrás del fuerte del pueblo.

Por el S. y el E., á lo largo de las orillas del río, se divisan algunas casas diseminadas: son las viviendas de los plantadores, varias de ellas muy toscas y de reciente construcción; pero otras de estilo más pretencioso, y evidentemente de más antiguo origen.

Una de estas últimas llama particularmente la atención por sus grandes proporciones y un terrado, sobre el cual se eleva un parapeto con aspilleras. Sus blancas paredes se destacan vigorosamente junto al fondo verde oscuro del bosque, que casi las rodea por todas partes: es la hacienda conocida con el nombre de *Casa de la Curva*.

Volviendo la vista hacia el N., se verá una curiosa eminencia aislada, gigantesco cono de rocas que se eleva á varios centenares de pies sobre el nivel de la llanura; más allá, á gran distancia, una línea ondulada indica en el horizonte los contornos de las montañas de Guadalupe, con las estribaciones salientes de esa alta y casi inexplorada meseta conocida con el nombre de *Llano Estacado*.

Por doquiera se ven soldados que visten el uniforme azul de la infantería de los Estados Unidos, el de paño más oscuro de los dragones, y el verde muy claro de los tiradores de á caballo. Pero pocos son los que llevan el uniforme completo: únicamente el jefe de servicio, el capitán de guardia y los individuos de ésta.

Los que están libres vagan al rededor de las barracas ó dentro de la empalizada, y su traje consiste en camisetas encarnadas de franela, sombrero hongo y calzado que jamás ha conocido el betún.

Con ellos se mezclan varios hombres, cuyos trajes no tienen nada de militar: son vigorosos cazadores vestidos en parte con pieles de ciervo curtidas y sus correspondientes albarcas; pastores y gauchos que visten al estilo del país, y mejicanos con su ancho calzón, poncho, botas de montar armadas de grandes espuelas, y sombrero de anchas alas. Algunos de estos hombres hablan de sus negocios con indios que han ido á visitar amistosamente al fuerte, y cuyas tiendas están á corta distancia.

Representaos mentalmente esa mezcla de nacionalidades, con su variedad de tipos de ra-

za, de condición y de lenguaje; mezclad acá y allá un etiope de negra piel con el asistente de algún oficial y el emisario de algún plantador de las inmediatas factorías, y figuraos que forman grupos ó recorren la llanura entre media docena de carros detenidos. Por otra parte, ved allí un par de cañones de á seis, con sus cureñas y cajas; un poco más lejos, alguna tienda cuadrada con su bandera, donde se aloja un oficial excéntrico que prefiere dormir bajo la lona, y á corta distancia un pabellón formado por carabinas de los soldados de guardia. Imaginad todas estas partes componentes, y tendréis la fiel pintura del fuerte militar en la frontera de Tejas.

Unos siete días después de la llegada del plantador de Luisiana á su nueva propiedad, hallábanse tres oficiales en el campo de parada que hay frente al Fuerte Inge, con sus miradas fijas en la hacienda conocida con el nombre de *Casa de la Curva*.

Todos son jóvenes: el mayor no pasa de treinta años, y sus charreteras con doble barra indican que es capitán; el segundo tiene una sola, como teniente, y el más joven ostenta un triángulo vacío que indica el grado de subteniente.

En aquel momento no están de servicio; han trabado conversación y hablan de la *nueva gente* de la *Casa de la Curva*, refiriéndose con este calificativo al plantador de Luisiana y su familia.

—Tendremos una especie de sarao,—dice el capitán de infantería, aludiendo á la invitación que ha llegado al fuerte, extensiva á todos los oficiales.—Primeramente el festín, y después el baile; será un verdadero día de campo, y supongo que veremos reunida á toda la aristocracia y bellezas de la colonia.

—¡Aristocracia!—replica sonriendo el teniente de dragones.—Supongo que no hay mucho de eso por aquí, y menos bellezas.

—Os equivocáis, Hancock: tenemos una cosa y otra en las orillas del Leona, porque algunas familias acomodadas de los Estados se han perdido por aquí, y seguramente las encontraremos en la reunión de Coxe. En cuanto á la aristocracia, el mismo anfitrión, si me permitís esta palabra, tiene lo suficiente para inocularla á cuantos allí se hallen; y respecto á hermosura, presentaré su hija contra cualquiera otra. La sobrina del comisario no se llevará, de aquí en adelante, el premio de la belleza.

—¡De veras!—exclama el teniente en un tono que indica haberle resentido semejante apreciación. Entonces, la señorita debe ser una hermosura notable.

—Os digo que así es, efectivamente, al menos si no ha variado desde la última vez que la ví en el baile de Bayon Lafourche. Allí había media docena de jóvenes criollos que estuvieron á punto de romper lanzas por ella.

—Supongo que será una coqueta,—dijo el subteniente.

—Nada de eso, amigo Crossman: es una jo-

ven de talento y bastante altiva para dar una lección al que se atreviera á faltarle al respeto. No deja de tener un poco del orgullo de su padre, porque este orgullo parece ser hereditario en la familia de los Coxe.

—Precisamente ésa es la muchacha que me convendría,—dijo en tono de broma el joven oficial;—y si es tan bonita como decís, capitán Capel, seguramente me aventuraré. Yo no tengo compromisos del corazón, como mi amigo, á Dios gracias.

—Pues no podréis decir lo mismo después que hayáis visto á Luisa Coxe; y apuesto algo bueno, aunque, como hombre de costumbres morigeradas, no tengo costumbre de jugar.

—¡Bah, capitán Capel! No os inquietéis por mí: he sufrido con harta frecuencia el fuego de brillantes ojos, para que pueda temer los de esa señorita.

—No serían tan hermosos como los de Luisa.

—¡Diablo! Al fin, conseguiréis que me enamore de esa belleza sin haberla visto; debe ser una cosa extraordinaria, incomparable.

—Ambas cosas era cuando yo la ví últimamente.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Veamos. El baile de Lafourche se dió... Hará diez y ocho meses. Después que volvimos de Méjico. Entonces comenzaba á ser esa joven, como dice la sociedad, *una nueva estrella* en el firmamento, rodeada de luz y de gloria.

—Diez y ocho meses,—replica Crossman,—es mucho tiempo para una joven soltera, especialmente entre las criollas, que con frecuencia se desarrollan á los doce años, y no á la encantadora edad de diez y seis. Pudiera ser que su belleza hubiese perdido algo de su frescura.

—Creo que no, y habría ido á verlo si no fuera porque estamos en tiempo de recolecciones, y no he querido molestar. Sin embargo, el Mayor ha ido á la *Casa de la Curva*, volviendo con tales informes sobre la belleza de la señorita Coxe, que se ha visto casi en un compromiso con su señora.

—A fe mía, capitán Capel,—replica el teniente de dragones,—habéis excitado mi curiosidad de tal modo, que ya casi estoy enamorado de Luisa Coxe.

—Pues antes de que lo estéis del todo,—contesta el capitán en tono grave,—permitidme recomendaros alguna prudencia, porque hay moros en la costa.

—¿Será algún hermano? Ese es un individuo que siempre se debe tener en cuenta.

—Hay un hermano; pero no es á él á quien me refiero: el hermano es un noble joven, tal vez el único de los Coxe á quien no he visto devorado por el orgullo, pues, por el contrario, es muy modesto.

—Entonces, será el aristocrático padre; pero, seguramente, no creo que pueda rechazar el blasón de los Hancocks.

—No estoy muy seguro de ello, puesto que los Hancocks son *yankis* y él es un caballero del Sur. De todos modos, no es á él tampoco á quien aludo.

—Pues ¿quién es, entonces, el perro negro ó el ser humano de que se trata?

—Es un pariente, un hombre extraño, á quien llaman Casio Collins.

—Me parece haber oído ese nombre.

—A mí también,—dice el subteniente.

—Sí,—dice el capitán,—y todos cuantos han tenido que ver en la guerra de Méjico, ó que tomaron parte en la campaña de Scott. Figuró allí mucho; pero no con buena reputación. Era capitán de un regimiento de voluntarios del Misisipi, de donde es natural; pero más á menudo se le encontraba en la mesa de juego que en el cuartel de su regimiento. Tuvo uno ó dos trances que le dieron fama de matón; pero esta celebridad no era de origen mejicano: habíala adquirido algún tiempo antes, y era muy conocido entre los perdidos de Nueva Orleans como *hombre peligroso*.

—Y ¿qué tenemos con eso?—pregunta el dragón con tono algo amostazado.—¿A quién le importa que el Sr. Casio Collins sea hombre peligroso é inofensivo? No á mí, seguramente. Y ¿no es más que primo de la muchacha?

—Algo más: tengo motivos para creer que es su pretendiente.

—¿Aceptado?

—Eso no lo sé: sólo sospecho que es favorito del padre, por ciertas razones manifestadas reservadamente, pero demasiado probables para que no merezcan crédito. Es cuestión de influencia obtenida por préstamos de dinero, pues Coxe no es ahora tan rico como antes. De lo contrario, no le veríamos por aquí.

—Si la señorita tiene tantos atractivos como decís, supongo que muy pronto tendremos por aquí al capitán Casio.

—¡Muy pronto! Estáis atrasado de noticias: ha venido con la familia, y vive en su compañía. Algunos dicen que es socio en el negocio de la plantación. Esta misma mañana le ví en la sala de bebidas apurando algunas copas y enterándose de todo, según tiene por costumbre.

—¿Es un hombre moreno, como de treinta años, de cabello y bigote negros, que lleva levita azul de corte militar y un revólver de Colt en la cintura?

—Sí; y también un cuchillo de ancha hoja oculto en el pecho. Ese es el hombre.

—No deja de tener un aspecto temible,—añade el oficial más joven.—Sí es un matón, no lo desdican sus miradas.

—¡Vayan al diablo sus miradas!—exclama el dragón con acento de enojo.—No somos oficiales del ejército del Unión para dejarnos intimidar por miradas ni por matones. Si viene aquí con alguna de sus bravatas y tengo algo que ver con ello, ya verá que soy tan ligero como él para manejar el revólver.

En aquel instante, el toque de la corneta anuncia la revista de la mañana, ceremonia que se observa en el pequeño fuerte de la frontera, con tanta puntualidad como si allí hubiese un cuerpo de ejército. Entonces sepáranse los oficiales para dirigirse á sus pabellones, á fin de preparar sus compañías para la inspección del jefe del acantonamiento.

CAPÍTULO X

DIÁLOGO

La hacienda que lleva el nombre de *Casa de la Curva* se extiende á lo largo de la extremidad inferior del río Leona, cubierto de bosque, ocupando el espacio de más de una legua, y doble distancia hacia el S., á través de la antigua pradera.

La casa misma, llamada hacienda, aunque no con propiedad, se halla á poco más de un tiro de cañón del Fuerte Inge, desde donde se ven en parte sus blancas paredes, quedando el resto del edificio oculto por los altos árboles que se elevan en las orillas de la corriente.

Esta posición especial se eligió, sin duda, teniendo en cuenta la defensiva en caso de ataque, pues los primeros cimientos se echaron en una época en que podía esperarse de los indios algún asalto, como los que se llevan á cabo con frecuencia, aun hoy día (1).

Cerca de la casa forma el río una curva, semejante á una herradura, ó á un arco de círculo, cuya cuerda, ó paralelogramo trazado sobre él, podría considerarse como la planta del edificio; y de esta circunstancia provenía el nombre de *Casa de la Curva*.

La fachada principal mira á la pradera, que forma un inmenso y magnífico prado que se extiende hasta el confín del horizonte, prado en comparación del cual parecería una bicoca el parque de un rey.

El estilo arquitectónico de la Casa de la Curva, semejante al de otras grandes casas de campo de Méjico, podría calificarse de morisco mejicano. No hay más que un piso, con azotea rodeada de un parapeto. En el interior se ve un patio embaldosado, una fuente y una escalera de piedra que conduce á la parte superior. La entrada, ó el zaguán, tiene una maciza puerta de madera, claveteada y con cerrojos, y á cada lado dos ó tres ventanas protegidas por una reja de gruesos barrotes. Estos son los principales caracteres de una hacienda mejicana; y la Casa de la Curva difería muy poco del tipo que es casi universal en los vastos territorios de la América Española.

Tal es la nueva propiedad que acaba de adquirir el plantador de Luisiana, por medio de legítima compra.

Aún no ha experimentado cambio alguno el exterior de aquella morada, ni se ha hecho tampoco grande alteración en el interior, si exceptuamos el personal de los que la habitan. Obsérvase un aspecto que participa del anglosajón y francoamericano, sobre todo en el patio y corredor, donde antes se veían solamente puros tipos españoles; y, en vez del rico y sonoro lenguaje de Andalucía, no se oye sino el acento gutural del idioma semiteutónico, mezclado á veces con la más dulce pronunciación del criollo francés.

Fuera de la casa, en el grupo de cabañas con *techo de yuca*, que semejan un pueblecillo, y donde antes se alojaban los peones y otros dependientes de la hacienda, la transformación es más notable.

Allí donde vagaba el alto y enjuto vaquero, con su negro sombrero de anchas alas y su poncho, haciendo resonar á cada paso sus espuelas, veíase el rudo *capataz con camiseta azul ó levitón de bayeta*, haciendo restañar el látigo á cada momento; y donde pululaban los rojos hijos de Azteca y Anahuac, vestidos con pieles de carnero curtidas, y errantes de un punto á otro, ó descansando perezosamente en sus jacales, vense ahora los negros de Etiopía, *charlando alegremente desde la mañana á la tarde* en su vivaz dialecto, ó entretenidos en cantar y bailar, lo cual parece contradecir la idea de que la esclavitud es una herencia de desgracia.

Tampoco se muestra triste Luisa Coxé, al sentarse en una silla frente al espejo, ordenando á su doncella Florinda que la prepare para recibir á los convidados que pronto deben llegar á la hacienda; pues es el día señalado para la reunión con que se debe dar á conocer la nueva casa, y falta sólo una hora para servir la comida. Esto podría explicar cierta agitación de la joven criolla, observada especialmente por Florinda; pero ésta atribuye á otra causa la inquietud de su ama, como lo demuestra la conversación que muy pronto se entabla entre ellas.

Durante los diez primeros minutos, después de haber entrado en la habitación, Florinda ha sostenido todo el diálogo sobre cosas indiferentes, contestando solamente á su ama con algunos monosílabos.

—¡Oh señorita Luisa! —dice la negra, introduciendo suavemente sus dedos entre las *lustrosas trenzas de la criolla*. — ¡Qué hermoso ser vuestro cabello! ¡Asemejarse al largo musgo español que pender del ciprés, sólo que ser de distinto color y brillar como los bocoyes del azúcar!

Como ya hemos dicho antes, Luisa Coxé era criolla; y, advertido esto, casi parece inútil añadir que tenía el cabello casi negro, ó, más bien, de un magnífico color castaño, semejante al de la concha de la tortuga.

—¡Ah! —continúa Florinda, extendiendo sobre la negra palma de su mano una gran trenza de cabello. — Si yo tener esto en mi cabeza en vez de una fea lana, rendiría á todos á mis pies.

—¿Qué quieres decir, muchacha? —pregunta la señorita, como si saliese de alguna meditación. — ¿Qué significa eso de que los rendirías á tus pies? ¿A quién?

—¡Ta, ta! Ya saber la señorita lo que quiere decir esta muchacha.

—A fe mía que no.

—Querer decir que todos me amarían.

—Pero ¿quién?

—Todos los caballeros blancos; los jóvenes plantadores, los oficiales del fuerte, todos, en

(1) Téngase en cuenta que esto hace muchos años que está escrito. (N. del T.)

fin. Con ese cabello, señorita Luisa, yo co-
quistar á todos.

—¡Ja, ja, ja! Conque ¿crees que con mi ca-
bello serías invencible entre esos señores?—
pregunta la criolla, soltando la carcajada.

—No, señorita, no con el cabello sólo, sino
con esas bellas facciones, ese cutis de alabas-
tro, esas graciosas formas y magníficos ojos.
¡Oh! ¡Qué divina ser la señorita Luisa! Yo oír
á los caballeros blancos decirlo así, pero no ser

pintor, por hábil que fuese, le sería dado re-
presentar en el frío lienzo la luz que irradi-
ban aquellos brillantes ojos, y que parecía re-
flejarse en las facciones. Estas últimas eran
verdaderamente clásicas, ofreciendo ese tipo
de femenino belleza que eligieron los Fidias y
Praxiteles. Y, sin embargo, en todo el Panteón
griego no se hallaría un semblante con el cual
se pudiese comparar, porque el rostro de la
criolla no era el de una diosa, sino el de una



—¡ Ah, señorita! ¿Qué haber sido de nosotras sin el auxilio de aquel joven blanco?—dijo la negra á Luisa

esto necesario para reconocerlo por mí misma.

—Comienzas á ser adúladora, Florinda.

—No, señorita, no ser adúladora yo: jurarlo
por los Apóstoles.

Para el que contemplase á la criolla, no se-
ría precisa la insistente afirmación de Florin-
da, que tiende á probar la sinceridad de sus
palabras, por muy hiperbólicas que parezcan.
Decir que Luisa Coxé era hermosa, equivalía
á repetir la opinión de cuantos la rodeaban.
Una sola mirada bastaba para convencer á
cualquiera sobre este punto, lo mismo á un ex-
tranjero que á un conocido. Era un género de
belleza que se reconocía á primera vista; pero
que era difícil de describir. La pluma no podría
detallar semejante hermosura, ni el pincel dar
sino una débil idea de ella, porque á ningún

mujer, y, por lo mismo, debía tener mucho ma-
yor atractivo para el hombre.

Por única contestación á los elogios de Flo-
rinda, la criolla lanza una nueva carcajada
que expresa indiferencia, aunque no incredul-
idad. La joven no necesita que le recuerden
su belleza, porque harto sabe que es hermosa,
según se podría deducir por la frecuencia con
que se mira al espejo. Las lisonjas de la negra
no producen, pues, en la señorita más impre-
sión que las caricias de un perrillo faldero, y
muy pronto se absorbe de nuevo en sus refle-
xiones.

No guarda Florinda silencio al observar el
aire distraído de su ama: sin duda, tiene algu-
na idea fija, ó desea aclarar algún misterio á
todo trance.

—¡Ah!—continúa, como hablando consigo misma.—Si Florinda tener sólo la mitad de los encantos de la joven señorita, ella no cuidarse de nadie, ni suspirar por ninguno.

—¡Suspirar!—repite la criolla, que, al oír esta palabra, ha interrumpido el curso de sus reflexiones.—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Oh! Florinda no ser tan ciega como creerlo la señorita, ni tampoco sorda: yo verla mucho tiempo sentada en el mismo sitio, sin decir una palabra, y suspirando profundamente; y la señorita no hacer antes esto en la plantación de Luisiana.

—¡Florinda! Temo que hayas perdido el juicio, ó que le hayas dejado en Luisiana: tal vez habrá en este clima algo que te afecte. ¿Es así, muchacha?

—¡Vamos! Señorita Luisa, no decir eso, ni enfadarse conmigo por hablar francamente, porque Florinda ser su esclava y quererla mucho, como si ser su hermana, y por eso tomar esta libertad. ¿Señorita estar enfadada conmigo?

—Ciertamente que no. ¿Por qué había de enfadarme contigo? Sólo he dicho, ó querido decir, que tus ideas eran erróneas: lo que has visto u oído no es más que una suposición tuya. En cuanto á suspirar, ¡bah! Otras cosas tengo en qué ocuparme ahora. Debo recibir, lo menos, cien visitas; casi todos son extranjeros, y entre ellos vendrán los jóvenes plantadores y los oficiales, á quienes tú rendirías si tuvieses mi cabello. ¡Ja, ja, ja! No deseo aprisionar á ninguno de ellos. Conque, así, péiname como quieras, sin poner ningún postizo.

—¡Oh señorita Luisa! ¿Por qué hablar así?—replica la negra con aire de verdadero interés.—¿Decir que no importaros ninguno de esos caballeros? Haber dos ó tres que son muy guapos, un plantador y dos oficiales, y la señorita conocerlos á todos. ¿No interesarle ninguno, á pesar de ser tan galantes?

—¡Vaya! Volvemos á lo mismo. ¡Ja, ja, ja! Pero Florinda, estamos perdiendo mucho tiempo: acuérdate de que debo estar en la sala para recibir á cien convidados, y que necesito, por lo menos, media hora para prepararme á hacer los honores.

—No tener cuidado, señorita Luisa, pues haber tiempo suficiente. Bien pronto estar vestida, porque con cualquier traje ser hermosa, aun con el de una muchacha de la plantación.

—¡Vaya! Decididamente eres muy adúladora, Florinda, y comenzaré á creer que deseas pedirme algún favor. ¿Quieres acaso que interceda para que hagas las paces con el negro Plutón?

—No, señorita: no querer ya ser amiga de Plutón, porque haber sido muy cobarde en la tempestad de la pradera. ¡Ah, señorita Luisa! ¿Qué haber sido de nosotras sin el auxilio de aquel joven blanco, que llegó montado en su caballo rojo?

—A no ser por él, Florinda, es probable que ninguna de nosotras dos estuviese aquí.

—¡Oh señorita! ¿No es verdad que ser un joven muy guapo? ¿Qué hermosas facciones,

con su cabello oscuro como el vuestro, y algo rizado como el mío! En nada se parece al plantador y á los oficiales del fuerte. Los negros decir, sin embargo, que no es bueno para nada, y que ser un pobre blanco; pero ¿á quién le importa esto? Yo suspiraría por un hombre como él. ¡Ah! Uno como ése me gustaría, como ése.

La joven criolla se ha mantenido hasta entonces tranquila; mas ya no tiene fuerzas para ello, pues por casualidad ó intencionadamente Florinda había tocado la cuerda más sensible de su corazón.

Y hubiera confesado todo á su esclava, como para aliviarse, á no ser porque resuenan fuertes voces en el patio, y halla con esto una excusa para terminar su tocado, sin empeñar el delicado diálogo que, sin duda, iba á dar principio.

CAPITULO XI

GRATA NUEVA

—¿Dónde está tu amo, condenado negro?

—¿Masa Coxe, señor? ¿El padre ó el hijo?

—¿Para qué quiero yo ver al joven? Busco al Sr. Coxe. ¿A quién había de ser sino á él? ¿Dónde está?

—¡Oh! ¡Oh! Los dos están fuera de casa, el señor y masa Enrique: haber ido río abajo, donde los negros hacer el nuevo cercado. ¡Oh! ¡Oh! Allí encontrarlos.

—¿Río abajo? ¿Muy lejos de aquí?

—¡Oh! ¡Oh! Nego creer que á tres ó cuatro millas, lo menos.

—¿Tres ó cuatro millas? ¿Cómo puede ser eso, estúpido? La plantación del Sr. Coxe no se extiende tanto, y no creo que levante una cerca en el terreno de su vecino. ¡Escucha! ¿A qué hora se le espera en casa? Supongo que, cuando menos, sabrás esto.

—Los dos ser esperados muy pronto, el señor y el señorito y también masa Collins. ¡Oh! ¡Oh! Aquí haber gran fiesta, como poder conocerlo por olor de la cocina. ¡Oh! ¡Oh! Haber toda clase de manjares, de asados, pollos, gallinas y reses. ¡Oh! ¡Oh! Otra vez tener aquí la fiesta que en otros tiempos en la costa del Misisipi. ¡Hurra por masa Coxe! Él sí que hacer bien las cosas. ¡Oh! ¡Oh! Extranjero, ¿por qué no aplaudir también? ¿No ser amigo de masa?

—¡Condenado negro! ¿No te acuerdas ya de mí? Pues ahora que miro tu fea cara te reconozco muy bien.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Ser masa Zab, aquel que llevar otro tiempo venados y pavos salvajes á la antigua plantación! ¡Sí, sí! Nego conocer á masa Zab, como si haberle visto anteayer. El otro día yo ver que le llamaban, pero estar muy lejos. Ahora ser yo el cochero, el que conduce el coche cuando señorita salir de la hacienda, la hermosa señorita Luisa. Sí, ser tan hermosa que Florinda desmerecer á su vista. ¡Bueno, bueno! Masa Zab esperar á mi amo hasta que venga: él estar aquí muy pronto.

—Bien. Si es así, le esperaré,—contesta el

cazador, apeándose lentamente. —Y ahora, muchacho, —añade, poniendo las riendas en manos del negro, —dale á mi yegua un buen pienso de cebada, porque el pobre animal ha recorrido veinte millas á la carrera, todo por querer yo prestar un servicio á tu amo.

—¡Oh Sr. Zab! ¿Sois vos?—pregunta una voz argentina, la de Luisa Coxé, quien se presenta en aquel momento en la galería.—No esperaba veros tan pronto, pues dijisteis que ibais á emprender un largo viaje. ¡Muy bien! Me alegro que estéis aquí, y también lo celebrarán papá y Enrique.

Y, volviéndose al negro, dícele la criolla:

—Plutón: ve á preguntar á Cloe la cocinera qué puede dar para comer al Sr. Zab. Supongo que aún estaréis poco menos que en ayunas. Os veo cubierto de polvo. ¿Habéis hecho algún largo viaje? ¡Aquí, Florinda! Ve á buscar algo de beber para el Sr. Zab, que, seguramente, tendrá mucha sed con este calor. ¿Qué preferís, amigo mío, Oporto, Jerez ó Clarete? ¡Ah! Ahora recuerdo que os gustaba mucho el aguardiente de Monongahela, y creo que aún queda un poco. Florinda: ve á buscarle. Y vos, Sr. Zab, entrad en la galería y sentaos. Creo que preguntabais por papá. Le espero de un momento á otro, y mientras llega procuraré distraeros.

Si la hermosa criolla hubiera dejado de hablar antes, no habría recibido inmediata contestación; y, aun así, transcurrieron algunos segundos antes que Zab pronunciara una palabra. Permaneció inmóvil, y parecía haber enmudecido por el asombro que le causaba la hermosura de la joven.

—¡Dios me valga, señorita Luisa!—exclama, al fin.—Cuando acostumbraba veros en el Misipí, creía que erais la criatura más linda de la tierra; pero ahora me parece que sois la más hermosa que hay en la tierra y el cielo. ¡Por el valle de Josafat, que lo siento como lo digo!

El elogio del viejo cazador no es apenas exagerado. Recién terminado su tocado, el brillo del magnífico cabello de la criolla no está deslucido por la acción de la atmósfera, el contacto del agua fría ha hecho asomar á sus mejillas un vivo carmín, y con su vestido de muselina de la India, blanco y casi transparente, Luisa parece la cosa más hermosa de la tierra, ya que no del cielo.

—¡Por el valle de Josafat!—vuelve á exclamar el cazador, prosiguiendo sus elogios.—En mi tiempo he visto lo que pensé que eran preciosas criaturas del género femenino; y mi misma mujer no era mal parecida cuando me establecí con ella en Kentucky; pero debo confesar, señorita Luisa, que si de todas ellas tomaran lo más bonito que tenían, y formaran con ello un todo, no resultaría la milésima parte de una hermosura de ángel como la vuestra.

—¡Oh, oh, oh, señor Zab! ¡Estoy asombrada de oiros hablar así! Tejas os ha convertido en todo un cortesano, y si seguís esa marcha, temo que perdáis vuestro carácter de franqueza.

Después de esto, vais á necesitar un buen trago. ¡Vamos! Date prisa, Florinda. Creo que habéis dicho que preferís el aguardiente: ¿no es así, Sr. Zab?

—Si no lo dije, lo pensé, que viene á ser lo mismo. Tenéis razón, señorita: prefiero ese aguardiente á todos los licores extranjeros, y lo elijo siempre que puedo. Tejas no me ha modificado nada en materia de bebida.

—¿Quererlo masa Zab mezclarlo con agua?—pregunta Florinda, presentándose con un vaso medio lleno de Monongahela.

—No, muchacha: ¡condenada sea el agua! Bastante he tomado desde que me puse en camino esta mañana. No he bebido un traguito en todo el día, ni siquiera olerlo.

—Amigo Zab, —dice la criolla;—seguramente, no podréis tomarlo así: os abrasaría la garganta. ¿Queréis tomar un poco de azúcar ó miel?

—¡Ca! Lo echaríamos á perder, pues ya es bastante dulce sin esa mezcla, sobre todo después de haber mirado vos el vaso. Ahora veréis si puedo bebérmelo. ¡Allá va!

El cazador levantó el vaso hasta la altura de su barba, y tres tragos le bastan para apurar el contenido, devolviendo el vaso á Florinda. Un fuerte castañeteo con la lengua casi ahoga las simultáneas exclamaciones de asombro de la criolla y su doncella.

—¡Que me abrasará la garganta!—exclama el cazador.—Nada de eso: sólo me ha calentado un poco el paladar, preparándole para echar un párrafo con vuestro papá, acerca del musteño manchado.

—¡Ah! Es cierto: ya lo había olvidado. No, olvidarlo no; pero no creí que hubiese tiempo para tener noticias. ¿Habéis oído algo del precioso animal?

—Bien podéis llamarlo así. No sólo es hermoso, sino que es una yegua.

—¡Una yegua! ¿Qué es eso, Sr. Zab? No comprendo.

—Digo que es una yegua. Seguramente, sabréis lo que es.

—Tal vez queréis decir...

—En fin, —interrumpe Zab;— es una yegua mejicana de la misma estampa de las que llegaron al país en otro tiempo de algún punto de Europa, traídos por los que poblaron primeramente estos parajes.

—Aún no creo comprender bien, Sr. Zab. ¿Por qué se llama el musteño yegua?

—¡Toma! Porque no es caballo. Esta es la diferencia, señorita Coxé.

—¡Ah! Ya comprendo. Y ¿decís que habéis oído hablar del animal desde la última vez que estuvisteis aquí?

—No sólo he oído, sino visto y tocado.

—¿De veras?

—Ya está cogido.

—¡Cogido! Esto sí que es una gran noticia; y mucho me complacerá ver á ese hermoso cuadrúpedo y pasear en él. Desde que estoy en Tejas no he tenido un caballo que valga una cáscara de naranja. Papá ha prometido comprar ése para mí á cualquier precio; pero

¿quién es el afortunado individuo que consiguió apoderarse de la yegua?

—¿Quién ha de ser sino un gaucho?

—¿Un gaucho?

—Sí: un cazador de caballos, y uno que no tiene rival en estas praderas, ni en lo de montar uno de esos cuadrúpedos, ni en lo de arrojarle el lazo. Donde está él, no habléis de otros, porque ninguno entre ellos igualaría á ese joven en destreza para manejar un caballo.

—¿Su nombre?

—Jamás he sabido el de familia; pero el de pila es Armando. En el fuerte le conocen con el nombre de *Armando, el cazador de caballos*.

El viejo Zab no era suficiente observador para notar el tono de profundo interés con que se le había hecho la pregunta, ni la alteración de color en las mejillas de la criolla al oír la respuesta.

Pero no escapó el detalle á la observación de Florinda.

—¡Ah, señorita Luisa! ¿No ser ése el nombre del joven caballero blanco que nos libró de perecer ahogadas en la pradera?

—¡Por el valle de Josafat!—exclama el cazador, ahorrando así á la criolla el trabajo de contestar.—Ahora que pienso en ello, esta misma mañana me lo dijo antes de emprender la marcha. Sí: es el mismo. Ese es el que ha cogido la yegua, y se dirige hacia aquí con ella en este instante, seguido de una docena más de caballos. Llegará antes que se ponga el sol, pues yo me adelanté sólo para anunciar á vuestro padre que la yegua estaría aquí muy pronto, á fin de que pudiera ser el primero en la compra. Yo sabía que se necesitaban aquí caballos, y era preciso evitar que otro se llevase la yegua. Me acordaba de la señorita Luisa y de lo que me dijo cuando hablé del animal. Ahora ya podéis estar tranquila y segura de la preferencia: el viejo Zab sale garante de ello.

—¡Oh Sr. Zap! Sois verdaderamente muy amable y os estoy profundamente agradecida. Ahora me dispensaréis un momento, pues mi padre no tardará en regresar y debo recibir mucha gente, convidada á comer. Florinda: cúdate de que sirvan al Sr. Zab. Vamos, muchacha: date prisa.

—Sr. Zap,—añade la criolla, acercándose más al cazador y hablándole en voz baja,—si el joven... si ese caballero llegase mientras los convidados se hallan aquí... tal vez él no los conozca. ¿Queréis encargarnos de que se le atienda? En la galería hay vino en abundancia y otras buenas cosas. ¿Comprendéis lo que quiero decir, Sr. Zab?

—¡El diablo me lleve si entiendo una palabra! Señorita Luisa: quiero decir que no entiendo bien. Comprendo cuanto habéis dicho acerca del licor y otras cosas; pero no sé de qué caballero habláis. Esto es lo que me confunde.

—Seguramente debéis saber lo que quiero decir. Hablo del caballero, ó sea del joven que conduce los caballos.

—¡Oh! ¡Ah! ¡Armando el gaucho! Eso es.

Bien. Pues comenzaré por deciros que no vais muy descaminada al llamarle *caballero*, aunque no es frecuente que un cazador de caballos tenga este título ni le merezca tampoco; pero el joven Armando es una excepción. A mí me parece caballero por su cuna, por su educación y su talento, por más que sea cazador de caballos y tenga el padre irlandés.

Al oír la opinión del cazador, tan en armonía con la suya propia, los ojos de Luisa Coxe brillan de alegría.

—Debo advertiros, por lo tanto,—continúa el cazador, cual si alguna repentina idea hubiese cruzado por su mente,—que ese joven no aceptará hospitalidad por segunda mano, porque es tan orgulloso como un Coxe, según acostumbraban á decir en el Misisipi. Dispensadme, señorita Luisa, si he dejado escapar la palabra. Ya la solté y no puedo recogerla. No he pensado que hablaba con una representante de la familia, no la más orgullosa, pero sí la más bonita de este nombre.

—¡Oh Sr. Zab! Podéis decir cuanto os plazca, pues ya sabéis que no puedo ofenderme con vos, mi querido gigante.

—Prefiero ser más pequeño que un enano á decir ó hacer nada que pueda ofenderos, señorita.

—¡Gracias, gracias! Conozco vuestro honrado corazón, y sé que sois generoso. Tal vez algún día... alguna vez, Sr. Zab, pudiera necesitar vuestra amistad.

La criolla ha pronunciado estas palabras con tono vacilante y sin ninguna intención aparente.

—Si ese caso llegara, no necesitaríais buscar mucho: el viejo Zab os lo asegura. Sería un villano, y más cobarde que un coyote el que no tomara vuestra defensa mientras quedara aliento en su pecho.

—Vuelvo á repetiros las gracias una y mil veces; pero ¿qué ibais á decir? Hablabais de una hospitalidad de segunda mano: ¿no es así?

—Es cierto.

—Queríais decir que...

—Que sería inútil que yo invitase á Armando el cazador á comer ó beber bajo vuestro techo. A menos que no lo haga vuestro padre, el joven se irá sin probar nada. ¿Me comprendéis, señorita Luisa? No es uno de esos pobres blancos á quienes se envía á comer á la cocina.

La joven criolla guarda silencio durante uno ó dos minutos: diríase que absorbe todo su pensamiento una idea fija.

—No importa,—contesta, al fin, cual si hubiera completado sus reflexiones;—no importa, Sr. Zab: no será necesario que le invitéis. Basta sólo que me aviséis cuando llegue, á menos que estemos ya comiendo, en cuyo caso, claro es que no esperará ver á nadie; pero si así sucediese, podríais detenerle. ¿No lo haréis?

—Os lo prometo, si me lo mandáis.

—Pues bien: hacedlo, y avisadme cuando se halle aquí. Yo le invitaré á comer.

—Pues, entonces, creo que le haréis perder el apetito. Sólo veros y escuchar vuestra melo-

diosa voz es lo suficiente para aplacar el apetito de un lobo hambriento. Cuando llegué aquí, hubiera sido capaz de tragarme un bocado crudo, y ahora no me acuerdo ya de comer: hasta me pasaría más de un mes sin probar la carne.

A este exagerado capítulo de elogios contesta la criolla con una carcajada, señalando al mismo tiempo al otro lado del patio por donde cruza la doncella, que acaba de salir de la cocina con una ligera bandeja, seguida de Plu

CAPITULO XII

EL REGALO

La más agradable habitación de una morada mejicana es aquella que tiene el techo por suelo y por bóveda el cielo, es decir, la azotea. Durante la estación templada, casi perpetua en aquel país del sol, se prefiere el terrado á la sala, sobre todo después de comer, cuando



—Debo advertiros que Armando no aceptará hospitalidad por segunda mano,—decía Zap á Luisa

tón, que lleva otra de mayores dimensiones y más cargada.

—¡Vamos, querido gigante!—dice la criolla con tono cariñoso.—No creeré que habéis perdido el apetito hasta que comáis lo que traen. Ahí vienen Plutón y Florinda con algunos manjares que serán, seguramente, para vos, más sustanciosos que mi compañía. Por lo tanto, os dejaré en libertad para comer en paz. ¡Adiós, Zab, adiós, ó, como dicen los naturales, hasta luego!

Pronunciadas estas palabras con alegre acento, Luisa Coxe se aleja por la galería, y sólo después de entrar en su habitación, y cuando se ve sola, entrégase á otras reflexiones más graves, que expresa murmurando en voz baja:

—¡Es mi destino! Lo siento, lo conozco; no me atrevo á salir á su encuentro, ni tampoco puedo evitarle; no quisiera hacerlo, ni quiero dejar de hacerlo tampoco.

el astro rey refleja sus sonrosados rayos en las nevadas cimas de Orizaba, de Popocatepec, de Toluca y de las Dos Hermanas.

No podían menos de seguir la agradable costumbre de pasar la última parte del día en la azotea los que por casualidad habían ido á vivir en una casa mejicana; y dicho se está que la familia del plantador no debía ser una excepción.

Aquella misma tarde, después de salir del comedor, eligióse la azotea, en vez de la sala, para punto de reunión, y, al declinar el sol, sus últimos rayos iluminaron á una concurrencia tan alegre y brillante como la que jamás pudo haber en la Casa de la Curva. Paseando de un punto á otro, diseminados en grupos, ó apoyados en el parapeto para contemplar la llanura, veíanse los hombres más notables de la localidad y las mujeres más hermosas, formando una sociedad que hubiera podido competir con la de

los antiguos hidalgos de la sangre *más azul* de Coahuila y Tejas.

Las personas allí reunidas entonces para celebrar la llegada de Hugo Coxe á su nueva propiedad de Tejas, podían jactarse de su distinción. Allí estaba lo más escogido de la colonia, no sólo de Leona, sino también de otros puntos; habían llegado de González, Castrovillo y hasta de San Antonio, antiguos amigos del plantador, que, así como él, fueron á establecerse en el SO. de Tejas, y que habían franqueado una distancia de cien millas para asistir á la primera gran recepción.

El plantador no ha omitido sacrificio ni gasto alguno para que ésta sea brillante; y por eso se ven allí los oficiales del fuerte con sus brillantes uniformes y charreteras, y también la banda de música de la guarnición. Abundan los más escogidos vinos de la bodega de la Casa de la Curva, comprendidos en la venta de la propiedad; no escasean tampoco los succulentos manjares, y, en fin, no falta nada para que la reunión de Coxe sea de lo más brillante que se ha visto en las orillas del Leona.

Y como, para completar el conjunto, la bella Luisa, aquella que llaman la hermosa Luisiana, y cuyo renombre por este concepto la ha precedido en Tejas, hace los honores de la casa, circulando de un punto á otro entre los convidados que la admiran, con la sonrisa de una reina y la gracia de una diosa.

En aquel instante era el blanco de todas las miradas, la felicidad de muchos corazones, y tal vez el tormento de algunos, porque no eran favorecidos todos cuantos contemplaban su belleza.

Pero ¿se creía Luisa feliz?

Esta pregunta pudiera parecer singular, casi absurda. Rodeada de amigos y admiradores, uno de los cuales, por lo menos, la idolatraba, y contándose varios cuyo incipiente amor podía terminar en adoración, jóvenes plantadores, abogados, futuros políticos, hombres de reputación reconocida é hijos de Marte, ¿cómo era posible que no se creyese completamente feliz?

Cualquier extraño hubiera podido hacer esta pregunta en el caso de conocer no más que superficialmente el carácter de las criollas, y en particular el de Luisa Coxe.

Pero en aquella brillante reunión había un hombre que no era forastero para nadie, y que tal vez más que ninguno de los presentes vigilaba todos los movimientos de la joven, tratando de interpretar sus palabras: Casio Collins.

Luisa no iba á ninguna parte sin que el ex capitán la siguiera, no á su lado como una sombra, sino á hurtadillas y cambiando de sitio á cada instante. Subía y bajaba las escaleras, ó permanecía quieto en un rincón, distraído, al parecer, pero con la vista fija en el rostro de su prima, como un agente de policía encargado de vigilar á un culpable.

No dejaba de ser extraño que no hiciese gran aprecio de las contestaciones de la criolla á los cumplidos que le dirigían cuantos anhelaban

una de sus sonrisas, aunque aquéllos fuesen muy marcados, como, por ejemplo, los de Hancock, el oficial de dragones. Todo lo oía Casio Collins sin inmutarse, como quien escucha una conversación que no tiene importancia.

Únicamente después de salir á la azotea y de ver á su prima cerca del parapeto, examinando atentamente la llanura, pudo comprenderse que Casio vigilaba á la criolla, hecho que llamó la atención de todos más de una vez. Luisa se acercaba á intervalos al parapeto para pasear sus miradas por la llanura, y hubiérase dicho que interrogaba al horizonte. Nadie se explicaba por qué procedía así, ni nadie hizo conjeturas, excepto Casio. Él tenía sus ideas sobre el particular, ideas que le atormentaban mucho.

Cuando apareció en la pradera un grupo de formas que se movían, destacándose á la rojiza luz del sol poniente, y cuando los espectadores de la azotea reconocieron que eran caballos conducidos por algunos jinetes, el ex oficial de voluntarios sospechó quién era el jefe de la caravana.

Otra persona pareció interesarse también en aquel incidente, pero, sin duda, por muy distinto motivo. Mucho antes de que los cuadrúpedos llamaran la atención de los convidados de Coxe, Luisa los había divisado ya, adivinando casi su presencia por una nube de polvo, tan ligera, que habría escapado á la observación de cualquiera que no tuviese interés en descubrirla.

A partir de aquel momento, la joven criolla, bajo el pretexto de una conversación entablada en un círculo de hermosas compañeras, observaba con disimulo la nube de polvo á medida que se aproximaba, y formaba conjeturas acerca de la causa, harto conocida ya de ella.

—¡Caballos salvajes!—exclama el Mayor, comandante del Fuerte Inge, después de observar un momento su telescopio.—Alguien los dirige hacia aquí,—añade después de una pausa, volviendo á observar.—¡Ah! Ya lo veo: es Armando el gaucho, que algunas veces ayuda á nuestros hombres en la remonta. Parece que viene directamente á vuestra casa, señor Coxe.

—Si es el joven que habéis nombrado,—replica el dueño de la Casa de la Curva,—nada tendrá esto de particular, porque he hecho un contrato con él para que me traiga algunos caballos, y tal vez viene ahora con su primera remesa.

Y, mirando á su vez con el telescopio, añade:

—Sí: creo que, efectivamente, es él.

—Estoy seguro de ello,—dice el hijo del plantador.—Y hasta reconozco en el último jinete á Armando Lancaster.

La hija del plantador podía asegurar lo mismo; pero no emite su opinión. No tiene, al parecer, interés alguno en aquella cuestión, de por sí muy indiferente; pero trata de burlar la vigilancia de aquellas abrasadoras miradas, constantemente fijas en ella.

Llega, al fin, Armando, gallardamente mon-

tado en su caballo y la yegua pinta al extremo de su lazo, siguiéndole los demás corceles.

—¡Qué hermoso animal!—exclaman muchas voces al llegar frente la casa.

El cautivo musteño se estremece al contemplar una escena tan nueva para él.

—Sólo por ver este animal se podía haber venido,—dice la mujer del Mayor, que es una señora de entusiastas inclinaciones.—Propongo á todos que bajemos. ¿Qué decís á esto, señorita Coxe?

Mucho más agradeció Armando la rápida y silenciosa mirada de inteligencia que le dirigió la criolla. Otras varias se fijaron en él con marcada complacencia. A decir verdad, el cazador parecía hermoso, á pesar de su empolvado traje: hubiérase dicho que una jornada de veinte millas apenas le fatigaba. La brisa de la pradera había refrescado el color de sus mejillas; su desnudo cuello descubierto hasta el pecho y ligeramente curtido por el sol, realzaba su varonil continente; hasta el polvo que cubría su



—Sí: creo que, efectivamente, es él,—dice el dueño de la casa, después de mirar con el catalejo]

—¡Oh! Ciertamente,—contesta la criolla, entre un coro de voces que gritan:

—¡Bajemos, bajemos!

Conducidas por la iniciadora de la idea, las señoras llenan muy pronto la escalera de piedra, y síguenlas los caballeros. Poco después el cazador de caballos, siempre firme en su silla, y su linda prisionera, forman el centro del distinguido círculo.

Enrique Coxe ha bajado antes que ninguno para dar la bienvenida con la mayor franqueza á Armando el cazador.

Entre este último y Luisa no se ha cruzado sino un ligero saludo: la familiaridad con un tratante en caballos, aun suponiendo que se le hiciera el honor de presentarle, no hubiera sido apenas tolerada por la escogida sociedad.

De las damas, sólo la señora del Mayor le ha dirigido la palabra familiarmente, aunque en un tono de superioridad, á la vez que de condescendencia.

rizado y abundante cabello era impotente para ocultar el brillo natural de éste, y, por último, sus formas musculosas indicaban una fuerza y vigor nada comunes en el hombre.

Más de una señorita le dirigió furtivas miradas; y la linda sobrina del comisario fijó la vista en él sonriendo, como admirada de su apostura. Algunos dijeron que también lo había hecho la esposa del comisario; pero esto debía ser una calumnia que no merecía crédito.

—Seguramente,—dice Coxe, después de examinar la yegua manchada;—éste debe ser el animal de que me habló Zab.

—El mismo,—contesta al cazador, adelantándose hacia Armando con el fin de ayudarle.—Sí, Sr. Coxe: es el mismo, una yegua, como podréis ver vosotros mismos.

—Muy bien, muy bien,—interrumpe bruscamente el plantador, como si no deseara más explicaciones.

—El joven se había ya apoderado del cua-

drúpedo cuando yo llegué, — continúa Zab; — de modo que no pude llegar más á tiempo, porque podían haber llevado la yegua á otra parte y se hubiera quedado sin ella la señorita Luisa.

—Es verdad, Sr. Zab, — replica la criolla; — habéis sido muy oportuno, y no sé cómo corresponder á vuestra bondad.

—¡Corresponder! ¡Bah! Supongo que no faltarán medios para ello, pues no he hecho otra cosa sino emprender una corta jornada por la pradera. Es bastante ver vuestra hermosa persona montada en esa magnífica yegua, cubierta la cabeza con el sombrerito de plumas y con la larga y flotante falda, para que el viejo Zab se dé por pagado.

—¡Oh Sr. Zab! Sois un adulador incorregible. Mirad á vuestro alrededor, y veréis muchas damas que merecen esos cumplidos mejor que yo.

—¡Bien, bien! — replica Zab, dirigiendo una indiferente mirada á las señoras. — No negaré que hay aquí muchas damas bonitas; pero no veo más que una Luisa Coxe, como acostumbraban á decir en Luisiana.

Varias carcajadas, aunque muy pocas femeninas, contestaron á este galante elogio del cazador.

—Deberé entregaros doscientos duros por ese cuadrúpedo, — dice el plantador dirigiéndose á Armando y señalando la yegua. — Creo que ésta fué la suma estipulada con el Sr. Zab.

—¡Oh! Debéis advertir que yo no intervine en el contrato, — replica el cazador con una significativa é intencionada sonrisa. — No puedo tomar vuestro dinero, porque el cuadrúpedo no está de venta.

—¡Oh! ¿Lo decís de veras? — replica el plantador, retrocediendo un paso con aire de disgusto, mientras sus amigos y los oficiales del fuerte se miran con asombro al ver que Armando rehúsa tan magnífica recompensa.

¡Doscientos duros por una yegua sin domar, cuando el precio acostumbrado es de diez á veinte! El cazador de caballos debía estar loco.

Armando no les dió mucho tiempo para reflexionar.

—Sr. Coxe, — dice después de una breve pausa, hablando en tono festivo; — me habéis pagado á tan buen precio los otros caballos, y esto antes de que los cogiera, que puedo permitirme haceros un regalo, que es lo que en el país de mi padre se llama la *añadidura*. Es también costumbre, cuando la compra de caballos se hace en la casa, obsequiar, no al comprador mismo, sino á una de las damas de su familia. ¿Me permitiréis que introduzca la costumbre irlandesa en Tejas?

—Ciertamente, — contestan varias voces, dos ó tres de ellas de marcado acento irlandés.

—Sin duda que sí, Sr. Lancaster, — replica el plantador, olvidando sus tendencias conservadoras para unirse á la voluntad popular; — podéis hacer lo que os plazca en este punto.

—¡Gracias, caballeros, gracias! — contesta el cazador de caballos mirando con aire protec-

tor á los hombres que se creen superiores á él. — Esa yegua es mi regalo; y si la señorita Coxe se digna aceptarlo, me creeré harto pagado por los tres días de cacería que me costó. Si hubiese sido la más cruel de las coquetas, no me habría sido más difícil someterla.

—Acepto vuestro regalo, caballero, y quedo muy agradecida, — contesta la joven criolla, adelantándose á todos por primera vez, al mismo tiempo que habla; — pero me inquieta una cosa, — añade, señalando á la yegua, mientras que con la mirada interroga al cazador, — y es que nuestra prisionera no parece domada todavía: diríase que tiembla por su porvenir, y podría cocear si no le parece la silla de su agrado. ¿Qué haría yo entonces, pobre de mí?

—Es verdad, Armando, — dice el Mayor, sin sospechar el sentido de aquellas misteriosas palabras y dirigiéndose al cazador en el único sentido que podía comprender; — la señorita Coxe habla muy juiciosamente, pues esa yegua no está domada todavía, como todos podemos ver. ¡Vamos, muchacho, dale la lección!

—Señoras y caballeros, — continúa el Mayor volviéndose hacia los presentes; — ésta será una cosa digna de que todos la veáis, sobre todo aquellos que no la hayan presenciado antes. ¡Vamos, Armando: monta y déjanos ver algo de lo que es el arte de domar caballos en la pradera! Me parece que el animal ha de poner á prueba tu destreza.

—Así lo creo también, Mayor, — replica el cazador de caballos, dirigiendo una rápida mirada, no al cuadrúpedo cautivo, sino á la joven criolla, que, á pesar de su energía, se retira temblorosa detrás de los espectadores.

—No tengas cuidado, hombre, — prosigue el Mayor con el tono más propio para animar al joven. — A pesar del diabólico brillo de los ojos de ese cuadrúpedo, apuesto diez contra uno á que le dominarás. ¡Vamos!

Sin riesgo de desacreditarse, el cazador de caballos no podía menos de acceder á la invitación del Mayor: se quería poner á prueba su destreza en la equitación, cosa no poco apreciada en las praderas de Tejas.

Y Armando aceptó, apeándose ligeramente de su caballo, cuyas riendas entregó á Zab, para consagrarse exclusivamente á la yegua prisionera.

El único preliminar consistió en despejar el terreno, lo cual se hizo en un instante, volviendo á la azotea la mayor parte de los espectadores con todas las señoras.

Sin más que un pedazo de cuerda de cuero, sujeta al rededor de la quijada inferior de la yegua, á manera de rienda que pasaba por detrás de las orejas, Armando montó de un salto sobre el salvaje cuadrúpedo. Era la primera vez que éste sentía el peso del hombre; era el primer ultraje que recibía.

Con un furioso relincho que expresó bien claramente su impresión del momento, pareció desafiar al jinete á que le redujese á la esclavitud.

Luego, con ese instinto natural propio de to-

dos los de su raza, levantóse sobre sus cuartos traseros, balanceando su cuerpo por espacio de algunos segundos en posición vertical; pero el jinete, previendo el ardid, abrazó su cuello de tal modo que parecía formar parte del cuerpo de la yegua, que, á no ser por esto, hubiera podido dejar caer de espaldas, aplastando al jinete con su peso.

Confiado en su habilidad, el domador había prescindido de la silla y de los estribos, que en

res, que permanecieron en su puesto, esperando la vuelta del domador.

Durante su ausencia, emitieronse varias conjeturas, entre otras la de que podría quedar muerto, ó, por lo menos, muy mal parado. Una persona lo hubiera deseado así; mas para otra, en cambio, habría sido el suceso muy doloroso, casi tanto como el de perder su propia vida.

¿Por qué Luisa Coxe, hija del orgulloso



El rabioso animal, no pudiendo desmontar al diestro domador, emprende un galope tendido

aquel momento podían servirle; mas así no hubiera podido vanagloriarse de la hazaña tan elogiada en las praderas, que consiste en *domar un caballo en pelo*. Armando lo consiguió.

En el momento en que la yegua levanta sus cuartos traseros, segundo ardid de que debía valerse, el domador gira rápidamente sobre su lomo, abraza el cuerpo fuertemente, y, apoyando las puntas de los pies en los huesos angulares de las espaldillas anteriores, resiste con buen éxito los esfuerzos que hace para desmontarle.

Dos ó tres veces repite el musteño su tentativa, y otras tantas se ve burlado por la destreza del domador. Entonces, cual si comprendiese que son inútiles aquellos esfuerzos, el rabioso animal no insiste más, y, saltando de pronto, emprende un galope tendido, el cual parece que debe terminar dando con el jinete en tierra. Concluiría, sin embargo, en alguna parte, aunque no á la vista de los espectado-

plantador de Luisiana, una mujer célebre por su hermosura, á quien bastaba una mirada para tener por esposo al más noble y rico señor del país; por qué había de fijar sus ideas y pensamientos en un pobre cazador de caballos de Tejas? Esto era un misterio que ni aun ella misma, á pesar de su inteligencia, podía descifrar.

Tal vez no había llegado hasta el punto de *consagrarle todas sus simpatías*, ni ella lo pensaba así. De lo contrario, y si hubiera reflexionado sobre el particular, quizás se hubiera retraído de ciertos recuerdos que no podían menos de acudir á su imaginación. Sólo comprendía que acababa de experimentar un singular interés por un desconocido, un extranjero, un hombre que se presentó en circunstancias favorables para realzarle en su fantástica imaginación, un hombre que, diferenciándose esencialmente de los tipos comunes, se dió á conocer á ella en el mundo de las distinciones sociales.

La criolla comprendía también que este interés, despertado por una palabra, una mirada, un gesto, visto u observado en la abrasada pradera, en vez de disminuir, aumentaba cada vez más.

No se aminoró al ver á Armando el cazador volver por la llanura montado en la salvaje yegua, que ya no merecía, ciertamente, este calificativo, pues ya no deseaba derribar á su jinete; y que, lejos de ello, sumisa y con la cabeza inclinada, parecía declarar á todos que había encontrado un amo.

Sin dárlo á conocer á nadie, ni aun declarárselo á sí misma, la joven criolla reflexionó que podría hallarse en un caso semejante.

—Señorita Coxe,—dice el cazador, deslizándose ligeramente de la yegua, y sin hacer aprecio de los aplausos que se le prodigan; — ¿me será permitido rogaros que os acerquéis á la yegua para echar este lazo sobre su cuello y conducirla á la cuadra? Haciéndolo así, el cuadrúpedo os considerará como su domador, y de aquí en adelante se someterá á vuestro capricho, con sólo enseñarle el objeto que por primera vez le privó de su libertad.

Una mujer orgullosa se hubiera burlado de la proposición; una coqueta habría respondido con una negativa; una joven tímida se hubiera ruborizado.

Luisa Coxe no vaciló un momento, y, sin manifestar orgullo ni temor, separóse del aristocrático círculo, según le indicaba, cogió el ronzal de cerda, echóle sobre el cuello de la yegua domada, y condujo á la prisionera á la caballeriza de la Casa de la Curva.

Y, al hacerlo así, las palabras del cazador de caballos resonaban aún en sus oídos, reproduciendo el eco su corazón con un singular y profético sentido:

—*Os considerará como su domador, y de aquí en adelante se someterá á vuestro capricho, con sólo enseñarle el objeto que por primera vez le privó de su libertad.*

CAPITULO XIII

LA JIRA

Los primeros rayos de una rosada aurora iluminan la bandera del Fuerte Inge, reflejándose más débilmente en un conjunto de objetos que ocupan el campo de parada frente á los pabellones de los oficiales.

En el centro del grupo hay un pequeño carro con cuatro ligeras mulas mejicanas, que, á juzgar por su impaciente manoteo y el continuo movimiento de las orejas y de la cola, deben estar enganchadas hace ya rato, y muy deseosas de ponerse en marcha.

Por fortuna, no hay allí mirones que puedan exponerse á recibir una coz: únicamente se ve un hombre de estatura colosal, con casaca de bayeta y sombrero de fieltro abollado, en el que se reconoce, á pesar de la escasa luz, al viejo cazador Zab.

Está sentado sobre su yegua, la cual no se

muestra tan impaciente por marchar como las mulas mejicanas y su propio amo.

Todas las demás figuras que hay al rededor del vehículo están en continuo movimiento, y van y vienen continuamente desde el carro á la puerta de los pabellones, y viceversa.

Cuéntanse unas diez ó doce personas, tan diferentes en sus trajes como en el color de la piel: los más son soldados, con sus uniformes de diario, pero de distintas armas: dos parecen rancheros, y tres ó cuatro, asistentes de los oficiales.

Entre todos se distingue un individuo bastante bien vestido con un traje oscuro, y que manifiesta cierto aire de autoridad, sin duda porque desempeña las funciones de mayordomo del jefe. A juzgar por sus tres galones, es sargento, y, como tal, parece dirigir á los hombres que se agitan á su alrededor. Se trata de cargar el carro de comestibles y bebidas, ó, en otros términos, de hacer los preparativos para una partida campestre.

Y que esta última debía efectuarse con esplendidez, se reconoce por la abundancia y variedad de los accesorios: allí se ven cestos de todas formas y dimensiones, incluso los que están divididos en compartimientos para colocar una docena de botellas; también abundan los botes de diversas clases y las latas de conservas, que indican la presencia de manjares delicados, de los que no se encuentran en Tejas.

Por abundantes y delicadas que fueran las provisiones, había entre aquellos hombres uno que no parecía pensar que el surtido estuviese completo: el disgustado Lúculo era Zab.

—Mirad aquí, sargento,—dice, dirigiéndose confidencialmente á este último;—no he visto ni olido el aguardiente, ni creo que lo hayan puesto en el vehículo todavía; y creo que en la pradera habrá algunos que preferirán un poco de dicho líquido á todos esos brebajes franceses, tal como el *champauna*, según creo que le llaman.

—¿Preferir el aguardiente al champagne!

—Sí, señor: el aguardiente de Monongahela.

—Efectivamente, ése es bueno, Sr. Zab. No se debe olvidar el aguardiente: creo que ya han metido un frasco grande.

—Aquí hay uno, sargento,—contesta el criado negro, enseñando una enorme vasija é introduciéndola en el carro.

El viejo Zab, á quien parecen ya completas las provisiones, comienza á dar señales de impaciencia.

—¿Todavía no está todo corriente, sargento?—pregunta, empinándose en los estribos.

—No del todo, Sr. Zab: el cocinero me dice que se debe dar á los pollos otra vuelta en el asador antes de entregarlos.

—¿Vayan al diablo los pollos y el cocinero también! ¿Qué valen los pollos comparados con un pavo salvaje de la pradera? Y ¿cómo he de cazar ninguno cuando el sol se halla á toda su altura en el cielo? El Mayor me dijo que deseaba un pavo á toda costa; y es endiablamente difícil darles caza después de la salida

del sol, cuando á uno le va pisando los talones una patulea como la que nos acompaña. Debéis suponer, sargento, que esas aves grandes son tan torpes como un guardacantón; pero yo os digo que de los astutos animales que recorren estas praderas, el pavo es el más listo, y que para ponérsele á tiro se debe estar en el sitio al salir el sol ó un poco antes.

—Es verdad, Sr. Zab: ya sé que el Mayor desea un pavo salvaje, pues me lo ha dicho y espera que cazaréis uno.

—Seguramente; y acaso quiera también que le proporcione una lengua de búfalo, animal que no existe en las praderas del Sud de Tejas, ni ha existido hace lo menos veinte años, aunque digan lo contrario los europeos que escriben libros, sobre todo los franceses, según he oído. Por aquí no hay búfalos: lo que aquí se encuentra son osos, gamos, cabras y muchos pavos salvajes; pero si se quiere obtener uno de éstos para la comida, es preciso cogerlo antes de almorzar. Si no me dan tiempo, no me comprometo á guiar á esos señores y cazar á la vez. Conque, así, sargento, si deseáis que vuestra compañía coma pavo hoy, ya podéis hacerla tomar el camino de la pradera.

Estimulado por las observaciones del cazador, el sargento hace cuanto le es posible para apresurar la marcha; y poco tiempo después, el carro de provisiones, precedido de Zab como guía, cruza la extensa llanura situada entre el Leona y el río de las Nueces.

Apenas hace veinte minutos que han salido del campo de parada el carro de provisiones y su escolta, cuando comienza á reunirse en el mismo sitio un grupo de personas de distinto aspecto.

Formábanlo algunas señoras á caballo, seguidas, no de lacayos, como en las cacerías de Inglaterra, sino de los caballeros que debían acompañarlas, de sus amigos y conocidos, padres, hermanos, amantes y esposos. Allí estaban los más de los convidados al banquete de Coxe, si no todos. No faltaba el mismo plantador, ni su hijo Enrique, su sobrino Casio Collins y su hija Luisa, la cual montaba la yegua manchada que tanto había figurado el día de la reunión en la Casa de la Curva.

Tratábase de devolver el obsequio á Coxe; el Mayor y los oficiales eran los anfitriones, y el plantador y sus amigos los convidados. La diversión ofrecida, si no de tantas pretensiones, era igualmente apropiada á la estación y al sitio: se iba á presenciar un espectáculo tan grandioso como raro, una cacería de caballos salvajes.

El lugar de la diversión debía ser las praderas frecuentadas por aquellos cuadrúpedos, situadas á unas veinte millas del Fuerte Inge; y de aquí la necesidad de emprender la marcha muy temprano, precediendo á la partida un carro cargado de víveres.

Cuando los rayos del sol comienzan á reflejarse en las cristalinas aguas del Leona, los expedicionarios están ya dispuestos á salir del campo de parada, seguidos de una escolta de

dragones. Así como la partida que marchó antes, ésta lleva también su guía, que no es ningún leñador de mísero aspecto, sino un jinete perfectamente equipado, que monta en un brioso corcel, digno, por todos conceptos, de ir á la cabeza de tan distinguida expedición.

—¡Vamos, Armando!—grita el Mayor, al ver que se hallan reunidos todos.—Ya estamos preparados para la cacería. ¡Señoras y caballeros! Este joven conoce perfectamente las guaridas y costumbres de los caballos salvajes. Si hay en Tejas algún hombre que pueda enseñarnos cómo se cazan, seguramente es él.

—¡A fe mía, Mayor, que me aduláis!—replica el joven, volviéndose cortésmente hacia la reunión.—No digo yo tanto: sólo puedo prometer que indicaré á estos señores dónde encontrar los musteños.

—¡Qué modestia!—dice para sí una persona, estremeciéndose al pensar que no será cierto lo que casi había sospechado.

—¡Guíanos, pues!—exclama el Mayor.

Al pronunciar estas palabras, la alegre cabalgata, con el gaucho á la cabeza, comienza á moverse por el campo de parada, en tanto que la bandera salpicada de estrellas, agitada por la brisa de la mañana, ondea como si les enviara un grácioso saludo.

Recorrer veinte millas sobre el verde césped de la pradera es una bagatela; y antes de almorzar, un paseo: así lo consideran en Tejas hombres, mujeres y caballos. Este trayecto se franqueó en menos de tres horas, sin otro inconveniente que el de experimentar los agujones del hambre en las últimas millas.

Por fortuna, el carro de provisiones, que había precedido á los expedicionarios, se reunió muy pronto con ellos; y mucho antes de que el sol llegase á la línea del meridiano, todos almorzaban bajo la sombra de un gigantesco pecán que se elevaba á orillas del río de las Nueces.

Durante el camino no había ocurrido ningún incidente digno de mención: el cazador de caballos cabalgó como guía á la cabeza de los expedicionarios, ninguno de los cuales pensaba en él, salvo una ó dos excepciones, sino cuando daba alguna prueba de su habilidad en el arte de la equitación, tal como saltar sobre algún ancho arroyo de la pradera, mientras que los demás debían vadearlo ó buscar otro paso más fácil.

En el proceder del gaucho hubiera podido verse un deseo de lucir su destreza. Casio Collins comunicó á los demás el parecer de que así era; y acaso por aquella vez acertaba el ex capitán.

Otros también deseaban hacer gala de esas dotes personales que prueban el vigor varonil. El joven dragón, Hancock, trató á menudo de demostrar que no era novicio en la equitación; y el teniente de caballería separábase á veces del lado de la sobrina del comisario para ejecutar con su corcel alguna habilidad, sin cuidarse mucho de su novia cuando resonaban los aplausos.

¡Ah, hija de Coxe! Lo mismo en los salones de la civilizada Luisiana que en las praderas de la salvaje Tejas, no podía reinar la paz en tu presencia. Dondequiera que fueses, debías inspirar los sentimientos románticos, excitando á tu alrededor las más violentas y locas pasiones.

CAPITULO XIV

LA YEGUADA

Aunque las praderas hubiesen estado bajo el exclusivo dominio del guía, y sus habitantes sometidos á sus secretos deseos, no habría podido conducir á los expedicionarios á un sitio más á propósito para proporcionarles la diversión que buscaban.

Cuando el chispeante Johannisberg, procedente de las bodegas alemanas de San Antonio, hacía ver á los comensales el cielo más brillante, y más vívido el verde matiz de la yerba, el grito de: —*¡Musteños!* dominó las conversaciones, interrumpiendo las frases medio expresadas.

El grito fué proferido por un vaquero mejicano, apostado como vigía en una eminencia inmediata.

En el mismo instante, Armando, que recibía los obsequios de todos, apurando su copa de un trago, saltó sobre su corcel, exclamando:

—¡Caballada!

—No,—contestó el mejicano.—Yeguada.

—¿Qué quieren decir estos hombres con sus terminachos?—pregunta el capitán Collins.

—Caballada,—replica el Mayor,—significa un grupo de musteños; mientras que por yeguada se entiende uno de yeguas salvajes, que en esta época van juntas, separándose de los caballos, menos cuando...

—¿Cuando qué?—pregunta impaciente el ex oficial de voluntarios, interrumpiendo la explicación.

—Cuando son atacados por asnos,—contesta inocentemente el Mayor.

Una carcajada general hizo que se dudase de la ingenuidad de la contestación del Mayor, sospechándose que encerraba una indirecta, aunque no intencionada.

Durante un momento, Collins fué blanco de la equivocación del auditorio; pero no más que por un momento, pues no era hombre para acobardarse por un equívoco en la conversación: muy lejos de ello, vió una coyuntura de contestar con ventaja, y aprovechóla al punto.

—A decir verdad,—replica sin dirigirse, al parecer, á nadie en particular,—ignoraba que un asno fuese tan peligroso en estos sitios.

Al pronunciar estas palabras, Collins no fijaba su vista en Luisa Coxe. De lo contrario, hubiera sorprendido una mirada de aprobación.

La joven criolla, á pesar de su aparente frialdad con su primo, no podía menos de admirar todo lo que fuese ingenioso.

Tal vez el ex capitán podía abrigar aún alguna esperanza.

El joven dragón, Hancock, y el teniente de caballería no lo creían así; pero los dos observaron la mirada de aprobación, y ambos supusieron á la vez que Casio Collins podría hacer la felicidad de su prima.

Esta conjetura disgustó á los dos, pero particularmente al dragón.

Poco tiempo tuvieron para reflexionar sobre esto, pues la yeguada se acercaba cada vez más.

—¡A caballo!—gritaron todos.

Los frenos fueron introducidos bruscamente entre las mandíbulas de los cuadrúpedos, que aún trituraban el amarillento grano; recogieron las bridas sobre los cuartos delanteros, aún humeantes, por efecto de una carrera de veinte millas en medio de la ardiente atmósfera tropical, y en pocos segundos señoras y caballeros estaban ya con el pie en el estribo, dispuestos á manejar el látigo y la espuela.

Mientras tanto, las yeguas salvajes parecían avanzar hacia la cresta de la colina donde se hallaba apostado el vigía, quien, gaucho también de oficio, había montado ya, y hallábase en medio de los animales, tratando de arrojar su lazo contra alguno. Todas las yeguas se precipitaban con frenético galope, cual si huyeran de algún perseguidor, de algún ser temible que les hacía relinchar de espanto. Como volvían siempre la cabeza hacia atrás, no vieron el carro de las provisiones, ni los jinetes que le rodeaban; y, avanzando siempre en la misma dirección, debían tropezar necesariamente con aquel obstáculo que estaba en su camino.

—¡Les dan caza!—exclama Armando, observando la excitación de los cuadrúpedos.

Y, dirigiendo la palabra al mejicano, grítale con voz fuerte:

—¿Qué ocurre, Crispín? Desde esa altura debes ver quién es el perseguidor.

Sucediose una breve pausa sin que se obtuviera contestación: en el grupo veíanse semblantes que revelaban inquietud, y algunos hasta temor. Tal vez fueran indios los perseguidores de los musteños.

—¡Un asno cimarrón!—grita de pronto el mejicano, sin resolver con esta frase las dudas de los curiosos.—¡Un macho!

—¡Hola! ¿Es eso?—exclama Armando.—¡Ya me lo pensaba! Es preciso detener á ese tunante, si queremos evitar que nos eche á perder la diversión, pues mientras las persiga, no dejarán de correr hasta que desaparezcan. ¿Se acerca el macho?

—Está muy próximo,—contesta el mejicano,—y viene derecho hacia mí.

—Pues échale el lazo al cuello, si puedes,—grita Armando;—y, si no, dispárale un tiro para que acabe de saltar.

Los más de los presentes no comprendían aún quién podía ser el perseguidor. Sólo el cazador de caballos conocía la verdadera significación de las frases *un asno cimarrón*, *un macho*.

—Explicadnos eso, Armando,—dice el Mayor.

—¡Mirad allá!—replica el joven irlandés, señalando la cima de la colina.

Estas dos palabras son suficientes: todas las miradas se dirigen al sitio indicado, donde se ve un cuadrúpedo que, á pesar de ser considerado como el tipo de la cachaza y la estupidez, avanza con la ligereza de un ave.

Pero el asno cimarrón difiere mucho del civilizado: el que ahora se ve es un macho casi tan grande como cualquiera de las yeguas á

apuesto diez contra uno á que no volvemos á verlas.

—¡Hola, Crispín!—grita Armando.—Envía una bala á ese animal. Ya le tienes bastante cerca para que tu escopeta alcance.

El mejicano desprende el arma de la silla, y, apuntando rápidamente, hace fuego contra el asno salvaje.

El animal lanza un rebuzno al oír la detonación; pero más bien es de cólera que de dolor.



El cazador arroja el lazo al garañón, deteniéndole inmediatamente

que da caza, y si no tan ligero como la que más, puede alcanzarlas por la tenacidad de su persecución.

El cuadro natural que en aquel momento se ofrece en la verde superficie de la pradera se ha producido tan pronto como en el escenario de un teatro ó la arena de un hipódromo.

Apenas han hablado algunas palabras los espectadores, cuando llegan cerca de ellos las yeguas salvajes; y entonces, cual si vieran por primera vez á los jinetes, parecen olvidar á su temible perseguidor y huyen en dirección oblicua á la que antes seguían.

—¡Señoras y caballeros!—grita Armando á una veintena de personas que procuran refrenar sus caballos.—Permaneced en ese mismo sitio, si podéis. Ya sé dónde tiene la yeguada su guarida. Ahora se dirige á ella y la encontraremos en condiciones más favorables para la caza. Si perseguís á las yeguas en este momento, se diseminarán por algún chaparral, y

Evidentemente, no le ha tocado la bala de Crispín.

—¡Ya le detendré yo!—grita Armando.

Y el cazador clava las espuelas en los ijares de su caballo, que, como flecha disparada del arco, precipitase en seguimiento del garañón, el cual galopa indiferentemente.

Media docena de saltos del baya rojizo, ejecutados en línea diagonal, permiten al jinete ponerse á tiro; y en el mismo instante parte el lazo con la rapidez del relámpago y cae sobre las grandes orejas del cuadrúpedo.

Armando da una vuelta, haciendo girar como sobre un eje á su caballo, que, con maquinal obediencia á la voluntad del cazador, preparase á resistir el choque.

En su rápida carrera, el asno ha encontrado la extremidad de la cuerda, y, empinándose sobre sus cuartos traseros, cae hacia atrás pesadamente, permaneciendo inmóvil en tierra, como si una bala le hubiese atravesado el co-

razón. Sólo está aturdido por el golpe; pero el lazo le oprime cada vez más y comienza la estrangulación, la cual termina Armando cortando con su afilado machete el cuello del garañón.

El incidente ha retardado la cacería. Todos esperan instrucciones de Armando, quien, después de haber derribado al macho, acaba de desmontar para recoger su lazo.

Ya había quitado la cuerda del cuello del animal, cuando se le ve recogerla con una ligereza que indica algún nuevo motivo de alarma, y montar de un salto á caballo.

Como los más están ocupados con sus monturas, sólo algunos han notado esta circunstancia, que no deja de causar sorpresa, porque Armando acaba de recomendar paciencia en la persecución. No veían, pues, motivo para este extraño cambio de táctica, como no fuera por la circunstancia de que Luisa Coxe, montada en la famosa yegua, se había separado repentinamente de sus compañeros y galopaba detrás de las yeguas salvajes, cual si tratara de adelantarse á todos.

Pero el cazador de caballos no interpretaba semejante proceder en tal sentido: aquella descortés separación no podía ser intencional sino por parte de la yegua manchada. Armando acababa de reconocer en las fugitivas la misma yeguada en que cazó el magnífico musteño; y era indudable que la yegua, deseando reunirse con sus antiguos compañeros, iba en su seguimiento.

Así lo creyó el guía, y todos opinaron del mismo modo.

Estimulados por su galantería, los jinetes picaron al punto espuelas. Collins, Hancock y Crossman iban delante, seguidos de otros diez ó doce, plantadores y abogados, cada uno de los cuales reflexionaba en la gloria que pudiera caberle si daba alcance á la fugitiva.

Sin embargo, muy pocos, ó acaso ninguno, sintió temor de algún suceso desagradable. Todos sabían que Luisa Coxe montaba admirablemente. Una espaciosa llanura, lisa como un hipódromo, se extendía ante ella. La yegua galoparía hasta agotar sus fuerzas; pero no conseguiría tirarla. ¿Qué probabilidad, siquiera fuese pequeña, había de que Luisa recibiese algún golpe?

Una persona no participaba de esta confianza; era la primera que había manifestado inquietud: era el gaucho.

El fué el último en alejarse del sitio. Detenido con el arreglo de su lazo, y un momento en montar, hallábase á unos cien pasos detrás de sus competidores, cuando su caballo arrancó á correr.

Collins estaba poco más ó menos á igual distancia de los que le seguían, y avanzaba con toda la desesperada energía de su naturaleza y la mayor rapidez que podía comunicar á su caballo. El dragón y su compañero iban un poco á retaguardia, y en esta disposición comenzó la carrera.

Armando dió alcance muy pronto á la mayo-

ría de los jinetes, adelantándose después á los que iban á su cabeza y dejándolos atrás uno tras otro, hasta que, por fin, dejó ver á Collins las herraduras de su caballo.

De los labios del ex oficial de voluntarios se escapó una imprecación, cuando vió que el bayo rojizo se interponía entre él y la yegua manchada.

El sol iluminó entonces un cuadro singular: una yeguada de yeguas salvajes cruzando la pradera á carrera tendida; una de sus semejantes, llevando una señorita por jinete, siguiéndolas á unas cuatrocientas varas de distancia; detrás, separado poco más ó menos por el mismo espacio, un brioso corcel bayo rojizo, montado por un joven de pintoresco traje; y en último término, á retaguardia, un grupo de jinetes diversamente ataviados, algunos de ellos con uniforme militar, seguido de un piquete de dragones, cuyos caballos se precipitaban á galope, después de separarse de un grupo de señoras y caballeros, jinetes también, pero inmóviles en la llanura, ó moviéndose en el mismo sitio con aire inquieto.

A los veinte minutos ha cambiado el cuadro: se ven los mismos personajes en la escena, que es la verde alfombra de la pradera; pero la disposición de los grupos es distinta, ó, al menos, estos últimos están muy separados. La yeguada ha ganado mucha delantera á la yegua manchada; ésta se halla bastante más lejos del bayo rojizo, y el bayo, ¡ah!, no se halla ya á la vista de sus competidores, y sólo podrían distinguirle los ojos perspicaces del caracara, del ave enemiga de las serpientes, que se cierne bajo un cielo de color de zafiro.

Las yeguas salvajes, la manchada con su jinete y el bayo rojizo con el suyo, tenían la pradera por suya.

CAPITULO XV

JUNTOS

La caza continuó sin ningún cambio notable en el espacio de otra milla.

Las yeguas huían siempre á escape, aunque ya sin relinchar y sin gran temor, al parecer: sólo de vez en cuando dejaba oír la manchada su voz, sin que sus antiguas compañeras hiciesen aprecio de ello, mientras que la amazona continuaba firme en la silla con aparente alarma.

El bayo rojizo parecía muy excitado, aunque no tanto como su amo, quien comenzaba á dar señales de desconfianza ó de pesar.

—¡Vamos, Rayo!—exclama con tono de enojo.—¿Qué diablos te pasa hoy en los pies, que no los mueves con la ligereza de otros días? Acuérdate que ya le diste alcance en ocasión más difícil, pues ahora lleva peso. ¡Mira á lo lejos, animal! Su jinete es aquella que vale más que el oro, más que cada gota de tu sangre, y también de la mía. La yegua parece adelantarse mucho. ¿Será porque un caballo montado corre con más ligereza?... ¿Y si la pierdo de vista? A la verdad que esto comienza

á parecer extraño. La situación de esa señorita sería apurada; acaso haya peligro, verdadero peligro. Si desaparece, al fin, es seguro que se encontrará en un caso muy crítico.

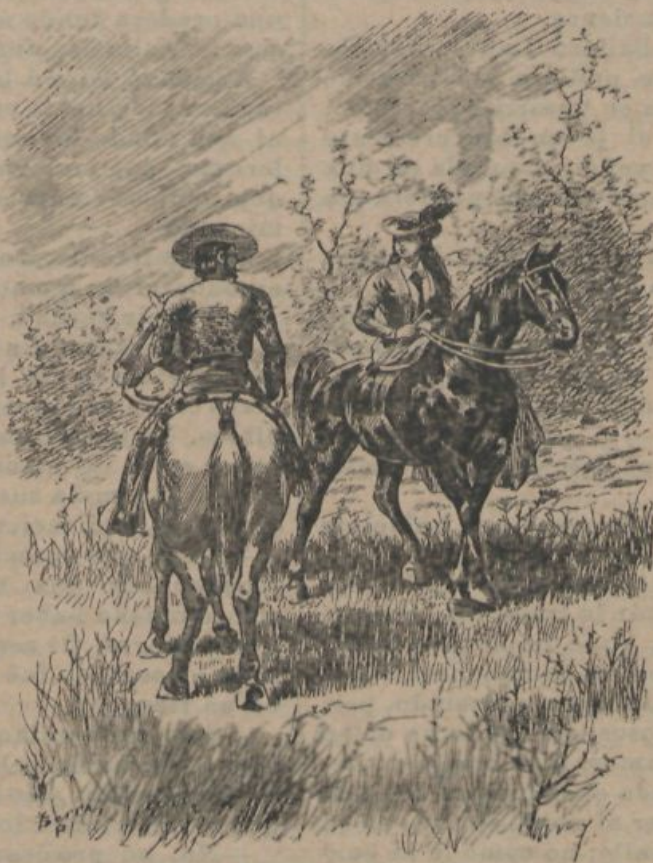
Mientras murmura estas palabras, Armando sigue avanzando, fija siempre la vista en la criolla, que parecía huir siempre delante de él, é interrogando á intervalos, con inquietas miradas, el espacio que le separaba de ella.

Hasta entonces no había pensado en proferir

rral, sola ó en medio de una manada, estaba siempre expuesta á un peligro.

Y esta idea inquietó mucho más al cazador por haberle ocurrido otra mayor gravedad.

—¡Vive el cielo!—exclamó, frunciendo las cejas mucho más que al principiar la persecución.—¿Qué sucederá si aciertan á pasar por aquí los garañones? Estos son sus parajes favoritos: no hace una semana que estuvieron, y ahora se hallan en el período del celo.



Armando, después de avanzar al galope, llega junto á Luisa, que le esperaba inmóvil en su silla

un grito para llamar la atención: tal vez se le habría oído, pero no las palabras que le acompañasen; y, considerándolo así, Armando excitó á su montura. Por otra parte, esperaba alcanzar, al fin, á la yegua manchada; y sabía muy bien que para detenerla se necesitaban actos y no palabras.

Hasta entonces había animado la idea de poder acercarse lo suficiente al cuadrúpedo para arrojarle su lazo al cuello y dirigirle á su antojo; pero no tardó en perder esta ilusión. La caza comenzaba ya entre las espesuras que cubrían la pradera para formar más lejos un chaparral; y esto era un nuevo motivo de inquietud para el perseguidor, porque la fugitiva podría perderse de vista entre las revueltas del bosque.

Las yeguas salvajes no se veían ya sino á intervalos, y muy pronto desaparecerían del todo. No parecía probable que su antigua compañera las alcanzara; pero ¿qué importaba esto? Una señora perdida en la pradera ó en un chapa-

Al murmurar estas palabras, la espuela del cazador de caballos hace brotar de nuevo sangre de los ijares de su corcel hasta que sus ruedas se tiñen de un color rojizo; y Rayo, galopando siempre con la mayor rapidez posible, vuelve la cabeza como para dirigir á su amo una mirada de reconvención.

En aquel crítico momento, la yeguada desaparece de la vista del bayo rojo y de su jinete, y, sin duda, también de la del musteño y la criolla; pero esto no tiene nada de particular: las yeguas han penetrado en el punto en que se estrecha la espesura, cuyo follaje las oculta ya.

Esto parece producir en la fugitiva yegua un efecto mágico: como si aquella desaparición fuera una señal para suspender su carrera, afloja de pronto el paso, y un momento después se detiene.

Armando, avanzando siempre á galope, alcanza á la yegua en una especie de prado, donde la criolla, inmóvil en la silla como una

estatua de mármol, y cogida á las riendas, ofrécese á su vista en una actitud de sencilla elegancia, cual si esperase al jinete para emprender un paseo.

—¡Señorita Coxé!—exclama Armando, apenas se pone al alcance de la voz.—Mucho me alegra que hayáis recobrado vuestro dominio sobre ese salvaje cuadrúpedo. Ya comenzaba á temer...

—¿El qué?—pregunta la criolla con un tono que desoñcierta al cazador.

—Por vuestra propia seguridad,—replica Armando con voz balbuciente.

—¡Oh! ¡Gracias, caballero Lancaster! No me había ocurrido que pudiera amenazarme riesgo alguno. ¿Existía en vuestra opinión?

—¡Riesgo!—repite el joven con creciente asombro.—¿Cómo no, yendo montada en una yegua fugitiva, que corre por una pradera sin senderos?

—¿Y qué? El animal no ha podido derribarme: conozco demasiado bien la silla.

—Ya lo veo; pero de poco os hubiera valido esto si os hubieseis extraviado, cosa muy fácil entre estas espesuras, donde apenas encuentran su camino los más ancianos hijos de Tejas.

—¡Oh! ¡Extraviarme! Este es el peligro que se debía temer.

—Otros hay además. Suponed que hubieseis caído en manos de...

—De los indios,—interrumpe la criolla sin dejar al cazador concluir la frase.—Y, aunque hubiese sucedido así, ¿qué importaba esto? ¿No hay ahora paz con los comanches? Seguramente que no me hubieran molestado, porque son hombres valerosos: así nos lo ha dicho el Mayor cuando veníamos. A fe mía, caballero, que hubiera buscado el encuentro lejos de evitarlo, pues deseo ver al noble salvaje en su pradera natal y á caballo; no como le he contemplado hasta aquí, errante al rededor de las factorías, en un estado de degradación debido al abuso de la bebida.

—Admiro vuestro valor, señorita; pero, si tuviese el honor de ser uno de vuestros amigos, me tomaría la libertad de aconsejaros un poco de prudencia. El noble salvaje de que habláis no es siempre sobrio en las praderas; y tal vez no es tan galante como se os ha inducido á creer. Si le hubierais encontrado...

—En ese caso, y si hubiese visto que trataba de conducirse mal, le habría vuelto las espaldas para dirigirme en busca de mis amigos. Montada en un animal tan ligero como éste, era preciso que el de mi perseguidor lo fuese más para alcanzarme. Pienso que os ha costado á vos algún trabajo: ¿no es verdad?

Los ojos del joven, que antes manifestaban admiración, expresan ahora el mayor asombro y la incredulidad; y después de una breve pausa replica:

—Pero ¿queréis decir que hubierais podido dominar al cuadrúpedo, y que esa yegua no huía con vos? Debo entender...

—¡No, no, no!—contesta apresuradamente la hermosa amazona con cierta confusión.—

Cierto que la yegua huía conmigo; pero yo... yo reconocí, al fin, que podría refrenarla fácilmente, y así lo he hecho. ¿No lo habéis observado?

—Pero ¿podíais haberlo conseguido antes?

Una idea singular había sugerido esta pregunta; y el joven cazador esperó la respuesta con vivo interés.

—Tal vez, tal vez,—contesta la criolla;—no dudo que lo hubiera conseguido recogiendo la brida con más fuerza; pero ya lo veis, caballero: me gusta un buen galope, sobre todo en una pradera donde no hay temor de atropellar cerdos, animales domésticos ó personas.

Armando mira á la criolla con asombro: en toda su vida había encontrado en ningún país, ni aun donde las mujeres tienen fama de valerosas, particularmente las Amazonas, una que pudiese competir con la mujer que estaba mirando.

Su admiración, mezclada de asombro, le hace enmudecer un momento.

—A decir verdad,—continúa la criolla, con aire de encantadora sencillez,—no sentía que me arrebatase así la yegua, porque algunas veces cansa la conversación, y fatigan los cumplidos. Yo necesitaba aspirar el aire fresco y estar sola; de manera que ya veis que no he tenido tan mala suerte, puesto que pude prescindir de explicaciones y despedidas.

—Decís que deseabais estar sola,—replica el cazador con una mirada de abatimiento;—siento mucho haber cometido la falta de venir á molestaros. Os aseguro, señorita Coxé, que si os he seguido fué por creer que os amenazaba un riesgo.

—Sois muy galante, caballero; y, sabiendo ahora que había peligro, os estoy sinceramente agradecida. ¿Me he equivocado al presumir que os referíais á los indios?

—No, no precisamente á los indios: os aseguro que no pensaba en ellos.

—¿Qué otro peligro, pues? Tened la bondad de decírmelo para que en lo futuro pueda ser más precavida.

Armando no contesta inmediatamente: un sonido que acaba de percibir le hace volver la cabeza, como si no hiciese aprecio de la pregunta.

La criolla, comprendiendo que algo motiva aquel proceder, escucha también; y entonces oye como un grito, seguido de otros dos ó tres, y un rumor semejante al que pudieran producir las pisadas de numerosos caballos y que parece agitar la atmósfera á su alrededor.

No era esto ningún misterio para Armando: las palabras que profieren en el mismo instante sus labios, son una contestación directa á la última pregunta de la criolla.

—¡Los garañones salvajes!—exclama el cazador con tono alarmado.—Ya sabía yo que andarían por estos sitios, y así es, en efecto.

—¿Ese es el peligro de que hablabais?—pregunta la criolla.

—Precisamente.

—Y ¿qué se debe temer de esos animales, si sólo son musteños?

—Es verdad; y en cualquiera otra época del año no se les debe temer; pero en la estación presente se enfurecen como los tigres, y son igualmente vengativos. ¡Ah! El caballo salvaje rabioso es un enemigo mucho más temible que el lobo, el oso y la pantera.

—Y ¿qué hacer?—pregunta la criolla, que por primera vez manifiesta temor, acercándose al hombre que en otra ocasión la libró ya de un peligro, y mirándole ansiosa mientras espera su contestación.

—Si nos acometen,—contesta Armando,—no hay sino dos medios para escapar: el uno consiste en subir á un árbol, y abandonar nuestros caballos á la furia de esos animales...

—Sepamos el otro,—replica la criolla con una sangre fría que revela su presencia de ánimo para hacer frente á la crisis.—Cualquier cosa antes que abandonar nuestros cuadrúpedos. Este sería un pobre recurso.

—Tampoco podremos intentarle,—replica Armando,—porque ahora observo que no hay por aquí ningún árbol bastante grande para ofrecernos seguridad. Si nos atacan no habrá más alternativa que confiar en la ligereza de nuestros caballos.

Al decir estas palabras, Armando fija su vista atentamente en la yegua, y después en su bayo, y añade:

—Desgraciadamente, estos animales están ya muy cansados, y en ello consiste el mayor peligro, pues los garañones llegarán, sin duda, con todo su vigor y ligereza.

—¿Os parece bien que marchemos ahora mismo?

—Aún no: cuanto más descansen nuestros caballos, mejor. Tal vez no vengan por aquí los garañones; y si lo hacen, acaso no nos molesten: esto dependerá de su estado de excitación del momento. Si pelean entre sí, podemos temer su ataque, porque entonces pierden completamente la razón, si tal puedo expresarme, y se lanzan aturdidamente contra cualquiera de sus semejantes, aunque le monte un jinete. ¡Ah! Sucede lo que yo pensaba: vienen peleando: lo adivino por sus relinchos, y también reconozco que se acercan en esta dirección.

—Pero ¿por qué no nos alejamos de una vez en dirección opuesta?

—Sería inútil: no hay por aquella parte ningún sitio donde ocultarnos, pues todo es llanura despejada, y antes de que consigamos una gran delantera nos alcanzarán. El punto á donde debemos dirigirnos, el único seguro de que ahora me acuerdo, se halla al otro lado; los garañones avanzan hacia él en línea recta, á juzgar por el rumor, y si marchamos en seguida los encontraremos de manos á boca. Es preciso esperar para cogerles la retaguardia. Si lo conseguimos, franqueando después un espacio de dos millas, yo conozco un sitio en donde estaremos tan seguros como en las cuerdas de la Casa de la Curva. ¿Estáis segura de que podréis dominar la yegua?

—No lo dudo,—contesta la criolla con toda la sinceridad que le inspira la inminencia del peligro.

CAPITULO XVI

GRAVE PELIGRO

Armando y la criolla permanecen inmóviles en sus sillas, la joven más tranquila, al parecer, que su compañero, porque confía en él. Aunque no se explica claramente la situación, comprende que los amenaza un peligro grave: para que un hombre como Armando manifieste temor, no puede ser de otro modo. Y la criolla experimenta una secreta satisfacción al pensar que una parte de este temor es por ella.

—Creo que podremos aventurarnos ya,—dice el cazador después de escuchar un rato;—páreceme que han pasado del claro por donde debemos huir. Ahora mucho cuidado, yo os lo ruego; afirmaos en la silla y sujetad bien las riendas. Debéis galopar á mi lado mientras el terreno lo permita; pero, de todas maneras, procurad no separaros de mí á más distancia de un cuerpo de caballo. Yo iré adelante para enseñaros el camino. ¡Ah! Van directamente á la cañada: están ya muy próximos. ¡Ha llegado la hora crítica!

Al profundo silencio que un momento antes reinaba en la pradera, sucede un estrépito análogo al que pudiera producirse en una casa de locos frenéticos, porque los agudos relinchos de los cuadrúpedos se asemejan algo á los gritos de los dementes, con la diferencia de que son diez veces más estrepitosos. Mézclase con esto un sordo rumor producido por el pataleo de los cuadrúpedos, y el ruido seco de las ramas al romperse; oyense también salvajes relinchos, rechinar de dientes, los golpes de los cascos al chocar contra las costillas y las redondeadas ancas, y gritos que indican cólera ó dolor, formando el todo un conjunto de sonidos estridentes y desagradables que parecen agitar la tierra como si oscilase en su órbita.

Anunciaba este ruido una lucha entre los garañones salvajes, que, invisibles aún, peleaban unos contra otros indistintamente, á medida que avanzaban entre los árboles.

No pasó mucho tiempo sin que se divisaran: en el momento de dar Armando la señal de marcha, presentóse el abigarrado grupo en un claro que había entre dos espesuras, y ocupándole un instante después, diseminóse por la cañada con la impetuosidad de una avalancha.

Jamás los ojos del hombre contemplaron nada más magnífico que una manada de esos cuadrúpedos salvajes saltando por la pradera, particularmente en la estación en que, excitados por violentas pasiones, tratan de destruirse entre sí. El espectáculo es más que espléndido: es imponente, demasiado temible para que pueda recrear al hombre, y mucho menos á una tímida mujer, sobre todo cuando se contempla el cuadro desde un sitio peligroso.

En tal situación se hallaban los jinetes del bayo rojizo y de la yegua manchada: el primero lo sabía por experiencia; la segunda no podía menos de reconocerlo por lo que veía.

—¡Venid por aquí!— grita Armando espoleando á su caballo, y oblicuando la dirección para situarse á retaguardia de la manada.— ¡Vive el cielo! ¡Nos han descubierto! ¡Adelante, adelante, señorita Coxé! ¡Recordad que se trata de salvar la vida!

No era necesario el estímulo de tales palabras: los movimientos de la manada eran suficientes para demostrar que sólo la ligereza podría salvar á la yegua manchada y su jinete.

Al llegar al claro, y apenas vieron los caballos montados, los cuadrúpedos salvajes suspendieron de pronto su intestina lucha; y, cual si estuviera á las órdenes de algún hábil jefe, detuviéronse de pronto en línea, como un escuadrón de caballería que se para de improviso al ir á dar una carga.

Por algunos momentos parecen olvidar su mutua hostilidad, como comprendiendo que deben atacar á un enemigo común ó hacer frente á un peligro.

La detención puede ser causada por la sorpresa; pero, sea así ó no, ha sido favorable para los fugitivos. Durante los pocos segundos que se prolonga, Armando y la criolla han aprovechado el tiempo, recorriendo el circuito necesario para salvarse.

Más aún no están fuera de peligro; la fuga es todavía problemática, porque los cuadrúpedos, comprendiendo la intención, se precipitan á galope en persecución de los fugitivos, produciendo relinchos y resoplidos que indican la resolución de darles alcance.

Desde aquel instante, la persecución adquirió un carácter formal, convirtiéndose en una verdadera lucha de ligereza entre los caballos sin jinetes y los montados.

Armando volvía la cabeza á intervalos, y, aunque conservando la ventaja obtenida al principio, no por eso dejaban de revelar sus miradas ansiosa inquietud.

Si hubiese estado solo, se hubiera reído de sus perseguidores, porque sabía muy bien que el bayo rojizo, hijo de las praderas como los perseguidores, podía aventajar á cualquiera de su raza; pero la yegua le entorpecía en su fuga, pues galopaba más despacio que nunca, cual si no deseara huir, como el caballo que vuelve la cabeza cuando se aleja de su cuadra.

—¿Qué puede significar esto?— murmura el cazador de caballos, igualando el paso de su corcel con el de la yegua. — Si ocurre algún percance en la travesía, somos perdidos: veinte segundos bastan para borrar la diferencia.

—Conservamos la ventaja: ¿no es verdad?— pregunta la criolla, al notar la inquieta mirada de su compañero.

—Hasta ahora sí,— contesta Armando;— pero, desgraciadamente, encontraremos un obstáculo más lejos, y falta ver cómo podremos vencerle. Ya sé que montáis muy bien y que podréis resistir un gran salto; pero ¿y la yegua? No estoy muy seguro de ella. Debéis conocerla mejor que yo. ¿Creéis que podrá saltar sobre...?

—¿Sobre qué?

—Pronto vais á verlo, pues ya debemos estar muy cerca del sitio.

Durante este diálogo, las dos personas galopaban una junto á otra, con la rapidez de cerca de una milla por minuto.

Según había predicho el cazador, pronto llegaron á la vista del obstáculo, que era un barranco, una grieta abierta en la llanura, de quince pies de ancho y otros tantos de profundidad.

Si se giraba á derecha é izquierda, dábse á los perseguidores la ventaja de la diagonal, ventaja á que los fugitivos no podrían resistir largo tiempo.

Era, pues, preciso franquear el barranco, ó exponerse á ser alcanzados.

Y no se podía salvar el obstáculo sino por medio de un salto de quince pies. Armando sabía que su caballo podría darle, pues ya lo había hecho antes; pero ¿y la yegua?

—¿Creéis que podrá hacerlo?— pregunta Armando ansiosamente á su compañera cuando se acercan al borde del barranco.

—Estoy segura de ello,— contesta la criolla sin vacilar.

—Pero ¿podéis resistir el impulso?

—¡Ja, ja, ja! ¡Vaya una pregunta original!— exclama la criolla con acento sarcástico.

—No me cabe duda que cualquiera de vuestras compatriotas se hubiera ofendido por semejante duda. Aun á mí, hija de la pantanosa Luisiana, no me parecen esas palabras muy galantes. Permaneceré firme en la silla, vaya el cuadrúpedo á donde quiera.

—Pero, señorita Coxé,— balbucea Armando, dudando aún de las facultades de la yegua;— suponed que vuestra montura no pueda franquear este obstáculo. Si tenéis alguna duda, ¿no será mejor apearos? Yo sé que mi caballo nos podrá trasladar á la orilla opuesta con seguridad; y si la yegua se queda aquí, es lo más probable que escaparemos de la persecución, porque los musteños...

—¡Abandonar á Luna! ¡Dejarla aquí para que la hagan pedazos, según decís que sucedería! No, no, caballero: la aprecio demasiado para consentir en ello. Irá conmigo á través del barranco si podemos; y, si no, pereceremos ambas en el fondo. ¡Vamos, hermosa mía!— continúa la criolla. — Aquí está el que te dió caza y te capturó: hazle ver que aún no estás sometida, y que puedes escapar cuando te acosan muy de cerca amigos ó enemigos. Da uno de esos saltos que me has hecho admirar durante la semana. ¡Vamos, crucemos el espacio!

Y, sin esperar el estímulo del ejemplo, la valerosa criolla lanza su yegua hacia el barranco, y lo franquea, haciéndole dar uno de esos saltos de que antes habló.

Tres pensamientos pasaron por la mente del cazador de caballos, ó, más bien, experimentó otras tantas emociones al ver aquel salto: la primera fué de asombro; la segunda de intensa admiración; la tercera no se definía tan fácilmente: tenía su origen en las palabras: *Aprecio demasiado la yegua para consentir en ello.*

—¿Por qué?— se pregunta Armando al clavar las espuelas en los ijares de su bayo rojo.

La reflexión es rápida como el salto que da Rayo suspendiéndose sobre el abismo.

A pesar de haberse franqueado tan felizmente el barranco, no por eso está asegurada la salvación de los fugitivos, pues aquél no debe ser tampoco un obstáculo para los musteños salvajes. Armando lo sabe, y mira hacia atrás con tanta inquietud como antes, ó acaso mucho más.

La dilación, aunque muy breve, había bastado para que los perseguidores alcanzasen ventaja: estaban más cerca que nunca, y probablemente, lejos de detenerse un momento, franquearían el barranco de un solo y vigoroso salto.

¿Qué sucedería entonces?

Esto es lo que se pregunta el cazador de caballos, y palidece al darse la contestación.

Después de saltar no se ha detenido un momento, y ha ido á reunirse con su compañera fugitiva; pero ya no cabalga tan impetuosamente: parece vacilar, cual si le detuviera alguna resolución no adoptada de un modo definitivo.

Cuando está á unos veinte pasos de la barranca, recoge las riendas y da vuelta como si de pronto hubiese determinado volver atrás.

—¡Señorita Coxé!— dice á la criolla, que en aquel momento acaba de acercarse á él. —Es preciso que sigáis adelante sola.

—Pero ¿por qué, caballero?—pregunta la joven, refrenando tan vigorosamente la yegua, que la obliga á detenerse de pronto.

—Si permanecemos juntos, seremos alcanzados; y es preciso hacer alguna cosa para detener á esos salvajes animales. Aquí hay una oportunidad, pero no más lejos. ¡Por amor de Dios, no me preguntéis! Si perdemos diez segundos, será demasiado tarde. Mirad allá lejos: ¿no veis el brillo del agua? Aquello es un pantano de la pradera: dirigíos en línea recta hacia él, y os encontraréis entre dos altas empalizadas que conducen ambas al pantano, donde veréis una abertura cerrada con barras de madera. Si yo no llego á tiempo, seguid galopando, desmontad y colocaos detrás de aquéllas.

—¿Y vos, caballero? ¿Vais á exponeros á algún grave peligro?

—No temáis por mí. Solo, no corro peligro alguno. ¡Por Dios, alejaos pronto! No perdáis de vista el agua, y sirvaos de guía como un faro. Acordaos, sobre todo, de cruzar las barras. ¡Pronto, pronto!

La criolla parece vacilar un instante, cual si le repugnara separarse del hombre que tales esfuerzos hace para asegurar su salvación, tal vez con peligro de la suya propia.

Por fortuna, no era una de esas jóvenes tímidas que se aturden en un momento de apuro, y arrastran al fondo al nadador que trata de salvarlas. Tenía fe en la capacidad de su consejero, creía que sabía bien lo que era preciso hacer, y, espoleando una vez más la yegua, la pone al galope en línea recta hacia el pantano.

En el mismo instante, Armando da rienda á

su caballo, que galopa en opuesta dirección, hacia el sitio mismo donde dió el salto.

Al separarse de la criolla, saca de las pistolas de la silla el arma más bonita que jamás se ha visto en las praderas, tanto para atacar como para defenderse de los indios, de los búfalos, ó de los osos: era el revólver de seis tiros del coronel Colt.

—Deben cruzar por el estrecho paso que hemos franqueado,—murmura el cazador, fijando su vista en los musteños, que siguen avanzando por el lado opuesto del barranco. —Si sólo consigo detener á uno en su carrera, podré evitar que los otros intenten el salto, ó, por lo menos, haré que vacilen, para ganar tiempo, y á fin de que pueda escapar la yegua. El alazán grande es el que los guía, y será el que salte primero. Mí revólver alcanza á cien pasos... y ahora está el animal á tiro.

Apenas pronunciadas estas palabras, resuena la detonación del arma, y el mayor de los caballos, que es un magnífico alazán, rueda sobre el césped, cayendo su cuerpo á través de la línea que conduce al salto.

Otros cinco ó seis musteños que van detrás, se detienen instantáneamente, y lo mismo hace después toda la manada.

El cazador no aguarda á observar sus movimientos, sino que, aprovechándose de la confusión que ha ocasionado entre los musteños la caída de su guía, reserva los cinco tiros de su revólver, y, dirigiéndose hacia el O., pica espuelas para ir en busca de la yegua manchada, que está ya á gran distancia, próxima al pantano.

Desalentados por la caída de su jefe, ó bien porque su cuerpo obstruye el paso único por donde se puede franquear el barranco de un salto, los musteños cesan en la persecución; y Armando tiene toda la pradera por suya al lanzarse en seguimiento de su fugitiva compañera, á la cual da alcance más allá de la convergencia de las empalizadas, á orillas del pantano.

La criolla había obedecido en todo, excepto en lo de cruzar las barras de madera, que yacían en el suelo. La joven permanecía inmóvil en su silla, sin experimentar la menor inquietud por la seguridad del cazador, y sintiendo sólo un vivo agradecimiento, que expresó después con sus palabras.

CAPITULO XVII

VISITA Á LA CHOZA

La joven criolla, sin temor ya á ningún peligro, dirige á su alrededor una mirada interrogadora.

Veíase allí un pequeño lago, ó un pantano, según la fraseología de Tejas, en cuyas orillas podían reconocerse innumerables huellas de caballos, lo cual indicaba que aquel sitio era frecuentado por los musteños salvajes, los cuales acudían allí, sin duda, para beber. Al rededor del lago elevábase una barandilla, que cer-

caba también un espacio del prado contiguo, con dos alas divergentes que formaban como un pasadizo en dirección á un boquete que podía quedar cerrado con unas barras transversales, de tal modo, que á un caballo no le fuera posible entrar ni salir de allí.

—¿Para qué es esto? — pregunta la criolla, indicando aquella singular construcción.

—Es una trampa para musteños.

—¿Una trampa?

—Sí: sirve para coger los caballos salvajes. Estos siguen la dirección de las dos alas de la verja, que, según veis, avanzan á bastante distancia por la llanura. El agua los atrae; y como van en su seguimiento algunos gauchos, introducen aquí sin vacilar. Una vez dentro, ya no cuesta nada apoderarse de ellos, pues se les puede echar el lazo cómodamente.

—¡Pobrecillos! ¿Es vuestro eso? ¿Sois gaucho? Así nos lo dijisteis: ¿no es verdad?

—Lo soy; mas no cazo los caballos de ese modo. Yo prefiero estar solo, y raras veces me reúno con los hombres de mi condición; por lo cual no puedo utilizar este medio de caza, que necesita, por lo menos, veinte hombres. Mi arma, si tan pomposo nombre puedo darle, se reduce á este lazo.

—¿Le maneáis con gran destreza? He oído decir que sí; pero no he podido juzgar por mí misma.

—Es una galantería vuestra. En ello hay un error. Existen en estas praderas hombres que consideran como una bagatela lo que vos calificáis de habilidad.

—¿Estáis seguro, Sr. Lancáster, de que vuestra modestia no os induce á realzar á vuestros rivales? A mí no me han dicho eso.

—¿Quién os habló sobre el particular?

—Vuestro amigo Zab.

—¡Ah! El viejo Zab no es autoridad en el asunto del lazo.

—Yo quisiera saber manejarle, — replica la criolla, — aunque me han dicho que no es propio de una señorita; pero ¿qué importa, mientras se trate de una cosa inocente, que pueda entretener?

—¡Impropio de una señorita! Lo mismo se podría decir del tiro de la ballesta ó de patinar. Yo conozco á una señorita que es muy hábil en manejar el lazo.

—¿Americana?

—No: es mejicana y vive en Río Grande; pero algunas veces cruza el Leona; porque tiene parientes por esta parte.

—¿Es una señorita?

—Sí: de vuestra edad, poco más ó menos, señorita Coxe.

—¿Alta?

—No tanto como vos.

—Pero, por supuesto, ¿mucho más bonita? He oído decir que las jóvenes mejicanas aventajan en hermosura á las americanas.

—Creo que las criollas no están comprendidas en esa categoría, — replica el cazador con delicada galantería.

—No sé si podría aprender á echar el lazo, — continúa la criolla, sin hacer aprecio, al pa-

recer, del cumplido del cazador. — Creo que tengo demasiada edad, pues me han dicho que las mejicanas comienzan á ejercitarse ya en la infancia, y que por eso llegan á tener tanta destreza.

—No es exacto, — replica Armando. — Un año ó dos de práctica bastan para aprender á manejar esa cuerda regularmente. Yo no lo he usado sino desde hace tres años y...

El cazador se detiene al pensar que va á hacer un elogio de sí mismo.

—Y sois el más hábil que hay en Tejas, en ese ejercicio, — añade la criolla, completando el final presumible de la frase.

—¡No, no! — replica Armando, riéndose de la mejor gana. — Eso es una creencia errónea de Zab, quien juzga de mi habilidad por comparación, tomando por base la suya.

—¿Será modestia, — reflexiona la criolla, — ó se estará burlando de mí este hombre? Si creyese lo segundo, sería cosa de volverme loca.

—¿Tal vez deseáis volver á reunirnos con vuestras compañeras? — dice Armando, al observar el aire distraído de la joven. — Sin duda, estarán inquietos vuestro padre y hermano, y vuestro primo...

—¡Ah! Es cierto, — interrumpe la joven con un tono que indica despecho ó sentimiento. — No pensaba en ello. Os doy gracias por haberme recordado mi deber. ¡Volvamos!

Sentada de nuevo en la silla, la criolla recoge las riendas y pica espuelas; pero con tan lenta languidez, que parece hubiera preferido permanecer algún tiempo más en la trampa de musteños.

Una vez en la pradera, Armando conduce á su protegida por el camino más directo, hacia el sitio donde se separó de su compañeros.

Debían atravesar cierto espacio del país que recibe en Tejas el nombre de erial, nombre aplicado por los primitivos pobladores, quienes no eran muy escrupulosos en lo de elegir sus títulos.

La criolla vió á su alrededor un vasto jardín de lozanas flores, semejante á un parterre, cuyo límite era el azulado círculo del horizonte, un jardín marcado, formado y alimentado por la mano de la Naturaleza.

—¡Oh! ¡Esto es muy hermoso! — exclama la criolla con entusiasmo, reteniendo maquinalmente las riendas.

—¿Admiráis estos panoramas salvajes, señorita? — pregunta Armando.

—¡Admirarlos! Algo más que eso, caballero: veo á mi alrededor todo cuanto es brillante y hermoso en la Naturaleza, la verde yerba, los árboles y las flores, todo eso, en fin, que tanto trabajo nos cuesta plantar ó cultivar, sin igualarlo nunca. Aquí parece que no falta nada para que el cuadro sea completo. Esto es un verdadero parque.

—Pero falta la casa.

—Eso lo echaría todo á perder, en mi concepto. Dadme un paisaje donde no se vea morada alguna, ni tejados de pizarra, ni chimeneas que interrumpan la armonía de los árbo-

les. Bajo la sombra de éstos me gustaría vivir; bajo su sombra quisiera...

La palabra *amar* está en su pensamiento y en sus labios; pero abstiénese de pronunciarla, sustituyéndola con la de *morir*.

Cruel fué el joven al no decirle que estaba expresando sus propios sentimientos, repitiéndolos como un eco, y que á ellos era debida su presencia en las praderas. A no ser por su irresistible afición á la naturaleza salvaje, que rayaba casi en delirio, jamás se ha-

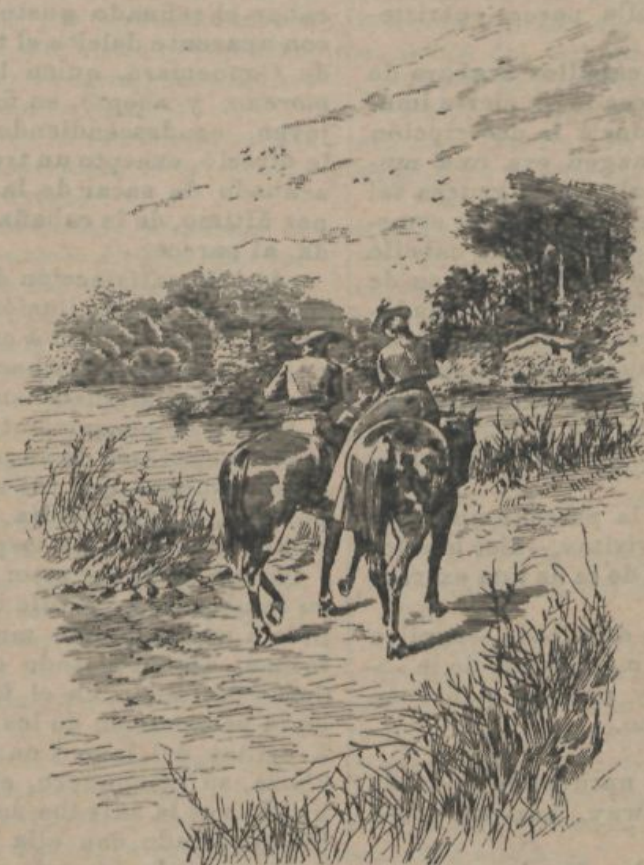
—Muy cierto. No tengo otra ocupación.

—¿De veras? ¡Ah! Yo quisiera poder decir lo mismo, y á fe mía que envidio vuestra suerte. Segura estoy de que disfrutaría mucho más de la existencia en medio de esta naturaleza grandiosa.

—¿Sola? ¿Sin compañeros ni amigos, y sin una morada?

—No he dicho eso, ni vos tampoco á mí cómo vivís. ¿Tenéis casa?

—¡Oh! La que yo tengo no merece tan pom-



Luisa Coxe y Armando dirigiéndose á la choza del cazador de caballos

bría conocido al joven con el nombre de *Armando el gaucho*.

El sentimiento romántico no queda satisfecho con una ilusión, y pronto se consume, á menos que le alimente la conciencia de la realidad. El *gaucho* se hubiera creído humillado con la idea de que no daba caza á los caballos salvajes sino por pasatiempo, y que sólo permanecía en las praderas con este fin. En un principio, pudiera haberlo confesado; pero últimamente habíase imbuído en su alma el orgullo que domina al cazador de profesión.

Su respuesta hubiera podido parecer por demás prosaica.

—Temo mucho, señorita,—dijo,—que pronto os cansaría tan rudo género de vida, sin techo para cobijaros, sin sociedad, sin...

—Y vos, caballero, ¿cómo es que no os habéis cansado? Si no me ha dicho mal vuestro amigo el Sr. Zab, que es mi autoridad, hace ya varios años que observáis este género de vida. ¿No es así?

poso nombre,—contesta el cazador sonriendo.

—La palabra *cobertizo* es más propia para definir mi morada, que puede considerarse como la más humilde de esta tierra.

—¿Dónde está? ¿Se halla cerca de alguno de los sitios que hemos recorrido hoy?

—No dista mucho de donde ahora estamos. Tal vez una milla. ¿Veis las copas de unos árboles por la parte del Oeste? Ellas son las que prestan sombra á mi choza, preservándola de los rayos del sol y de la tormenta.

—¡Oh! ¡Cómo me gustaría ver esa vivienda! ¿No decís que es una tosca choza?

—Precisamente; y os he dicho la verdad.

—¿Está solitaria?

—No conozco otra en diez millas á la redonda.

—¿Situada entre árboles y pintoresca?

—Eso depende del efecto que produzca en la persona que la mire.

—Quisiera verla para juzgar por mí misma. ¿Decís que sólo dista una milla?

—Sí: una para ir y otra para volver, que son dos.

—Eso no vale nada. No tardaríamos más de veinte minutos.

—Y ¿no creéis que apuraremos la paciencia de vuestros compañeros?

—Decid más bien que abusaré de vuestra bondad; pero os ruego me dispenséis,—replica la criolla con cierta expresión de melancolía.—No pensaba en ello. Tal vez no viváis solo. Acaso compartáis con alguien esa morada.

—¡Oh! Sí. Tengo un compañero desde que...

El semblante de la criolla parece entristecerse más.

Antes que el cazador de caballos acabara de hablar, la joven se había creado ya cierta imagen que podría corresponder á la descripción de un compañero. Esta imagen era una muchacha de la misma edad, algo más gruesa tal vez, morena y de ojos rasgados, dientes semejantes á perlas, mejillas sonrosadas, cabello tan largo como la cola de Rayo, adornos de abalorios en el cuello, los brazos y las muñecas, una ligera túnica bordada, borceguíes en los diminutos pies y medias listadas en la bien desarrollada pierna. Tal era el conjunto que había creado en su imaginación la joven criolla, tal era el tipo que se representaba en el espíritu de Luisa Coxe.

—Tal vez no agrade á la persona que vive con vos ser molestada por visitas,—dice la criolla,—sobre todo si se trata de la de una extranjera.

—Al contrario: no desea otra cosa,—replica el cazador.—Es el hombre más amigo de la sociedad, de la cual ve muy poco el pobre en nuestra vivienda del Alamo.

—¿Quién es?

—Un tal Felim O'Nale, natural de la verde Erin, del condado de Galway, aunque posee algo mejor el dialecto.

—¡Oh! El dialecto irlandés. Mucho me agradaría oírlo hablar á un natural de Galway, pues creo que tienen uno muy rico. ¿No es así, Sr. Lancáster?

—No siendo yo del mismo país, mi juicio no es valedero; pero si queréis aceptar la hospitalidad de Felim por espacio de media hora, seguramente tendréis ocasión de juzgar por vos misma.

—Mucho me complacerá, porque eso es algo nuevo. Que esperen papá y los demás, pues ya hay allí bastantes señoras para que me necesiten á mí. En cuanto á los caballeros, podrán entretenerse buscando nuestras huellas. Esta nueva cacería será para ellos tan agradable como la que pudieran proyectar. Y ahora, caballero, estoy dispuesta á aceptar vuestra hospitalidad.

—Temo no poder ofrecéroslo muy buena. Felim ha estado solo varios días; y como no es muy cazador, es probable que sus provisiones estén en baja. No es poca fortuna que hayáis acabado de almorzar antes de la escapatoria de la yegua.

No era la despensa de Felim lo que desviaba á la criolla de su camino, ni tampoco el deseo

de escuchar la pronunciación del hijo de Galway, ni menos la curiosidad que pudiese inspirarle la morada del gaucha: era un sentimiento mucho más irresistible al que cedía insensiblemente, como si comprendiese que era su destino.

La criolla visitó la solitaria choza del Alamo; estuvo bajo su techo; examinó con singular interés sus penates extraños; fijó con placer su atención en los libros y artículos de escritorio, así como en otros objetos que indicaban el refinado gusto de su dueño; escuchó con aparente deleite el tosco lenguaje del hijo de Connemara, quien la calificó de *hermosa morena*, y aceptó, en fin, la hospitalidad del joven, condescendiendo á probar cuanto se le ofreció, excepto un traguito del aguardiente acabado de sacar de la damajuana, saliendo, por último, de la cabaña sumamente complacida, al parecer.

¡Ay! Su satisfacción debía durar sólo mientras conservase la ilusión de su novelesca aventura. Cuando volvió á cruzar la florida pradera, tuvo tiempo para hacer varias reflexiones, y una de ellas angustió su corazón.

¿Sería el pensamiento de que había obrado mal al separarse de su padre, de su hermano y de sus amigos, que tal vez estarían inquietos por ella, ó comprendía que acababa de dejar campo abierto á las sospechas?

No era nada de esto: la nube que oscureció su semblante en medio de sus ilusiones fué debida á una reflexión muy diferente y más dolorosa. Durante todo aquel día, en el viaje desde el fuerte, en el incidente de la cacería, en la persecución de los musteños, en el paseo á orillas del lago y en la visita á la humilde choza, su compañero, el hombre que por segunda vez la salvaba de un peligro, no se había mostrado con ella sino galante y cortés, habiase conducido sólo como un caballero.

CAPITULO XVIII

ESPIONAJE INÚTIL

De los cuarenta libertadores que se precipitaron en seguimiento de la fugitiva, muy pocos la siguieron. Después de perder de vista á los musteños salvajes, á la yegua manchada y al gaucha, comenzaron á dejarse de ver entre sí y muy pronto se dispersaron por la pradera, yendo aislados, de dos en dos, ó en grupos de tres ó cuatro; y como los más no estaban acostumbrados á seguir huellas, no tardaron en perder de vista las de la manada, confundíendolas con otras no tan recientes. La escolta de dragones, mandada por un oficial, se extravió en una ramificación, llevándose tras sí á la mayor parte de los que se habían quedado á retaguardia.

La persecución había comenzado en una pradera ondulada, en la cual se veían á trechos algunos matorrales y espacios cubiertos de bosque. En las desigualdades del terreno, pronto se perdieron de vista unos de otros, y vein-

te minutos después los cien jinetes estaban distribuidos en grupos, que, habiendo partido, al parecer, de un centro común, lanzaban sus caballos á escape en todas direcciones.

Sólo un individuo seguía la verdadera dirección, individuo solitario, montado en un caballo tan grande como vigoroso, de pelaje castaño, y que, á falta de esbeltez en las formas, no le faltaba, en cambio, ligereza.

La levita azul de corte militar y la gorra de paño daban á conocer, desde luego, al ex capitán de caballería Casio Collins; y él era, en efecto, el jinete que iba por el buen camino, estimulando á su corcel con látigo y espuelas, porque le aguijoneaba á su vez un pensamiento enojoso que excitaba toda su energía.

Semejante á un sabueso, inclinaba su cabeza sobre el rastro, con la esperanza de ver recompensados, al fin, sus esfuerzos.

Fácilmente se hubiera podido sospechar su objeto, pues de vez en cuando dirigía una mirada á sus pistoleras, en las cuales asomaban dos brillantes culatas: el ex capitán tenía, sin duda, algún siniestro designio.

Sin una circunstancia que le favoreció, se hubiera extraviado como los demás, aunque tenía sobre ellos la ventaja de guiarse por unas huellas de caballo que había visto antes. Recordaba perfectamente las mayores, no sin cierto disgusto, por haberlas observado ya en una ennegrecida superficie, entre las cenizas de una pradera abrasada. Cediendo á un instinto indefinible, habíalas conservado en su memoria, y ahora las recordaba muy bien.

Guiándose por esto, el ex capitán de voluntarios llegó á la arboleda, avanzando después por la cañada por donde se precipitó la yegua manchada tan de improviso. Hasta entonces, su análisis había sido bastante fácil; pero, á partir de aquel punto, redujose á conjeturas. Entre las huellas de los musteños salvajes reconocíanse aún las señales de herraduras; pero ya no indicaban el galope: los dos cuadrúpedos debían haberse detenido uno junto á otro.

¿Y después? Ni en el rastro de la manada ni en otra parte se veía la menor señal de herraduras. La superficie del terreno estaba cubierta de guijarros, y sólo un caballo marchando á galope hubiera podido dejar una señal, no el que fuera á paso lento.

Pero precisamente á este paso avanzaron la yegua manchada y el bayo rojizo al alejarse, siguiendo así algún tiempo hasta que pusieron sus caballos á galope en dirección á la trampa de los musteños.

El impaciente perseguidor estaba perplejo; comenzó á dar vueltas de un lado á otro, avanzando por el rastro de las yeguas salvajes y retrocediendo después, sin descubrir la dirección que habría seguido cualquiera de los dos caballos.

Ya comenzaba á experimentar algo más que sorpresa, cuando la presencia de un solitario jinete que avanzaba por el rastro interrumpió sus desagradables conjeturas.

No era un desconocido el que se acercaba. Por su colosal estatura, su tosca vestimenta y

el mísero cuadrúpedo que montaba, Casio reconoció á Zab, así como éste al ex capitán de voluntarios. Aquellos dos hombres se habían tratado ya mucho antes de recorrer las praderas de Tejas.

—¿No habéis visto á la señorita, caballero Collins? —pregunta el cazador, acercándose al ex capitán con cierta inquietud, y deduciendo por sus miradas de enojo que debe suceder algo de esto. — ¡Condenada yegua! ¿Dónde habrá conducido á la señorita? Pero ¡bah! No debe temerse mucho peligro, porque el cazador habrá conseguido, seguramente, echar la cuerda al cuello del animal para que no salte tanto. ¿Cómo es que os habéis detenido aquí?

—Estoy dudando de la dirección que habrán seguido. Las huellas indican que se detuvieron aquí; pero no veo las herraduras más allá.

—¡Calla! Pues tenéis mucha razón, Sr. Casio. Aquí se han detenido uno junto á otro; y después no han seguido el rastro de las yeguas salvajes. Seguramente que no. ¿Por dónde han ido, pues?

Al pronunciar estas palabras, el cazador examina la superficie del terreno con mirada investigadora, como si esperase obtener allí la contestación á su pregunta más bien que de los labios del ex capitán.

—Yo no veo las huellas en ninguna parte, — dice Collins.

—¿No podéis verlas? Pues yo sí. ¡Mirad! ¿No reparáis en esa yerba pisoteada?

—No.

—¡Diablo! Pues ved que eso se distingue tan claramente como la nariz en la cara de un judío. Aquí reconozco la herradura grande, y junto á ella otra más pequeña. Por aquí es por donde se han marchado, lo cual prueba que no siguieron á las yeguas sino hasta el sitio en que nos hallamos. ¿Queréis que examinemos más adelante?

—Seguramente.

Sin añadir una palabra más, Zab avanza por el nuevo rastro, que, invisible para el ex capitán, resulta muy claro para el cazador.

A los pocos momentos lo distingue también á su vez Casio Collins, al llegar al paraje donde los fugitivos pusieron de nuevo al galope sus caballos para escapar de la manada, y donde las señales de las herraduras están profundamente señaladas en el césped.

Sin embargo, algo más lejos se perdió de nuevo el rastro, aunque no para Zab, que lo seguía entre los centenares de señales que allí se ofrecían á la vista.

—¡Diablo! — exclama el viejo cazador de pronto, con aire de sorpresa. — ¿Qué ha sucedido aquí? En este sitio observo algo muy curioso.

—Ya no se ven sino las señales de las yeguas, — dice Collins; — sin duda, dieron una vuelta para volver aquí.

—Si tal hicieron, debió ser después de pasar la manada; y apuesto á que aquí se invirtieron los papeles en la cacería.

—¿Qué queréis decir, Sr. Zab?

—Que en vez de galopar los jinetes detrás de

la manada, esta última se convirtió en perseguidora.

—¿Cómo podéis reconocer eso?

—Fácilmente. ¿No veis que las señales de las herraduras están pisadas por los cascos de las yeguas? Pero ¡ca! ¡Si no son yeguas! ¡Por todos los santos del cielo! Las señales que reconozco son mayores, lo menos en una pulgada. ¡Por aquí han pasado los caballos padres! Y no en corto número. ¡Por el valle de Josafat! Espero que no habrán ido...

—¿A dónde?

—En persecución de la yegua. Si ha sucedido así, habrá peligro para la señorita Coxe. ¡Venid!

El cazador, sin esperar contestación, avanza presuroso, seguido del ex capitán, que le llama varias veces, pidiendo explicación de sus ambiguas palabras.

Zab no se digna dar ninguna, y hace un movimiento con la mano, como para decir:

—No me molestéis: estoy ocupado.

Durante un buen rato, el cazador parece aborrido en seguir las señales de las herraduras, lo cual no es muy fácil, porque en ciertos sitios están borradas por los cascos de los musteños salvajes; pero lo consigue poco a poco, aunque su jaca va al trote.

Hasta que Zab llega a cien pasos del barranco, no se desarruga su frente, y entonces, acortando el paso de su yegua, da la explicación que una vez más le pide el ex capitán.

—¡Oh! ¿Era ése el peligro? —pregunta Collins al oír los detalles.—¿Cómo sabéis que han escapado de él?

—¡Mirad allí!

—¡Un caballo muerto! Y parece reciente. ¿Qué prueba esto?

—Que el gaucho le ha matado.

—Se espantarían los demás, y no siguieron adelante. ¿No es eso?

—Efectivamente, no siguieron adelante; pero no fué sólo esto lo que los detuvo: aquí lo podéis ver. ¡Por el valle de Josafat! ¡Vaya un salto!

Así diciendo, el cazador indica el barranco, á cuyo borde acaban de llegar los dos jinetes.

—¿Queréis suponer que han saltado por aquí?—pregunta Collins.—¡Imposible!

—Pues lo han hecho con la mayor limpieza. ¿No veis allí, al otro lado, dos señales de herraduras? También os diré que la señorita Coxe fué la primera que saltó. ¡Qué muchacha! Ambos debieron franquear el obstáculo antes de que muriera el musteño; pues, de lo contrario, no habrían pasado, porque no hay otro sitio por donde un caballo pudiera saltar. ¡Por la santa Jerusalén! ¡Qué diestro ha sido el gaucho al tumbar el alazán de modo que entorpeciera el paso á los compañeros!

—¿Creéis que el cazador y mi prima cruzaron juntos por aquí?

—No precisamente juntos,—replica Zab, sin sospechar el motivo de la pregunta.—Como ya os he dicho, la manchada saltó primero. ¿No veis sus huellas al otro lado?

—Sí.

—Pues bien: ¿no observáis asimismo que están pisadas por las del caballo del gaucho?

—Cierto, cierto.

—En cuanto á los musteños, no ha pasado uno solo de la manada; y bien veo cómo ha sucedido esto. El joven saltó al otro lado, y desde allí disparó un tiro á este cuadrúpedo, lo cual equivalió á cerrar el paso. Entonces los perseguidores, renunciando á la caza, se dispersaron en distintas direcciones. Aquí veo el sitio por donde se marcharon, costeano el barranco.

—Pueden haber cruzado por otra parte para continuar la persecución.

—Para hacerlo así debían recorrer diez millas, cinco de ida y cinco de vuelta. No hay nada de eso, Sr. Collins. Podéis estar tranquilo respecto á que la señorita Luisa haya sufrido más persecución. Después del salto, proseguiría su marcha con el cazador, tan tranquilos ambos como dos corderos, pues ya no había peligro alguno, y á estas horas ya habrán andado lo bastante para reunirse con el resto de la gente.

—¡Vamos! —exclama Collins, manifestando tanta impaciencia como cuando creyó que su prima estaba en grave peligro. — ¡Vamos, señor Zab: volvamos atrás con toda la rapidez posible!

—No tan de prisa, si gustáis,—replica el cazador, deslizándose ligeramente de la silla y abriendo su cuchillo. — Me habéis de conceder diez minutos para un asuntillo.

—¡Diez minutos! ¿Para qué?—pregunta Collins con impaciencia.

—Para desollar este alazán. La piel me parece de primera calidad, y bien me darán por ella cinco duros en las Factorías, cosa que no se encuentra diariamente en las praderas.

—¡Llévese el diablo la piel! —exclama Collins, encolerizado.—¡Dejadla y vámonos!

—No pienso hacerlo así,—contesta fríamente el cazador, introduciendo la punta de su cuchillo en el vientre del caballo.—Podéis ir os si gustáis, Sr. Collins, pues Zab no se va de aquí hasta que haya colocado la piel de este musteño á grupas de su vieja yegua. De esto podéis estar seguro.

—¡Vamos, Zab! ¿De qué sirve que me aconsejéisirme solo, sabiendo que no podré hallar el camino?

—Así lo creo; y yo no os he dicho que lo hallaríais.

—Escuchad, viejo terco: el tiempo es precioso para mí, precisamente en este momento, y vais á tardar, lo menos, media hora en desollar el caballo.

—Ni veinte minutos.

—Bien, digamos veinte minutos: este tiempo vale para mí más de cinco duros; y puesto que, según decís, os darán cinco duros por la piel, dejadla ahí y yo os la abonaré.

—¡Muy bien! Eso es ser endiabladamente generoso; pero yo no puedo aceptar la oferta, pues sería poco digno para mí tomar vuestro dinero por un servicio como ése, tanto menos cuanto que ya somos conocidos, y yo debo ir

por el mismo camino. Por otra parte, no puedo avenirme á perder los cinco duros que vale la piel del caballo, la cual estaría podrida cuando volviese yo por aquí, si no la hacían antes pedazos los buzardos y los coyotes.

—¡Esto es irritante! ¿Qué puedo hacer?

—Vos vais muy de prisa: ¿no es verdad? Siento incomodaros; pero... ¡esperad! No será necesario que me aguardéis, pues nada os impide hallar el camino en dirección al carro de

rístico discurso; pues, apenas reconoce el árbol, clava espuelas en los ijares de su caballo, y, partiendo á galope, deja al viejo Zab en libertad de posesionarse de la codiciada piel.

—¡Por la santa Jerusalén!—exclama el cazador al observar la rápida y poco respetuosa despedida.—No se necesita gran cacumen para adivinar por qué va tan de prisa. Mucho me engaño si no tenemos aquí un caso de celos.



El ruido de las pisadas del caballo de Collins no había advertido aún su presencia á los dos jinetes.

los víveres. ¿Veis aquel árbol que se eleva en la línea del horizonte, aquel alto álamo?

—Sí.

—¿No recordáis haberlo visto antes? Es un árbol muy extraño, que más bien parece la cúpula de una iglesia.

—Sí, sí,—contesta Collins.—Ahora que le veo me acuerdo bien de él. Pasamos muy cerca cuando íbamos en persecución de las yeguas.

—Pues bien: teniendo esta guía, nada os impide avanzar y seguir el rastro de las yeguas. Así llegaréis al punto de partida, donde, si no me engaño, vais á encontrar á vuestra prima la señorita Coxe y á todos los compañeros, los cuales se estarán atiborrando, sin duda, de ese brebaje francés que llaman champagne. Espero que así se habrá economizado el aguardiente, del cual quisiera echar un buen trago cuando llegue.

Collins no espera el final de aquel caracte-

No iba Zab muy descaminado en sus conjeturas: la pasión de los celos era la que inducía á Casio Collins á marchar tan apresuradamente. Sí: esa negra pasión, nacida en la pradera incendiada, iba en aumento por instantes, á causa de varias circunstancias que no pasaron desapercibidas y de otras imaginadas. Los celos eran la pasión dominante del ex capitán de voluntarios.

Este avanzaba rápidamente, mucho más de lo que hubiera deseado su cansada montura; pero era porque le estimulaban amargas reflexiones, que le acosaban hacía una hora y que resultaban mucho más dolorosas en medio de la tranquila soledad que le rodeaba.

Poco le consoló la vista de dos personas que avanzaban delante de él, también á caballo, siguiendo la misma dirección. Aunque las veía de espaldas y desde lejos, no tardó en identificarlas.

Aquellas personas eran las mismas que acibaraban sus pensamientos.

Como él, volvían sobre la pista de las yeguas salvajes, con la cual acababan de dar, saliendo por un sendero lateral. Uno al lado de otro, con las sillas de sus caballos casi tocándose, parecían absortos en una conversación del mayor interés para ambos, y no vieron al solitario jinete que se acercaba á ellos en dirección diagonal.

Menos ansiosos que él, al parecer, por reunirse con los expedicionarios, avanzaban lentamente, yendo la señorita un poco detrás.

La circunstancia de ir tan próximos uno á otro, su actitud en la silla, su indiferencia á los objetos exteriores y la lentitud con que avanzaban, eran otros tantos detalles que observó Collins, y que se combinaban para producir en él una impresión, ó, mejor, para confirmar una sospecha que le puso fuera de sí.

Galopar rápidamente hacia los jinetes y poner término á su coloquio fué el primer impulso natural del caballeresco hijo del Sur; y, obedeciendo á él, picó espuelas, y una vez más obligó al caballo á emprender un galope contra su voluntad.

Pero un momento después acertó el paso, como si hubiese cambiado de resolución. El ruido de las pisadas de su caballo no había advertido aún su presencia á los que iban delante, aunque sólo se hallaba á unos trescientos pasos detrás de ellos, de tal modo, que Casio podía percibir el dulce acento de su prima, que era quien sostenía principalmente la conversación. ¡Qué interesante debía ser para ambos lo que hablaban, cuando aún no habían notado su aproximación!

¡Si pudiese oír lo que decían!

El sitio no parecía muy á propósito para acercarse sin ser visto, y, sin embargo, había una probabilidad. El aparente interés del diálogo que sostenían los dos jóvenes parecía ofrecer una oportunidad: el césped de la pradera era suave como el terciopelo, y los cascos del caballo, deslizándose sobre él, no producían el más leve rumor.

Collins estaba demasiado impaciente para resignarse á continuar su marcha al paso; pero su caballo castaño tenía la costumbre de sujetarse á él, costumbre peculiar de todos sus congéneres de los Estados del Sur, y, en su consecuencia, fué preciso conformarse.

Deslizándose sus herraduras sobre el césped, el caballo del ex capitán avanzó suavemente sin hacer ruido, pero aligerando el paso de tal manera, que á los pocos segundos se halló muy cerca de la yegua manchada y del bayo rojizo del gaucho.

Entonces el ex capitán adaptó el paso de su caballo al de los otros, inclinándose hacia adelante con una ansiedad que parecía indicar alguna terrible determinación. Su actitud revelaba el proyecto de interpelar rudamente, bien fuera con la lengua, bien con el cuchillo ó la pistola.

Su conducta dependería sólo de una circunstancia, de lo que llegase á oír.

Pero, fuese por casualidad ó por desgracia, no percibió una sola frase.

Sin embargo, si los dos jinetes no hacían aprecio de los sonidos, no sucedía lo mismo con sus caballos, que no iban tan absortos. Al dar un paso, el caballo castaño pisó con más fuerza que de costumbre, sin duda á causa de la fatiga; y esto bastó para que el fino oído del bayo rojizo y de la yegua percibiera el rumor, volviendo entonces la cabeza ambos cuadrúpedos, á la vez que lanzaban un relincho. Collins fué descubierto.

—¡Hola, primo Casio!—exclama la criolla, manifestando más despecho que sorpresa.—¿Vos aquí? ¿Dónde están papá y Enrique y los demás compañeros?

—¿Por qué preguntáis eso, Luisa? Supongo que lo sabéis tan bien como yo.

—¡Cómo! ¿No habéis venido á buscarnos, lo mismo que ellos? ¡Ah! Vuestro caballo está empapado en sudor. Cualquiera diría que le habéis hecho dar una carrera como nosotros.

—¡Claro es que sí! Os seguí desde el principio, con la esperanza de poder servirlos de algo.

—¿De veras? Ignoraba que fuerais en nuestro seguimiento; pero, de todas maneras, debo daros las gracias, primo, como se las estaba dando á este galante caballero, que, habiéndome seguido también, nos ha salvado á mí y á Luna de un gran apuro, ó, mejor dicho, de un grave peligro. ¿No sabéis que nos han dado caza unos caballos salvajes, y que tuvimos que huir para salvar nuestras vidas?

—Estoy enterado de ello.

—¿Habéis presenciado, pues, la cacería?

—No: lo sé únicamente por el rastro.

—¡Por el rastro! Y ¿sois capaz de reconocerlo por este indicio?

—Sí, gracias á la interpretación de Zab.

—¡Ah! ¿Estaba con vos? Pero ¿seguisteis hasta... hasta...? ¿A dónde llegasteis?

—A un barranco de la pradera. Según Zab, saltasteis sobre ella. ¿No es así?

—Luna saltó.

—¿Ibais montada?

—Pues ¿cómo había de ir? ¡Vaya una pregunta, primo Casio! ¿Dónde queríais que fuese? ¿Creéis, por ventura, que iba cogida de la cola? ¡Ja, ja, ja! Pero decidme,—añade la joven, cambiando repentinamente de tono;—¿saltasteis también vos? ¿Nos habéis seguido hasta muy lejos?

—No, Luisa: desde el barranco he venido aquí directamente, creyendo que habríais vuelto antes que yo. Por eso he acertado á encontrarlos.

La contestación pareció satisfactoria.

—¡Ah! ¡Cuánto me alegro que nos hayáis alcanzado! Ibamos despacio porque Luna está muy cansada. ¡Pobrecilla! No sé cómo podrá llegar hasta el Leona.

Desde el momento en que ha llegado Collins, el gaucho no pronuncia una sola palabra. Por muy agradable que fuese su diálogo con la joven criolla, hábale cortado, al parecer, sin disgusto, y ahora cabalga como si por convenio tácito volviese á desempeñar las funcio-

nes que en un principio le fueron encomendadas.

Sin embargo, las miradas del ex capitán se fijaban en él con expresión amenazadora, siniebra algunas veces, cuando veía ó sospechaba que las de la criolla se dirigían á la misma persona manifestando admiración.

Si aquellas tres personas hubieran debido hacer un largo viaje, éste habría terminado quizás trágicamente. Por fortuna, la aparición de los expedicionarios evitó tal desenlace, pues poco después rodeaban á la fugitiva alejando todo otro pensamiento con el coro de sus congratulaciones.

CAPITULO XIX

PROVOCACIÓN

El hotel ú hospedería, á la vez que casa de bebidas, era el edificio más notable en la ciudad naciente que había surgido bajo la protección del Fuerte Inge. Esta es la condición normal de toda ciudad tejana, bien sea nueva ó fundada hace cuarenta años, pues no las hay antiguas, como no sean las ciudades dispersas de origen hispanoamericano, donde el presidio y el convento se anteponian á todo, mientras ahora se transforman á veces en taberna.

El establecimiento del Fuerte Inge, aunque el mayor edificio de la plaza, no era, sin embargo, muy grande, ni tampoco imponente. Su exterior tenía pocas pretensiones como estilo arquitectónico: era una construcción de troncos pulimentados, que tenían por base un plano en figura de T del primitivo alfabeto. En el palo céntrico estaban los comedores y alcobas, mientras en la cabeza ó línea superior veíase sólo una habitación destinada exclusivamente á beber y fumar: era el verdadero salón.

El hotel ú hospedería titulada *Rudeza y actividad*, aunque muy poco diferente de los demás establecimientos análogos de Tejas, se distingue por ciertas particularidades. Su propietario, en vez de ser un especulador yankee, es un alemán, que, como todos sus compatriotas, lo mismo en esta parte del mundo que en las demás, tiene fama de buen cocinero. Oberduffer es el nombre con que se le conocía en la madre patria, y que sus parroquianos de Tejas han modificado cambiándole por el de *Viejo Duffer*.

Desde que el viejo Duffer había puesto la muestra de su establecimiento, no se vió favorecido nunca por tan numerosa concurrencia, ni sirvió á tantos parroquianos como la noche en que volvieron de la cacería de caballos las personas que en ella tomaron parte.

Excepto las señoras, casi todos los expedicionarios pensaron que les era tan indispensable pasar media noche en la sala del *Viejo Duffer*, como ponerse el gorro de dormir al acostarse; y así es que, apenas el reloj del establecimiento marcaba las once, comenzaron á llegar, unos tras otros, oficiales del fuerte, plantadores de las cercanías, colonos, contra-

tistas, cazadores y otros que pudieran clasificarse en la categoría de indefinidos.

Al entrar, cada cual se dirige en línea recta al mostrador para pedir su bebida favorita, y retirase después á conversar en alguno de los grupos.

Uno de éstos se distingue de los demás: fórmanle unos ocho ó diez individuos, la mitad de ellos vestidos de uniforme, y entre los que están los tres oficiales que ya conocen nuestros lectores: el capitán de infantería Capel, el subteniente de dragones Hancock, y el teniente Crossman.

Con ellos estaba otro de más edad que todos y también superior como autoridad, según podía reconocerse por los bordados que ostentaba en su levita, correspondientes al rango de Mayor. Siendo el único oficial de esta graduación en el Fuerte Inge, inútil parece añadir que era el jefe de aquel puesto militar.

Los demás oficiales hablaban con él tan francamente como si todos fueran subalternos de igual rango; y el asunto de la conversación eran los incidentes del día.

—¡Vamos, Mayor! —decía Hancock.— Vos debéis saber á dónde fué la muchacha.

—¿Cómo he de saberlo?—contesta el jefe.— Preguntádselo á su primo el caballero Casio Collins.

—Ya lo hemos hecho, y no hemos podido averiguar nada: claro es que no sabe más que nosotros, pues sólo encontró á los jóvenes á la vuelta y no muy lejos del sitio donde habíamos acampado. Estuvieron ausentes un buen rato, y, á juzgar por el sudor de los caballos, debieron haber recorrido una gran distancia. Tal vez hayan estado en Río Grande, ó acaso más allá.

—¿No observasteis á Collins cuando volvió? —pregunta el capitán de infantería.— Su fruncimiento de cejas revelaba alguna impresión desagradable, ó alguna intención siniestra.

—En efecto,—replica el Mayor;—parecía algo disgustado; pero, seguramente, capitán Capel, no lo atribuiréis á...

—A los celos, sí, señor; y no á otra cosa.

—¡Cómo! ¡Celos de Armando el gaucho! ¡Bah! Imposible, ó, por lo menos, muy poco probable.

—Y ¿por qué, Mayor?

—Querido Capel, Luisa Coxe es una señorita, y Armando Lancaster...

—Puede ser un caballero, porque nada se sabe en contrario.

—¡Bah! —contesta desdeñosamente Crossman.— ¡Un traficante en caballos! El Mayor tiene razón: la cosa es improbable, casi imposible.

—¡Ah, caballeros!—prosigue el capitán de infantería, moviendo la cabeza significativamente.— No conocéis á la señorita Coxe tan bien como yo: es una muchacha excéntrica: ya debíais haberlo reconocido.

—Vamos, vamos, Capel,—replica el Mayor en tono de broma;—temo que tratéis de contarnos algún escándalo. Tal vez os intereséis por la señorita Coxe, á pesar de vuestras pre-

tensiones de casto José. Yo comprendería que estuvierais celoso de un gentil Hancock, ó de un Crossman, suponiendo que este último no tuviese compromiso; pero de un cazador de caballos... ¡Bah! ¡Bah!

—Ese gaucho, Mayor, es irlandés; y si fuera lo que tengo motivos para creer...

—Sea lo que fuere,—interrumpe el Mayor, mirando de reojo hacia la puerta,—ahí está para contestar por sí mismo; y como tiene bastante facilidad en el decir, él podrá enteraros



—Os he pedido sólo un vaso de aguardiente con agua,—replica el cazador

sobre el asunto que parece ser de tanto interés para vos.

—No creo que averiguaréis nada,—murmuró Capel al ver que Hancock y otros dos ó tres se dirigen hacia el recién venido para hacer lo que les recomienda el Mayor.

Avanzando silenciosamente á través de la sala, el gaucho se detiene en un sitio desocupado frente al mostrador, y dice al dueño:

—Hacedme el favor de un vaso de aguardiente con agua.

—¡Aguardiente y agua!—contesta el amo, sin apresurarse á servir á su nuevo parroquiano.—Os costará caro.

—No os he preguntado el precio,—replica el cazador;—os he pedido sólo un vaso de aguardiente con agua. ¿Podéis dármelo? ¿Sí ó no?

—Sí, sí,—contesta el alemán, mostrándose más obsequioso al oír la seca contestación del joven;—hay todo cuanto queráis... Aquí está.

Mientras le sirven lo que ha pedido, Arman-

do contesta á las señales de reconocimiento de los oficiales con un saludo de cabeza, lleno de modestia y desenvoltura á la vez. Los más de ellos le conocen personalmente á causa de sus relaciones con los moradores del fuerte.

Ya iban á interrogarle, según indicó el Mayor, cuando les detuvo de pronto la entrada de otro individuo.

El recién llegado era Casio Collins, y en su presencia hubiera sido una falta de delicadeza hablar del asunto.

Adelantándose con su acostumbrada fanfarronería hacia el mezclado grupo de militares y paisanos, Collins saluda á todos como hombre que ha pasado el día con ellos, ausentándose sólo por corto tiempo. Si el ex capitán de voluntarios no está del todo borracho, reconócese, por lo menos, que se halla bajo la influencia de la bebida: el inusitado brillo de sus ojos, la excesiva palidez de su frente, el desorden de su cabello y la gorra echada hacia atrás, indican que ha traspasado los límites de la prudencia.

—¡Vamos, señores!—exclama, dirigiéndose á los oficiales, mientras se acerca al mostrador.—Vamos á dar un tiento á las botellas de ese viejo zorro alemán, porque, si no, dirá que gasta sus luces en balde. Que nos sirva una ronda. ¿Qué os parece?

—¡Convenido!—contestan varias voces.

—¿Y vos, Mayor?

—Con mucho gusto, capitán Collins.

Según la costumbre general, los futuros bebedores se sitúan en línea á lo largo del mostrador, y cada cual pide lo que es más de su gusto.

Después de hacerlo así todos, Collins dice á su vez:

—Dadme á mí jerez seco con algunas gotas de ajeno.

—¿Jerez y ajeno, Sr. Collins?—replica el dueño, inclinándose obsequiosamente hacia el presunto poseedor de una rica hacienda.

—¡Cierto que sí, estúpido alemán! ¿No os he pedido jerez seco?

—Está muy bien: yo le serviré lo que guste,—replica el dueño, apresurándose á poner la botella delante de su rudo parroquiano.

Entre los amigos del Mayor y otros varios individuos que se han acercado á beber, ocúpase toda la línea del mostrador, de tal manera, que apenas queda libre una pulgada de espacio.

Fuera casualidad, ó intencionalmente por parte de Collins, él era el último que ocupaba la línea de los que aceptaron su invitación.

De este modo se halló frente á Armando, que solo, sin formar parte de los convidados, bebía tranquilamente su aguardiente y agua, fumando un cigarro que acababa de encender.

Los dos estaban vueltos de espaldas, y, al parecer, no se habían visto uno á otro.

—¡Vaya un brindis!—exclama Collins, tomando su vaso del mostrador.

—¡Vaya en buena hora!—contestan varias voces.

—¡América por los americanos, y guerra

todos los intrusos extranjeros, especialmente los mestizos de irlandés y mejicana.

Al expresar este malévolo pensamiento, Collins retrocede un paso, y esto le hace tropezar con el cazador, que en aquel instante acercaba el vaso á sus labios.

El choque es causa de que se vierta una parte del aguardiente con agua sobre la blanca pechera de la camisa de Armando.

¿Fué casualidad? Nadie lo creyó así ni por un momento. Después de pronunciar Collins aquellas palabras, semejante acto no podía ser sino una ofensa intencional y premeditada.

Todos los espectadores esperan ver al insultado precipitarse al punto sobre su ofensor; pero quedaron chasqueados, á la vez que sorprendidos, al ver de qué modo lo tomaba el cazador, y hasta algunos pensaron que la cosa iba á quedar así.

—Si lo tolera,—murmura Hancock al oído de Capel,—deberíamos echarle de aquí á punta-piés.

—No tengáis cuidado,—contesta el capitán de infantería en voz baja;—ya veréis como no queda así. No soy amigo de apostar, como ya sabéis; pero jugaría la paga de un mes á que el cazador no pasa por ello; y la de otro á que el Sr. Collins tendrá que habérselas con un rudo competidor, aunque ahora parece cuidarse más de su fina camisa que del insulto que acaba de recibir. ¡Diablo de hombre!

Mientras así cuchichean los dos oficiales, la persona á quien aluden está todavía junto al mostrador, siendo el blanco de todas las miradas, y, después de haber dejado su vaso, saca del bolsillo un pañuelo de seda para enjugar el líquido que inunda su pechera bordada.

Tan imperturbable frialdad no es apenas compatible con la cobardía. Los que han dudado de Armando comienzan á reconocer su error, esperando alguna cosa seria: todos aguardan silenciosos el desenlace.

No tardó mucho tiempo: cuanto acabamos de indicar pasó en veinte segundos, al cabo de los cuales dió su contestación el cazador.

—Mi padre era irlandés y mi madre mejicana,—dijo, guardando su pañuelo donde antes estaba.

Por sencilla que pareciese la respuesta, y aunque el joven tardase en darla, ninguno de los presentes equivocó su significación. Si el gaucho hubiera levantado la mano contra Casio, no habría expresado mejor que aceptaba el desafío: harto indicaba la misma sencillez de su conducta la firme resolución de admitirle.

—¿Vos?—exclama desdeñosamente Collins, midiendo al cazador con la vista de pies á cabeza.—¿Vos mejicano? ¡Gran Dios! ¡Jamás lo hubiera creído! A juzgar por vuestra facha, os hubiera tomado por un aventurero de remoto país.

—No veo en qué pueda interesaros mi atavío, Sr. Casio Collins; y, aparte de esto, como me habéis manchado la pechera vertiendo en ella la mitad del contenido de mi vaso, voy á tomarme la libertad de humedecer un poco el almidón de la vuestra del mismo modo.

Y, así diciendo, el cazador toma su vaso, y, antes que el ex capitán de voluntarios pueda desviar la cabeza, arrójele á la cara los restos de la mezcla de aguardiente, que hacen estornudar varias veces á Casio Collins, con no poca satisfacción de la mayoría de los espectadores.

Pero pronto cesó el murmullo de aprobación: la cuestión no era de aquellas que se ventilan con palabras, y á las exclamaciones que acompañaron al acto sucedióse un intervalo de silencio. Todos comprenden que la disputa debe ser grave y que ha de terminar con un duelo: ningún poder humano podrá impedir semejante desenlace.

CAPITULO XX

PREPARATIVOS

Al recibir la rociada alcohólica, Collins saca á relucir su revólver, y no espera más que á enjugarse los ojos para avanzar sobre su adversario. El cazador, anticipándose á la acción, empuña también su revólver, y está dispuesto á contestar al fuego de su antagonista, tiro por tiro.

Los espectadores pusilánimes han comenzado ya á escapar por las puertas, tropezando unos con otros en su apresuramiento por huir del peligro.

Sin embargo, algunos permanecen indecisos en el salón; y otros, de más valor, ó tal vez porque temen que al retirarse les alcance un balazo en la espalda, no salen tampoco.

Reina un intervalo de silencio de seis á ocho segundos, durante los cuales se habría podido oír el vuelo de una mosca: es sólo ese breve momento que media entre la resolución y el acto, ese momento en que el espíritu ha terminado su tarea, dejando al cuerpo comenzar la suya.

La escena habría sido más breve con otros actores; dos hombres vulgares se hubieran precipitado uno contra otro sin reflexionar; pero los dos que entonces se hallaban frente á frente no eran de tal clase. Los dos habían visto la *lucha en las calles*, tomando parte en ella, y conocían la desventaja de errar el primer tiro. Cada cual estaba resuelto á hacer buena puntería, y esto fué lo que prolongó el intervalo de inacción.

Para los que estaban fuera, sin atreverse ni aun á mirar por las puertas entornadas, aquella suspensión era penosa: el crujir de los gatillos de las armas de fuego, que esperaban oír á cada instante, les hubiera consolado. Así es que les contrarió no poco percibir, en vez de esto, la voz del Mayor, que resonó en la sala con tono de autoridad.

—¡Alto!—exclama con el acento de un hombre acostumbrado á ser obedecido, y desvainando al mismo tiempo su espada, para interponer la brillante hoja entre los dos competidores.—¡No hagáis fuego! ¡Yo lo mando! ¡Bajad esos cañones, ó vive el cielo, que arrancaré el arma al primero que toque el gatillo! ¡Alto os digo!

—¿Por qué?—pregunta Collins, rojo de cólera.—¿Por qué, Mayor? Después de un insulto como ése, inferido por un hombre de tal ralea.

—Vos fuisteis el primero en ofender, capitán Collins.

—¡Maldito si me importa! Sería el último de los hombres si dejara pasar semejante insulto sin castigo. Tened la bondad de apartaros, Mayor; la disputa no es vuestra, y no tenéis tampoco derecho para intervenir.

—¿De veras? ¡Ja, ja, ja! Capel, Hancock, Crossman: ¿no oís esto? ¡Que no tengo derecho de intervenir! ¡Escuchad, Sr. Casio Collins, ex capitán de voluntarios! ¿Sabéis dónde estáis? Advertid que no os halláis en el Estado del Misisipi repartiendo latigazos á vuestra caballería esclava: aquí estamos en un puesto militar, bajo la ley militar, y mi humilde persona es quien gobierna. Por lo tanto, os ordeno que volváis el revólver á su funda, y hacedlo ahora mismo, porque, si no, os mando arrestar como al último de los soldados de este acantonamiento.

—¿De veras?—replica irónicamente el ex capitán.—¡Qué bello país haréis de Tejas! Supongo, pues, que un hombre no podrá batirse, por grave que sea la ofensa, sin pedir antes permiso. ¿Debe ser ésa la ley del país?

—Nada de eso,—replica el Mayor;—ni soy ni he sido nunca de los hombres que se oponen á un lance de honor. Quedaréis en libertad, vos y vuestro antagonista, de mataros si así os place; pero no en este momento. Debéis advertir, caballero Collins, que este juego pone en peligro la vida de otras personas á quienes nada interesa la cosa, y que no me haría gracia recibir una bala no destinada para mí. Esperad á que nos pongamos todos en sitio seguro, y después podréis apretar el gatillo á vuestro gusto. ¿Os conviene esto?

Si el Mayor hubiese sido un hombre vulgar, tal vez se habrían desatendido sus órdenes; pero á su autoridad oficial, como jefe del puesto, agregábase el respeto debido á sus años, y también al hombre que sabía manejar las armas con peligrosa destreza, y no consentía que se le faltase en lo más mínimo.

No había desvainado su espada por vano alarde: los dos antagonistas lo sabían, y por acuerdo tácito bajaron los cañones de los revólvers.

Collins, con las cejas fruncidas, rechinaba los dientes como un animal feroz al que se impide lanzarse contra su víctima, mientras que el cazador continuaba tan sereno y frío como si no estuviera enojado.

—Supongo,—dice el Mayor, comprendiendo que no había medio de arreglar la cuestión,—que estáis resueltos á batiros.

—No tengo particular empeño,—contesta modestamente Armando,—si el caballero Collins me da una satisfacción por lo que ha dicho y también por lo que ha hecho.

—¡Debe hacerlo! ¡El fué el agresor!—gritan varias voces.

—¡Jamás!—contesta desdeñosamente el ex capitán.—Casio Collins no tiene costumbre de

hacer esas cosas. ¡Dar una satisfacción, y á semejante arlequín!

—¡Basta!—exclama el cazador, manifestando enojo por la primera vez.—Le he dejado un camino para salvarse, y no acepta; pero ahora, ¡juro, por la Madre de Dios, que no saldremos ambos con vida de este cuarto! ¡Mayor: os ruego que os retiréis vos y vuestros amigos! ¡No puedo tolerar su insolencia más tiempo!

—¡Ja, ja, ja! ¡Un camino para mi vida!—exclama Collins, soltando la carcajada.—Salid todos pronto, y dejadme solo con él.

—¡Esperad!—exclama el Mayor, vacilando en volver la espalda á los duelistas.—Todavía no estamos del todo seguros; porque podríamos tener el capricho de comenzar el tiroteo un segundo demasiado pronto, y nosotros debemos estar fuera antes. Además, caballeros, creo que en esto se debe proceder con algún orden,—añade el Mayor, dirigiéndose á los que le rodean.—Si han de batirse, que sea legalmente y con armas iguales.

—¡Por supuesto!—contestan todos los espectadores, dirigiendo la vista á los futuros combatientes para ver si aceptan la proposición.

—Supongo que ninguno de ambos se opondrá,—continúa el Mayor.

—Yo no me opongo á nada de lo que sea legal,—contesta Armando.

—Me batiré con el arma que tengo en la mano,—dice bruscamente Collins.

—Convenido: ésa es el arma que deseo,—contesta su adversario.

—Veo,—dice el Mayor, señalando las armas,—que ambos estáis provistos de revólver de Colt, número 2; de modo que, hasta aquí, las ventajas son iguales.

—Pero sepamos si tienen otras armas,—añade el joven Hancock, sospechando que el ex capitán guarda su cuchillo bajo la levita.

—Yo no tengo ninguna,—contesta el cazador con un acento de franqueza que no deja la menor duda acerca de su sinceridad.

Todas las miradas se fijan entonces en Collins, que parece vacilar antes de responder, hasta que, al fin, ve que es preciso decir la verdad.

—Claro es,—dice,—que yo llevo aquí mi mondadientes. Supongo que no exigiréis que lo entregue, pues se debe permitir á un hombre hacer uso de las armas que lleva consigo.

—Pero advertid, capitán Collins,—dice Hancock,—que vuestro adversario no lleva cuchillo; y si no os atemoriza luchar con armas iguales, debéis entregar la que os sobra.

—¡Claro es que sí!—contestan varias voces.—Debe hacerlo.

—¡Vamos, Sr. Collins!—dice el Mayor con persuasivo acento.—Seis tiros bastan para satisfacer á cualquier hombre razonable, sin que le sea necesario recurrir al acero. Antes que acabéis de tirar es muy probable que el uno ó el otro...

—¡Vaya al diablo el cuchillo!—interrumpe Collins desabrochándose la levita.

Y, sacando el arma á que todos aluden, arrójala al extremo de la sala, diciendo con tono

fanfarrón, como para atemorizar á su adversario:

—No lo necesitaré para semejante pajarra-co, pues ya daré cuenta de él al primer tiro.

—Tiempo tendréis de hablar.— replica el cazador,—cuando hayáis hecho algo para justificar vuestras palabras; pero no creáis que éstas bastan á amedrentarme. ¡Vamos, caballeros! Ved que estoy impaciente por imponer silencio á ese hombre que me irrita por demás con sus amenazas.

—¡Perro!—grita frenético el hijo del Sur.—¡Perro infame, hijo de una...! Te aseguro que te voy á enviar aullando á tu perrera. Yo...

—¡Eso es vergonzoso, capitán!—interrumpe el Mayor en medio de los murmullos de los que le rodean.—Ese lenguaje es impropio de un caballero delante de personas decentes. Tened paciencia un minuto más, y entonces podréis decir lo que os plazca. Y ahora, señores,—añade dirigiéndose á los que están á su lado,—sólo falta arreglar una condición, y es que no hagan fuego hasta que hayamos salido.

Ofrecíase una dificultad, y era cómo debía comenzar el duelo: apenas bastaba una simple promesa en semejante crisis, porque los combatientes, por lo menos uno de ellos, no se mostrarían muy escrupulosos en oprimir cuanto antes el gatillo del revólver.

—Debe hacerse una señal,—dice el Mayor,—con la condición de que nadie dispare antes de darla. ¿Hay alguno á quien se le ocurra el medio?

—Creo que sí,—dice el capitán Capel, adelantándose tranquilamente.—Que salgan esos caballeros con nosotros. Según veis, la sala tiene dos puertas, una á cada extremo, y, una vez fuera, podrán volver á entrar cada cual por la suya, con la condición de que ninguno debe hacer fuego antes de pisar el umbral.

—¡Perfectamente!—contestan varias voces.—Es la mejor idea.

—Y ¿cuál será la señal?—pregunta el Mayor.—¿Un tiro?

—No: que toque la campana del establecimiento.

—¡Muy bien pensado!—dice el Mayor, dirigiéndose el primero hacia una puerta.

—¡Pero, señor!—interrumpe el alemán, saliendo de su mostrador, donde había permanecido hasta entonces inmóvil.—Supongo que esos caballeros no van á disparar sus tiros dentro de la sala. ¡Ah! Romperán mis botellas y mis magníficos espejos, y ese espléndido reloj que me ha costado doscientos duros. ¡Ah, Mayor! Me arruinarán: tenedlo por seguro.

—Nada temáis,—replica el Mayor, deteniéndose para contestar;—pues, sin duda alguna, os pagarán los daños y perjuicios. De todos modos, bueno será que os trasladéis á sitio más seguro, porque, si permanecéis aquí, es probable que recibáis algún balazo, y esto sería aún peor que la rotura de las botellas.

Sin añadir una palabra más, el Mayor se aleja presuroso y sale á la calle, adonde le habían precedido los combatientes, ausentándose del salón por distintas puertas.

En cuanto al alemán, no permanece apenas algunos segundos en tan peligrosa posición, y se precipita en seguimiento del Mayor.

Un momento después, reina profundo silencio en la desierta sala, donde se refleja la luz en las brillantes botellas y costosos espejos, oyéndose sólo el tictac del costoso reloj.

CAPITULO XXI

EL DESAFÍO

Una vez fuera, el Mayor no intervino ya en la cuestión: en su calidad de jefe de aquel puesto militar, no hubiera parecido bien en él autorizar un duelo, ni aun interviniendo para que fuese legal.

Así lo creyeron los jóvenes oficiales, quienes, por lo tanto, se encargaron de arreglar las condiciones.

Como éstas se habían estipulado ya casi del todo, no se necesitó mucho tiempo, faltando únicamente designar la persona que se encargase de tocar la campana, lo cual debía ser la señal para dar principio al combate.

Ninguna dificultad ofrecía esto, pues tanto importaba que tocase uno como otro: hasta un niño podía encargarse de dar la señal á los combatientes.

Si un extranjero hubiese pasado en aquel momento por la plaza, de la cual formaba casi un lado la fachada del hotel, no habría podido comprender, seguramente, lo que allí pasaba. La noche era oscura, aunque no lo suficiente para que no se pudiera ver un numeroso grupo de personas reunidas cerca de la casa. Las más de ellas vestían uniforme militar, pues eran las mismas que se hallaban en el salón; pero se habían agregado otras varias, entre ellas los soldados del fuerte, á quienes los centinelas dejaron pasar, y que acudieron presurosos al saber que iba á ocurrir algo extraordinario. No faltaban allí mujeres, sobre todo esposas de militares, lavanderas y señoritas de reputación dudosa, que procuraban obtener explicación de lo sucedido.

Las conversaciones se sostenían en voz baja: sabíase que el comandante del fuerte estaba allí, juntamente con otros oficiales, y esto reprimía toda propensión á demostraciones ruidosas.

La multitud, reunida de un modo tan imprevisto, no estaba junto al hotel, sino á la distancia de unas doce varas; pero todos fijaban la vista en el edificio, con esa atención que excita un espectáculo extraordinario. Vigilábanse los movimientos de los dos hombres, situado cada cual en un extremo del salón donde debía efectuarse el duelo.

A pesar de hallarse separados por la interposición de dos espesas paredes de madera, y mutuamente invisibles, aquellos hombres maniobraban como si los moviera el mismo impulso: encontrábanse junto á las puertas de entrada del salón, á través de las cuales brillaba la luz de las lámparas, formando fajas divergentes que iban á reflejarse en el pavimen-

to exterior. Ninguno estaba derecho, sino con el cuerpo inclinado, no por temor, sino como el jinete que en el momento de ir á dar un salto se recoge todo lo posible.

Ambos miraban al exterior de la sala, donde no se percibía más ruido que el tictac del reloj: su actitud indicaba que estaban ya dispuestos á entrar, y que esperaban sólo la señal concertada.

No podía dudarse que los animaba una firme resolución, á juzgar por diversas circunstancias: los dos estaban en mangas de camisa, descubierta la cabeza y desembarazados de toda prenda del traje que pudiera entorpecer los movimientos, mientras que en sus rostros expresaban una determinación irrevocable.

No era necesario hacer ninguna reflexión para persuadirse de ello: el extranjero que hubiese pasado casualmente por allí, habría comprendido á primera vista que se trataba de un duelo á muerte. Los revólvers en la mano, la energía de la actitud, el silencio de los espectadores y el concentrado interés con que se miraba á los dos hombres, decían más claramente que las palabras que allí había un peligro, que iba á empeñarse una lucha que acabaría tal vez con la vida de ambos.

Los duelistas tenían fija la vista en la puerta por donde debían entrar, tal vez para ir á la eternidad: esperaban sólo el toque de la campana para precipitarse en el salón y empeñar un combate que debía terminar con la existencia de uno y acaso de los dos adversarios.

¿Esperaban esa fórmula fatal de: una, dos, fuego?

No. Otra era la señal convenida que se dió.

Y un momento después oyóse una voz estentórea que pronunció en sencillo monosílabo:

—¡Tocad!

Cerca del poste, en cuya extremidad pendía la campana, veíanse tres ó cuatro sombrías figuras que, inmóviles al principio, pusiéronse en movimiento al oír la orden; y al mismo tiempo que oscilaban sus brazos, lo cual se distinguía confusamente en la oscuridad, oyóse el sonoro tañido de la campana; pero aquella campana, que en las demás ocasiones servía sólo para anunciar la hora en que el hombre debe hacer lo necesario para perpetuar la vida, parecía entonces tocar á muerto.

El toque fué breve: aún no habían resonado veinte vibraciones, cuando los hombres que tiraban de la cuerda pudieron comprender que ya eran inútiles sus servicios. La desaparición de los duelistas, que acababan de precipitarse en la sala, el rechinar de los gatillos de los revólvers y el ruido de los cristales rotos, eran indicios más que suficientes para que los hombres comprendieran que debían alejarse cuanto antes, y al punto fueron á reunirse con los demás espectadores.

Únicamente los ojos de los combatientes debían contemplar tan extraño duelo.

A la primera campanada, los dos antagonistas penetraron en el salón: ninguno de ellos trató de desviarse á un lado al entrar, porque esto se hubiera creído indigno: cien miradas

estaban fijas en ellos, y los espectadores sabían que la condición era no hacer fuego antes de traspasar el umbral.

Una vez dentro, comenzó el conflicto. A los primeros disparos, llenóse la habitación de humo; pero los dos contendientes, aunque heridos, se mantenían en pie: su sangre había manchado ya la arena del pavimento.

Los segundos tiros resonaron simultáneamente; pero, sin duda, se había apuntado á bulto, porque el humo impedía ver.

Después, oyóse solo un tiro, seguido al punto de otro, y sucedió un intervalo de silencio.

Antes de esto pudo reconocerse también el rumor que producían los combatientes al moverse con rapidez en la habitación; pero después no se percibió ya más este ruido.

El silencio era profundo. ¿Había sucumbido uno de ellos? ¿Estaban ambos muertos? No. Una doble detonación anunció que aún vivían. Habíanse detenido sólo para tratar de descubrirse á través del humo, aunque ninguno habló ni se movió por temor de revelar su posición.

De nuevo hubo otro intervalo de silencio semejante al primero, aunque más prolongado, y terminó por otros dos tiros, seguidos del rumor que producen dos cuerpos al caer en tierra.

Después oyóse el ruido de fuertes pisadas, la caída de sillas, y, por fin, un solo tiro que fué el undécimo y el último.

Los espectadores que se hallaban fuera no vieron sino una nube de humo sulfuroso saliendo por ambas puertas, y lo cual hacía palidecer la luz de las lámparas. Después distinguióse un resplandor más brillante y un ruido sordo, y ya no se percibió más.

Pero si no se vió, los diversos sonidos debieron ser una compensación para los curiosos: después de tocar la campana, oyéronse los tiros, el estrépito de cristales rotos, el ruido de muebles que caen, las pisadas de un punto á otro, y, á intervalos, el rechinar de los gatillos. Lo que no se oyó ni una sola vez fué las voces de los dos antagonistas, cuyas insensatas pasiones eran la causa de semejante trastorno.

La multitud que estaba fuera oyó los confusos rumores, notando los intervalos de silencio, sin poder hacer una interpretación exacta: sólo podían reconocer el progreso de la lucha por los disparos; habíanse contado once, y con profundo silencio esperaban el duodécimo.

Pero, en vez de un tiro, oyeron con gusto una voz, reconociendo en ella la de Armando el cazador, que decía:

—¡El cañón de mi revólver toca vuestra cabeza: aún me queda un tiro! ¡Dadme una satisfacción ó sois muerto!

La multitud estaba convencida ya de que el duelo tocaba á su fin, y algunos de los más valerosos, acercándose para mirar al interior, presenciaron una extraña escena: vieron dos hombres tendidos en el suelo, con la ropa cubierta de sangre; la blanca arena estaba enrojecida también, y reconocíanse las huellas de

vacilantes pasos. Uno de los dos actores de aquella escena tenía una faja encarnada y calzón de terciopelo: estaba casi sobre el otro, y, *empuñando el revólver, tocaba con el cañón la cabeza de su adversario, amenazándole con la muerte.*

Tal era el cuadro que se ofrecía á los ojos de los espectadores, á medida que el humo sulfuroso se escapaba por las puertas, permitiendo distinguir los objetos en el interior del salón.

En el mismo instante oyóse una voz, distinta

para que se olvide el hecho, conservándose únicamente en la memoria del combatiente que sobrevivió, si no perecieron los dos, ó en *la de algún espectador que recibió un balazo ó una cuchillada por no haberse puesto á tiempo fuera de alcance.*

Nunca he oído que en semejantes casos se impusiera una corrección ó se reclamasen daños y perjuicios, porque esto se clasifica en el *capítulo de accidentes.*

Aunque Casio Collins y Armando Lancaster



—¡Aún me queda un tiro! ¡Dadme una satisfacción ó sois muerto!—decía Armando á Collins

de la que antes habló: era la de Collins; mas no ya con tono fanfarrón, sino con acento débil y lastimero.

—¡Basta!—decía.—¡Maldito seáis! Dejad vuestro revólver. ¡Me retracto!

CAPITULO XXII

OBSEQUIOS FEMENILES

En Tejas, un duelo entre dos hombres es suceso que no llama la atención más de ocho ó nueve días. Por lo regular, se deja de hablar de ello al tercero, y al cabo de una semana no recuerdan el incidente sino los que tomaron parte en él y sus parientes ó amigos.

Esto sucede aunque los adversarios sean bien conocidos y de alguna posición en la sociedad; pues si los duelistas son de condición humilde, ó, como ocurre con frecuencia, extranjeros en la localidad, un solo día basta

eran relativamente extranjeros en la colonia, habiéndose visto sólo al segundo las pocas veces que visitó el fuerte, el lance ocurrido entre ellos inspiró más interés que el acostumbrado, y hablóse del hecho por espacio de nueve días. El carácter del ex capitán, que tenía fama de matón, y el de Armando, que se distinguía por sus singulares costumbres, comunicaron al duelo cierto sello de originalidad. Hablóse largamente sobre los méritos y defectos de los dos hombres, algunos días después de haberse batido, y dicho se está que en ninguna parte se discutió tanto acerca del asunto como en el mismo salón donde habían vertido su sangre.

El vencedor ganó crédito y amigos. Pocos se inclinaban en favor de su adversario, y muchos se alegraron del desenlace, pues, á pesar del poco tiempo que estaba Collins en la localidad, más de cuatro tuvieron motivo para resentirse de su insolencia.

Presumíase que el cazador había puesto un

remedio, y la satisfacción por el resultado era universal.

Nadie podía decir cómo el ex capitán soporaba su derrota, pues ya no se le vió contoneándose en el salón del hotel, si bien se comprendía la causa de su ausencia. No era el pesar, sino el lecho, donde le tenían postrado algunas heridas que si no se curaban hábilmente le conducirían á la tumba.

También Armando se veía obligado á guardar cama, pues, aunque no tan gravemente herido como su antagonista, no le era posible salir de su cuarto. Hallábase en una misera alcoba del hotel del alemán Duffer, donde, á pesar de su reciente triunfo, se le trataba algo descuidadamente.

En el instante de su victoria, perdió el conocimiento por la pérdida de sangre, y no hubo más remedio que conducirlo á la pobre habitación que ocupaba, donde, seguramente, pudo pensar en el lujo de que se veía rodeado su enemigo. Afortunadamente, hallábase Felim allí, y, gracias á esto, fué más llevadera su situación.

—¡Por San Patricio!—murmuraba el fiel servidor.—Es una vergüenza meter á un caballero en un chiribitil como éste. ¡Vaya una comida y una bebida! Os digo, Sr. Armando, que un cerdo irlandés no resistiría semejante tratamiento. Y aun no sabéis lo que ha dicho abajo el viejo Duffer.

—No tengo de ello la menor idea, querido Felim, ni tampoco me importa un ardite lo que puedas haberle oído decir; pero si no quieres que él oiga lo que tú dices arriba, baja la voz un poco. No olvides, muchacho, que aquí son los tabiques de cartón, ó cosa parecida.

—¡Malditos sean los tabiques, y así los abra-se el diablo! Si no os importa lo que han dicho, tampoco á mí lo que puedan oír. El alemán no puede tratarnos peor que hasta aquí; y por lo mismo, Sr. Armando, creo será mejor que lo sepáis todo.

—Veamos, pues. ¿Qué ha dicho?

—Pues sabed que les he oído decir á sus criados que, además del alojamiento y del servicio, os haría pagar las botellas, los vasos y demás efectos rotos en la noche del duelo.

—¿Pagar yo?

—Sí, Sr. Armando; y esto sin cargar nada en cuenta al americano. Como ya comprenderéis, es una picardía, y sólo un alemán podía pensar semejante cosa. Si alguno ha de pagar perjuicios, debe ser el que promovió la disputa, y éste no fuisteis vos. ¡Cómo me gustaría sacudirle un poco el polvo á ese animalote, aunque sólo fuera por dos minutos!

—Y ¿qué razón ha dado al decir que yo debo pagar? ¿Le oíste alegar alguna?

—Sí, amo mío: la más vil de todas. Dijo que erais pájaro en mano, y que os tendría aquí hasta que arreglaseis la cuenta.

—Pues buen chasco se llevará; y tal vez sería mejor para él presentarla al pájaro del bosque. Me avendré á pagar la mitad de los perjuicios; pero no más. Y ya puedes decírselo así si te habla sobre el particular. Aun en este

caso, Felim, no sé cómo podré arreglarme, porque deben haberse roto muchas cosas. Recuerdo muy bien el estrépito de la cristalería cuando nos tiroteábamos; y, si no me equivoco, rompióse un gran espejo y un magnífico reloj de sobremesa, ó alguna cosa por el estilo.

—Sí, amo mío: era un gran espejo y unos objetos de cristal que había encima del reloj. El alemán dice que vale doscientos duros; pero creo que aumenta más de la mitad.

—Aunque así sea, la cuestión me parece grave. Temo, amigo Felim, que hayas de hacer un viaje á nuestras casitas del Álamo para traer algunos de los fondos que allí tenemos ocultos. No podré salir de este apuro sin hacer el sacrificio de mis espuelas, mi copa de plata y tal vez mi carabina.

—No digáis eso, amo mío. ¿Cómo viviríamos si vendierais la carabina?

—Como podamos, amigo mío. Deberemos comer carne de caballo, y para eso tengo suficiente con mi lazo.

—¡Pardiez! No sería eso mucho peor que la compañía del viejo Duffer, cuya vista sola me revuelve el estómago.

El diálogo se interrumpe en este punto por haberse abierto la puerta de la habitación, sin que nadie llamase antes.

En el umbral se presenta una criada, cuyo sexo habría sido difícil determinar por los indicios exteriores, y la cual lleva pendiente de su largo y escuálido brazo un cesto de mimbrés.

—¿Qué ocurre, Gertrudis?—pregunta Felim, que por algún informe anterior parece conocer ya el sexo de la persona que acaba de presentarse.

—Un caballero ha traído esto,—dice la sirvienta.

—¿Un caballero? ¿Quién, Gertrudis?

—Lo ignoro, señor. Parecía un extranjero.

—¿Quién podrá ser?—exclama el cazador.—Mira lo que es, Felim.

El criado levanta la cubierta del cesto, poniendo á la vista lo que contiene. El volumen es considerable, pues allí hay varias botellas, que encierran, al parecer, vinos y cordiales. Además, se ven algunos víveres, dulces, conservas y varias cosas delicadas, no sólo en el ramo de confitería, sino también en el de cocina. No se acompaña con el regalo nota alguna ni la menor indicación; pero todo está arreglado con tanto gusto y esmero que se reconoce la mano de una mujer.

Armando revuelve los diversos artículos, examinándolos uno por uno. Felim cree que es para tomar nota de su valor; pero nada más lejos del pensamiento del gaucho, quien sólo buscaba algún escrito.

No se encuentra ninguno, ni siquiera un pedazo de papel, ni una sencilla tarjeta. Aquel generoso regalo, por demás oportuno, indica que el donador es una persona rica. ¿Quién podría ser?

Al hacerse esta pregunta Armando, fijanse sus ideas en una bella imagen, que no puede menos de relacionar con la del desconocido bienhechor. ¿No sería Luisa Coxe?

A pesar de ciertas improbabilidades, inclinábale á creerlo así, y mientras duró esta creencia, su alma experimentó una dulce emoción; pero, continuando en sus reflexiones, parecieronle demasiado contrarias las probabilidades para admitir suposición semejante; faltóle la fe, y sólo conservó una vaga esperanza.

—¡Un caballero lo ha traído!—murmuraba Felim.—Dice que un caballero. Debe ser muy bondadoso. ¿Quién os parece que será, señor Armando?

—No tengo la menor idea. Tal vez venga el donativo de alguno de los oficiales del fuerte, aunque apenas puedo creer que ninguno de ellos piense en mí de este modo.

—Lo mismo opino. Seguramente no es oficial ni caballero tampoco el que puso las cosas en este cesto.

—¿Por qué lo crees así?

—¿Por qué lo creo? Y ¿sois vos quien me lo pregunta? ¿No reconocéis el perfume de unos delicados dedos? Mirad también con qué esmero han cerrado los paquetes. Esto no lo hacen las manos de un hombre, sino las de una mujer, y hasta aseguro que es una verdadera señora.

—¡Qué tontería, Felim! No conozco ninguna dama que pueda interesarse tanto por mí.

—¡Ah! ¡Qué torpe soy! Ahora que me acuerdo, yo conozco una que debía conducirse así, pues sería una ingratitud no proceder de este modo después de lo que hicisteis por ella. ¿No le salvasteis la vida?

—¿De quién hablas?

—No os hagáis el olvidadizo, señor. Ya debéis saber que me refiero á la hermosa joven que fué á la cabaña montada en la yegua manchada que le regalasteis sin tomar en cambio un cuarto. Si no es esa señorita la del regalo, Felim O'Nale es el mayor mostrenco de la tierra. Pero, ¡por la Virgen, amo mío!, ¿qué diría la muchacha de ojos azules si supiera que estabais en tan grave peligro?

—¡Peligro! Ya ha pasado. El médico lo ha dicho así, asegurándome que podré salir dentro de una semana. No te inquietes por esto.

—Verdad es, amo mío; pero no es ése el peligro en que yo pensaba. Harto bien sabéis lo que quiero decir. Tal vez os hayan herido más gravemente que las balas algunos brillantes ojos; y por esto, sin duda, es el regalo.

—Te equivocas, Felim. En mi opinión debe proceder del fuerte; pero, como quiera que sea, no hay razón para no disponer sin ceremonia de su contenido. Así, pues, ¡manos al cesto!

A pesar de la aparente indiferencia con que el herido prueba los productos de la bodega y de la cocina, comiendo y bebiendo, sus pensamientos se fijan en un tema más agradable, y entrégase á una serie de conjeturas sobre la procedencia del magnífico regalo.

¿Sería la joven criolla, la prima de su más mortal enemigo y presunta novia de éste?

La cosa no parecía probable.

Pero, si no, ¿quién podía ser?

El cazador hubiera dado un caballo, y hasta toda una yeguada, por tener la seguridad de

que Luisa Coxe era la que había remitido el regalo.

Han pasado dos días, y aún no se sabe quién es el donador.

El enfermo acaba de recibir otra agradable sorpresa por un segundo presente, muy semejante al primero: es otro cesto que contiene botellas y manjares que parecen acabados de hacer.

La sirvienta bávara es interrogada de nuevo, pero sin mejor resultado. Contesta, como la primera vez, que lo ha traído un caballero, y lo único que puede añadir es que llevaba sombrero de anchas alas é iba montado en una mula.

Armando no parece satisfecho de esta explicación; pero no lo manifiesta á nadie, ni aun al mismo Felim.

Dos días después, cuando ya se habían agotado las provisiones, se recibe el tercer cesto, que ha llevado el mismo individuo montado en una mula; pero esta vez acompaña al regalo una cartita, sujeta con una cinta en el interior de la cubierta del cesto.

—¡Ah! ¡Es de Isidora!—exclama el cazador, al fijar su vista en el sobre.

Y, abriendo la esquila, lee con indiferencia lo que sigue:

«Muy señor mío y de todo mi aprecio: He estado una semana en casa del tío Silyó, donde he sabido vuestro percalce, así como también que no estáis bien cuidado en vuestro alojamiento. Hace días que os remití algunas frioleras, de las que espero habréis hecho uso, porque son un ligero recuerdo del gran favor de que os soy deudora. Escribo en la silla de mi caballo, un momento antes de picarle espuelas, porque marchó al punto á Río Grande.

»Bienhechor mío, salvador de mi vida y de lo que más aprecia una mujer, que es el honor: ¡adiós, adiós!

»Isidora Covarrubias de los Llanos.»

—¡Gracias, gracias, querida Isidora!—murmura el cazador, volviendo á doblar la cartita y echándola con indiferencia sobre el lecho.—¡Siempre agradecida, considerada y bondadosa! Si no fuera por Luisa Coxe, hubiera podido amaros.

CAPITULO XXIII

SENTIMIENTOS OPUESTOS

Casio Collins, presa de la ira en su habitación, no era objeto de tan asidua solicitud como pudiera creerse. A pesar del lujo que le rodeaba, no podía consolarse con la idea de que alguno se apurase por él. Demasiado egoísta en el fondo de su corazón, no tenía fe en las amistades; y mientras se desesperaba en su lecho, no sin algún temor de que fuera el de su muerte, acibaraba sus horas la reflexión de que á ningún ser humano le inquietaba su vida ó su fallecimiento.

Sólo le manifestaban alguna simpatía sus allegados, pues en rigor no podía ser de otro

modo. La conducta observada con sus primos no era la más á propósito para granjearse su aprecio; mientras que su tío, el orgulloso Coxe, sentía hacia él algo parecido á la aversión mezclada de temor.

Verdad es que este sentimiento era de reciente origen y debido á ciertas relaciones que existían entre tío y sobrino, y que, según hemos indicado ya, eran las mismas que existen entre el deudor y el acreedor, siendo este último el ex capitán de voluntarios. Y de tal modo se había acrecentado la deuda, que Casio Collins era real y efectivamente el verdadero dueño de la Casa de la Curva, tanto, que en cualquier momento dado hubiera podido proclamarse como tal.

Conforme mejoraba, el ex capitán se entregaba á funestos pensamientos. Había sido la vanidad de toda su vida figurar como espada-chín y matón afortunado, de los que cobran el barato en la sociedad que los rodea, mas ya no podía reclamar semejante fama en Tejas; y esta idea sola acibaraba su corazón.

Pero no era su ánimo resignarse, como otro hombre lo hubiera hecho: si no podía evitar la desgracia, al menos se vengaría del causante de ella; y tan pronto como desaparecieron los temores acerca de su estado, comenzó á reflexionar sobre aquel asunto.

—Armando el cazador debe morir,—murmuraba,—si no por mi mano, por la de otro, si se puede encontrar en la colonia el hombre.

Esto no era muy difícil, pues lo mismo existen *bravos* en las anchas praderas de Tejas que en el interior de las ciudades italianas. ¡Ah! Por desgracia, no hay un solo punto en la tierra donde el oro no pueda comprar el puñal del asesino.

Collins conocía, ó creía conocer, el hombre á propósito para el caso: era un cazador de caballos, como Armando, y con quien éste había rehusado siempre asociarse.

Casio recuerda haberle visto varias veces en el salón de la hospedería del alemán, y particularmente en la noche del duelo. También le acude á la memoria otra circunstancia, la de que fué uno de los que le condujeron á su casa y por ciertas frases que le oyó decir al hablar del irlandés, dedujo que no era nada amigo del cazador.

Después ha llegado á su conocimiento que aquel hombre era el más mortal enemigo de Armando.

Con estos antecedentes para guiarse, el capitán le envió á llamar, y ambos se encerraron varias veces en la habitación de Collins.

Durante su convalecencia, el ex capitán tuvo varias entrevistas con el supuesto cómplice para tratar sobre sus proyectos de venganza; entrevistas que, sin duda, bastaron para madurar el plan.

Cualquiera que fuese éste y la naturaleza de los infernales designios de Casio, nadie se enteró del asunto sino los que discutían sobre él. Súpose tan sólo que el ex capitán Collins y Miguel Díaz, conocido con el apodo de el *Co-yote*, se habían hecho muy amigos, cosa que

extrañaban las personas de más consideración.

No hay perezosos en las plantaciones de Tejas: al amanecer comienza el trabajo; y la campana que anuncia á los negros la hora de comenzar sus tareas, es también la señal que indica al amo que debe abandonar su cómodo lecho.

Esta era la costumbre en la Casa de la Curva cuando la ocupaban sus primitivos dueños; y observábala también la familia del plantador americano, no porque hubiese un precedente, sino por obedecer á las sugerencias de la naturaleza. En un clima en que la primavera es casi perpetua, no deben desperdiciarse en el sueño los agradables momentos de la mañana; la tarde es para dormir la siesta, porque entonces toda la naturaleza parece inclinarse bajo los ardores del sol.

La joven que se presentó de pronto en la azotea de la casa parecía tan brillante como las aves que triscaban en la espesura, tan bella como la flor que entreabre su corola al reflejarse en ella los primeros rayos del astro rey.

Ni la misma aurora, al levantarse de su sonrosado lecho, podría parecer más fresca que la joven criolla cuando contemplaba el sol en el momento de elevarse sobre un globo de oro.

Su expresión de tristeza contrastaba singularmente con el risueño aspecto del cielo.

Hallábase sola; nadie podía observar su melancólico aspecto ni averiguar la causa.

Pero algunas palabras que murmuraron sus labios involuntariamente, la dieron á conocer.

—Tal vez sea grave su herida; acaso mortal. ¿Quién era objeto de aquella solicitud tan hipotéticamente expresada?

¿El enfermo que estaba casi bajo sus pies en una habitación de la hacienda, su primo Casio Collins?

Apenas se podía admitir esta suposición. El médico había anunciado el día anterior que estaba fuera de peligro y en vías de restablecerse muy pronto.

Cualquiera que hubiese oído su soliloquio, continuado algún tiempo con el mismo tono, se habría convencido de que no se trataba de Collins.

—No debo tomar informes, ni me atrevo siquiera á preguntar por él, pues no me fío de ninguno de los nuestros. ¡Tal vez se halle en algún pobre alojamiento, mal asistido y peor tratado! ¡Si yo pudiera enviarle un aviso y algo más, sin que nadie se enterase! Me extraña no saber nada de Zab.

Como si algún secreto instinto murmurase á su oído que era posible que se presentara el cazador, dirigió la vista hacia la llanura, por la opuesta orilla del río, donde se prolongaba un camino que iba arriba y abajo; era el que se extendía entre el Fuerte Inge y las plantaciones de la parte interior del Leona, y que cruzaba la pradera á cierta distancia de la orilla del río, acercándose sólo á él en un punto donde el canal trazaba una curva. En la dirección del fuerte divisábase un espacio del ca-

mino como de media milla, así como también un sendero que conducía á un vado en dirección á la hacienda. En el lado opuesto, corrientemente abajo, veíase un espacio semejante hasta el chaparral que terminaba la pradera.

La criolla examinó el camino que conducía al Fuerte Inge, pues Zab debía venir por allí; pero no vió ningún ser humano.

No debía quedar contrariada por esto, pues no había motivo para esperarle: si miró, fué sólo obedeciendo á un instinto.

unos ojos cuyo brillo podía competir con los objetos más resplandecientes de la tierra ó del cielo.

Ni los flotantes pliegues del ropaje de la dama, ni su desenvuelta actitud en la silla, impidieron á la observadora deducir que su figura tendría tanto atractivo como su rostro.

A pocos pasos de distancia, seguía á la amazona un hombre montado en una mula, que, á juzgar por esta circunstancia y por su traje, era evidentemente un criado.



Collins envió á llamar al Coyote, y ambos se encerraron en la habitación del capitán

Algo más que éste la impulsó después á volverse para escudriñar la llanura en opuesta dirección.

Si esperaba ver alguna persona por allí, no se engañó: de entre unos árboles, en el punto donde el camino desemboca del chaparral, vió salir un caballo que á primera vista parecía montado por un hombre con traje árabe; pero después, observando más de cerca, la criolla reconoció en el jinete, á pesar de su modo de montar, una persona de su sexo, una señorita. No podía distinguir bien su rostro; mas por un lado del rebocillo que cubría su cabeza reconoció un perfil ovalado, tez morena, aunque con un ligero carmín en las mejillas, y, sobre todo,

—¿Quién puede ser esa mujer?—murmura Luisa, aplicando los gemelos á sus ojos para observar á la amazona.—¡Vaya un modo extraño de montar!... ¿Y si yo montará así? Sin duda que es mucho más fácil; pero si lo vieran en los Estados, dirían que no es nada femenino. ¡Cómo clamarían nuestras puritanas mamás contra esa costumbre! Ya me parece oírlas. ¡Ja, ja, ja!

Aquel acceso de hilaridad fué muy breve; pronto cambió de expresión el rostro de la criolla, tan pronto como la nube oscurece el disco del sol. No le nubló como antes la melancolía; pero, sin duda, vió algo que hizo palidecer sus mejillas.

La causa no podía explicarse sino por los movimientos de la amazona al otro lado del río. En aquel instante acababa de saltar un antílope de entre una espesura que había á orillas del camino, espantándose, sin duda, al ver aproximarse al caballo. Este último, magnífico animal, emprendió al punto el galope, espoleado, sin duda, por la amazona, en persecución del fugitivo, mientras la dama, echando hacia atrás su rebozo, comenzó á trazar con su brazo derecho una serie de círculos en el aire.

—¿Qué intenta esa mujer? — se pregunta Luisa. — ¡Ah! ¡Por vida mía, que lleva en la mano un lazo!

No tardó mucho la amazona en dar pruebas de destreza en el uso de aquel arma nacional, pues, rodeando con la cuerda el cuello del antílope, atrajo al animal hacia sí.

Mientras tanto, llegó el criado al sitio en que el antílope forcejeaba por desasirse; apeóse de su mula, y, acercándose á la víctima, descargó, al parecer, el golpe de gracia. Un momento después volvió á montar y siguió á su ama, quien, después de recoger su lazo y arreglar un poco el vestido, avanzaba tan tranquilamente cual si nada hubiera pasado.

En el instante en que el lazo trazaba círculos en el aire, fué cuando palidieron las mejillas de la criolla; y no fué sorpresa lo que experimentó, sino una emoción de distinta especie: un pensamiento muy desagradable acababa de pasar por su imaginación.

Este pensamiento persistió mientras la criolla pudo ver en el camino á la amazona y su criado, y aun algún tiempo después de haberse perdido de vista en una espesura de acacias.

—¡Oh! ¡Si será ella! Dijo que era de mi edad y no tan alta, detalle que conviene con lo que desde allí me parece ver. Añadió que vive en Río Grande y que viene algunas veces al Leona para visitar á sus parientes. ¿Quiénes serán? ¿Por qué no le pregunté yo su nombre? ¡Oh! ¡Será ella!

CAPÍTULO XXIV

TRISTES SUPOSICIONES

Por espacio de algunos minutos, después de haberse perdido de vista la dama del lazo y su acompañante, Luisa prosiguió el curso de sus reflexiones, aún sorprendida por el singular episodio que acababa de presenciar. Su actitud y expresión indicaban que sus pensamientos no eran más agradables que antes.

Lejos de ello, la presencia de la hábil amazona habíale inspirado una secreta inquietud, y más de una vez pensó en salir también ella al camino. El incidente que acababa de presenciar cambió de pronto sus conjeturas en desagradables sospechas.

Sin embargo, alegróse algún tanto cuando apareció un jinete saliendo del chaparral por el mismo punto donde los otros habían pasado, y alegróse mucho más aún cuando le vió dirigirse hacia el pasadizo que conducía á la

hacienda, y reconoció con el anteojo al viejo Zab.

El rostro de la criolla se animó extraordinariamente. Había algo de excesivamente bueno en la oportuna aparición del honrado cazador de los bosques.

—¡Hé ahí el hombre que yo deseaba ver! — exclama alegremente. — Podrá llevar un recado, y quizá decirme quién es *ella*. Debe haberla encontrado en el camino, lo cual me facilita el medio de entablar conversación acerca de este asunto sin que Zab sospeche mi objeto. Aun con él, después de lo que ha ocurrido, debo ser circunspecta. ¡Ah! No habría necesidad de ello si estuviera segura de que él se interesa por mí. ¡Qué enojosa es su indiferencia! ¡Y hacia mí, Luisa Coxe! ¡Pues que vaya muy lejos por ese camino, y trataré de escapar de su influencia, aunque mi pobre corazón haya de perecer en la demanda!

Inútil parece decir que el individuo cuyo afecto deseaba la joven no era Zab.

Sus siguientes palabras se dirigieron, sin embargo, al cazador, que en aquel momento se detenía frente á la hacienda.

—¡Querido Sr. Zab! — grita una voz que éste oye con mucho gusto. — Me alegro infinito de veros: desmontad y subid. Ya sé que sois un trepador famoso, y que para vos no es nada franquear algunos escalones. Desde esta azotea se disfruta un golpe de vista que os compensará por vuestra molestia.

—Hay alguna cosa en esa azotea, — replica el cazador, — cuya vista me recompensaría por trepar hasta la punta del palo mayor de un buque, y esa cosa sois vos, señorita Luisa. Subiré tan pronto como haya arreglado mi vieja yegua, lo cual es cosa de un minuto... ¡Vamos, vejestorio! — añade Zab, dirigiendo la palabra al cuadrúpedo después de haber desmontado. Levanta la cabeza y ve á buscar á Plutón para que te dé algo de almorzar.

—¡Oh masa Tap! — exclama el cochero, presentándose en el patio. — Nego almorzar también, y ahora mismo dar á la yegua su ración y cuidar de ella. ¿Masa Tap subir á ver á la señorita?

—Eres el negro más camastrón que he conocido, — dice el cazador; — y la primera vez que vuelva por aquí quiero traerte un opósum, cuya carne sea tan tierna como la de una gallina vieja.

Después de dar esta broma, Zab comienza á subir las escaleras, franqueando de cada zancada dos ó tres escalones.

Pronto estuvo arriba, donde le recibió alegremente la criolla.

Su agitación y el afán con que condujo al cazador á la extremidad de la azotea, dieron á conocer al astuto Zab que se le había llamado para algo más que para disfrutar de un buen golpe de vista.

—Decidme, Sr. Zab, — exclama la criolla cogiendo delicadamente el brazo al cazador y mirándole con fijeza; — vos debéis saberlo todo. ¿Cómo está? ¿Son muy peligrosas sus heridas?

—Si os referís al Sr. Collins...

—¡No, no, no! De él no tengo que saber nada: no hablo del Sr. Collins.

—Pues bien, señorita Luisa: sólo hay otro en estos parajes que tenga heridas, al menos que yo sepa; y es Armando, el cazador de caballos. ¿Será ése, por ventura, el individuo á quien os referís?

—¡Ese es, ése es! Ya comprenderéis que no puedo mostrarme indiferente por su persona, aunque haya tenido la desgracia de haberse batido con mi primo, pues no ignoráis que me

un mal alojamiento, y allí no se le prodigarán, seguramente, las atenciones que exige un enfermo. Esperadme aquí un momento, Sr. Zab, pues quisiera enviarle alguna cosa, y sé muy bien que puedo confiar en vos para entregársela. ¿No es así? Estoy segura de ello. Dentro de dos minutos soy con vos.

Y, sin esperar respuesta, la criolla baja ligeramente la escalera, y vuelve un instante después.

—Ahora, mi querido cazador,—dice á Zab,—



—¿Qué intenta esa mujer?—se pregunta Luisa, al ver que la amazona perseguía al antilope

ha salvado dos veces de un inminente peligro. Decidme: ¿está en peligro?

Al observar la ansiedad de la criolla, Zab no se permitió ya ninguna chanza, y contestó al punto:

—No hay para él una pizca de peligro; tiene por encima del tobillo una herida que no es más grave que un rasguño, y en el brazo izquierdo ha recibido otro balazo, que tampoco significa nada, pues sólo le ha servido de sangría. Sigue muy bien, y espera estar en pie dentro de un par de días. Dice que una hora á caballo y un buen paseo por la pradera le aliviarán más que todos los doctores de Tejas. Yo también lo creo así; pero el médico ó cirujano, que es el sargento del fuerte, no lo ha permitido.

—¿Dónde está?

—En la hospedería, allí donde se tirotearon.

—Tal vez no esté bien cuidado. Creo que es

tendréis la bondad de llevar esto á vuestro amigo Lancaster: todo se reduce á unos cordiales que ha reunido Florinda, un poco de gelatina y algunas otras cositas propias para los enfermos, que, seguramente, no le podrían dar en su alojamiento. No le digáis cuál es la procedencia, *ni á él ni á ninguna otra persona*. Confío en que no lo haréis, mi querido gigante.

—Bien podéis fiaros de Zab, señorita Luisa: nadie sabrá quién le envía esas finezas, aunque en cuanto á los confites y las golosinas nada tiene que desear el cazador de caballos, pues le han enviado lo suficiente para atracar á todos los muchachos de una escuela.

—¡Ah! ¿Le han enviado ya? ¿Quién?

—Eso sí que no podría decíroslo, señorita Luisa, pues ni el mismo Armando lo sabe. Parece que le enviaban los regalos en cestos por conducto de un criado mejicano, á juzgar por su traje. Yo mismo he visto á ese hombre, y,

sin ir más lejos, ahora acabo de encontrarle, cabalgando detrás de una mujer que monta al estilo del país. Supongo que su acompañante es el criado, pues iba muy atrás, cargado con un cesto semejante á los que Armando recibió. Tal vez llevaría nuevas provisiones al enfermo.

No era necesario preguntar más á Zab. Las palabras que acababa de pronunciar eran suficientes para formar toda una historia. La cosa era bien clara: Luisa Coxe tenía una rival, si no algo más. La señorita del lazo debía ser su *novia* ó su *querida*.

No fué una casualidad, aunque así lo pareciese á Zab, que el cesto apoyado hasta entonces en la balaustrada del terrado, y que la criolla sujetaba con la mano, resbalase de pronto y cayera con estrépito en tierra: todas las botellas se rompieron, y su contenido fué á mezclarse con el agua del arroyo que allí corría.

El movimiento del brazo que produjo este efecto, espasmódico é involuntario, al parecer, fué, no obstante, intencional, y, al inclinarse Luisa Coxe sobre el parapeto para contemplar el destrozo, parecióle que también su corazón se despedazaba como el cristal.

—¡Qué desgracia! — exclama, tratando de ocultar su pena. — Todo se ha roto. ¿Qué dirá Florinda? Al fin y al cabo, si el Sr. Armando se halla tan bien cuidado como decís, no necesitaría nada de eso. Me alegro de saber que no han olvidado al hombre que me prestó un señalado servicio. Pero, Sr. Zab, no es necesario que digáis nada sobre el particular, ni tampoco que yo he preguntado por el herido, pues ya sabéis que su antagonista es pariente nuestro, y que esto podría ocasionar escándalo. ¿Me prometéis hacerlo así, amigo Zab?

—¡Lo juro, señorita Luisa! Podéis confiar en el viejo Zab.

—Ya lo sé. ¡Vamos! El sol comienza á calentar demasiado, y será mejor que bajemos á ver si se encuentra un vasito de ese aguardiente que tanto os gusta. ¡Venid!

Así diciendo, la joven criolla cruza la azotea con aparente satisfacción, y, tarareando un vals, baja de nuevo la escalera.

Alegre por la invitación, el viejo cazador sigue de cerca á la joven, y, aunque siempre ha manifestado una indiferencia estoica hacia los encantos femeninos y piensa, sobre todo, en el prometido Monongahela, no puede menos de admirar los blancos y perfilados hombros de la criolla. Pero no pudo disfrutar largo tiempo del espectáculo, pues, al llegar al pie de la escalera, Luisa Coxe se despidió de él algo bruscamente.

Después de las revelaciones que había hecho el cazador tan ingenuamente, su conversación no parecía ya agradable; y la que tantos deseos tenía antes de saber, no anhelaba á la sazón otra cosa sino ocultar su pena en la soledad de su habitación.

Por la primera vez en su vida, Luisa Coxe sintió el aguijón de los celos: aquél era su primer y verdadero amor, porque estaba realmente enamorada de Armando Lancaster.

¿Podía nacer de una simple amistad una sociedad como la que manifestaba la joven del lazo? Evidentemente debía existir entre los dos algún otro lazo más íntimo, ó, por lo menos, así lo suponía la criolla.

Por lo que Armando había dicho, y por lo que ella misma pudo ver, la dama del lazo era precisamente la mujer que podía conquistar el cariño de un hombre como el cazador, y sus encantos debían causarle natural admiración. ¿Sería suficientemente bella para asegurar el amor de un hombre tan dueño de sus pasiones como lo era, al parecer, el cazador de caballos?

La criolla no podía estar tranquila hasta que satisficiera su curiosidad sobre este punto. Así es que, tan pronto como Zab se hubo marchado de la casa, mandó que ensillasen la yegua manchada, y, montando presurosa, cruzaba poco después el vado, siguiendo el camino de la orilla opuesta.

Como llevaba la misma dirección de la amazona, la encontró cuando volvía del fuerte, y entonces pudo ver que era una señorita de su misma edad, poco más ó menos.

En el sitio en que la encontró, prolongábase el camino entre unos árboles de espeso follaje, y, de consiguiente, no era necesario adoptar precauciones para preservarse de los rayos del sol. La amazona llevaba el rebozo echado hacia atrás, dejando en descubierto la cabeza, que ostentaba una abundante cabellera, negra como el plumaje del cuervo, que formaba como un precioso marco para un rostro moreno, aunque de notable hermosura.

La buena educación sólo permitía dirigir una mirada al paso, mirada á que correspondió cortésmente la extranjera; mas como las dos avanzaban vueltas de espaldas en opuestas direcciones, su curiosidad les impulsó á dar media vuelta en la silla para mirarse por segunda vez.

Sus reflexiones debían ser análogas, pues si Luisa Coxe sabía algo de la joven á quien encontraba, la dama del lazo no ignoraba tampoco su existencia de aquélla.

No trataremos de dar á conocer los pensamientos que suscitó aquel encuentro en la hija de Méjico: baste decir que los de la criolla eran mucho más sombríos que cuando salió de la Casa de la Curva, y que, al volver, su actitud indicaba el mayor enojo mezclado de tristeza.

—¡Hermosa! — murmuró después de haberse cruzado en el camino con su pretendida rival. — Sí, demasiado hermosa para ser sólo su amiga.

Luisa hablaba para sus adentros, pues, de otro modo, no hubiera dado á conocer su admiración.

—No puedo abrigar la menor duda acerca de sus relaciones, — continúa la criolla. — ¡El la ama; sí, la ama! Así se explica su fría indiferencia hacia mí. Verdaderamente ha sido una locura aventurar la felicidad de mi corazón en tan disparatado compromiso. Y ¿cómo librarme ahora? ¿Cómo desterrar á ese hombre de mi pensamiento? ¡Ah! Esto es muy fácil de

decir; pero ¿y hacerlo? ¿Me será posible? No le volveré á ver más. Esto, por lo menos, no será difícil. Después de lo ocurrido, no volveré á casa: sólo podemos encontrarnos por casualidad, y yo procuraré evitarla. ¡Oh Armando Lancaster, domador de caballos salvajes! ¡Has sometido un corazón que tal vez sufra mucho tiempo y que acaso no vuelva á disfrutar de tranquilidad!

hubiera bastado para contenerla. En cuanto al consentimiento paterno, la criolla tenía ya suficiente edad, y, así como las más de sus compatriotas, creía bastarse á sí misma. Y en cuanto al rango, ¿quién es aquel que, amando real y verdaderamente, se cuidó nunca de la clase ó de la casta? El amor no es tan mezquino, y en el de Luisa Coxe no cabían tan pobres miras.



Al pasar por entre unos árboles de espeso follaje, Luisa encontró á la amazona...

CAPITULO XXV

MÁS SUPOSICIONES

Desterrar del pensamiento á la persona que se amó apasionadamente es punto menos que imposible. El tiempo puede contribuir mucho á mitigar el dolor de una pasión no correspondida, y la ausencia más aún; pero ni el uno ni la otra desvanecerán del todo el dulce recuerdo del perdido amor, ni llenarán tampoco ese vacío que quedó en el corazón.

Luisa Coxe se había dejado dominar por una pasión de que no era fácil sustraerse. Aunque de breve existencia, habíase aumentado rápidamente, arrollando todos los obstáculos que encontraba. De ser correspondida, nada

Luisa Coxe no podía aborrecer ni despreciar á Armando: cuando más, trataría de mirarle con indiferencia.

Esto se propuso, pero el esfuerzo fué impotente, y fracasó: la criolla no pudo abstenerse de subir á la azotea y examinar el camino donde vió por primera vez la causa de sus celos: subía diariamente y casi á todas horas.

Mas aún: á pesar de su resolución de evitar un encuentro casual con el hombre que era la causa de su desgracia, iba con frecuencia á recorrer á caballo los alrededores, cruzando las calles del pueblo, sin otro objeto que encontrar al cazador.

Durante los tres días que siguieron á su desagradable descubrimiento, vió una vez más desde la azotea á la señorita del lazo cruzar

por el camino, acompañada, como antes, del servidor, cargado con su cesto, con aquella caja de Pandora que de tal modo había perturbado su espíritu suscitando sus celos.

Ya sabía algo más, aunque no mucho: sólo conocía el nombre y condición social de su rival: llamábase D.^a Isidora Covarrubias de los Llano; sera hija de un rico hacendado que vivía en Río Grande, y sobrina de otro residente en el Leona, á una milla más allá de los límites de la nueva propiedad de su padre. En concepto de algunos, era una joven excéntrica, que sabía arrojar el lazo y domar un caballo salvaje, ó cualquier otro, menos sus propios caprichos.

Semejantes pormenores no eran los más á propósito para desvanecer las sospechas de la criolla; y, muy lejos de ello, tendían á confirmarla. Aquellas costumbres eran también las suyas, y por instinto las admiraba, suponiendo que á los demás les sucedería lo mismo, y que el cazador no sería una excepción.

Transcurrió un intervalo de varios días, durante los cuales no se volvió á ver la señorita del lazo.

—Se ha recobrado, sin duda, de sus heridas, —reflexiona la criolla, —y ya no necesitará que se le dispensen tantas atenciones.

En el momento de hacer esta reflexión, la criolla está en la azotea con sus gemelos en mano, como ya la hemos visto antes.

Es muy temprano, y hace poco que ha salido el sol; es la hora en que Luisa había descubierto á la dama del lazo, y la criolla miraba en la misma dirección en que apareció la primera vez.

Pero, al volver sus ojos por el lado opuesto, divisa una cosa que excita en ella mayor sorpresa: ve á Armando, que avanza por el camino montando su bayo rojo.

Aunque no parecè sostenerse en la silla con la misma desenvoltura, y á pesar de que va muy despacio, se le reconoce desde luego: el cristal de aumento basta para identificarle, permitiendo distinguir también que lleva el brazo izquierdo en cabestrillo.

Al reconocer á Armando, la joven se oculta tras el parapeto, reprimiendo á duras penas un grito. ¿Por qué experimenta angustia? ¿Es porque ve con ayuda de los gemelos el brazo vendado de Armando y la palidez de sus facciones?

No, no es una cosa ni otra, porque esto no debe causarle sorpresa, sin contar que el tono de la exclamación no indica piedad ni asombro: revela más bien una tristeza que puede tener su origen en una pena del alma.

El enfermo está convaleciente, y no necesita que le visite su protectora; pero, en cambio, se dirige él á visitarla.

Oculta siempre por el parapeto entre el follaje de las yucas, Luisa Coxe observa al jinete que pasa, y, gracias á los gemelos, sigue todos sus movimientos, y casi hasta sus gestos.

No deja de experimentar algún consuelo cuando nota que el cazador se vuelve varias veces para dirigir una mirada á la Casa de la

Curva, y su satisfacción es mayor cuando, al llegar el caballo á una espesura que hay á orillas del camino, frente al edificio, ve que su jinete le detiene, detrás de unos árboles, y durante un largo rato contempla aquella morada.

Entonces casi concibe la esperanza de que Armando piensa en ella.

Pero, ¡ay!, aquél fué un rayo de alegría tan fugaz como el rayo de sol que se oscurece bajo la densa nube de un eclipse.

Armando Lancaster ha continuado su marcha. Poco después penetra en el chaparral, y muy pronto se pierde de vista.

¿A dónde va? ¿A dónde sino á visitar á doña Isidora Covarrubias de los Llanos?

Cierto que volvió á pasar antes de una hora; pero ¿qué importa esto? Podían haberse encontrado en el bosque, aun cerca de la celosa observadora, á quien la espesura impedía, sin embargo, distinguir nada, y una hora parecía lo suficiente para una entrevista entre amantes que podían verse todos los días.

Poco importaba también que el cazador volviera á mirar á la Casa de la Curva cuando pasó de nuevo, y que, deteniéndose debajo de los mismos árboles, pasara algún tiempo examinando aquella mansión.

¿Sería aquello una burla ó un alarde del triunfo? Podía preciarse de la victoria; pero ¿por qué había de ser cruel, cuando quizás estaban aún húmedos sus labios por los besos recibidos de D.^a Isidora Covarrubias?

CAPITULO XXVI

DECLARACIÓN

Luisa Coxe, otra vez instalada en la azotea, experimenta un nuevo disgusto: parece que desde la parte más alta de aquella casa no puede presenciar sino espectáculos que la contristan. Habíase prometido mentalmente no volver á subir, al menos en algún tiempo; pero algo más fuerte que su enérgica voluntad la induce á faltar á su promesa.

Apenas brilla el sol del día siguiente, la criolla sube presurosa á la azotea.

Así como la víspera, apóyase en el parapeto para observar el camino en la opuesta orilla del río, y del mismo modo vuelve á ver al jinete con su brazo en cabestrillo: la criolla se oculta, como lo había hecho el día antes, detrás del antepecho.

El jinete iba hacia abajo como la vez anterior, y de igual manera examinó la Casa de la Curva, deteniéndose también debajo de los árboles que había enfrente.

El corazón de la joven fluctúa entre la esperanza y el temor. Llega un momento en que se siente inclinada á dejarse ver; pero no tiene valor para ello. Un instante después desaparece el jinete.

¿A dónde va?

Esta es la misma pregunta que se hizo el día antes la criolla, é igual es la contestación que se da.

¿A dónde ha de ir sino á ver á D.^a Isidora Covarrubias de los Llanos?

¿Podría dudarse de ello?

Pronto debe saberse si es así ó no.

Veinte minutos después, avanza por el mismo camino, en igual dirección, una mujer á caballo.

El celoso corazón de la criolla no ha podido resistir más. Ningún tormento puede ser mayor que el que sufre por sus sospechas, y ha

según le han dicho, la morada de D. Silvio Martínez, tío de D.^a Isidora.

Hay otras casas más lejos; pero sólo en ésta y en el camino que á ella conduce se fijan las miradas de la criolla con recelosa inquietud.

Durante algún tiempo continúa examinando, sin que nada llame su atención. Ni en la casa, ni en el sendero que á ésta lleva, aparece ningún ser viviente. Algunos caballos vagan por los pastos, pero todos ellos sin jinete.



Luisa Coxe observa al jinete que pasa, y, gracias á los gemelos, sigue todos sus movimientos. .

resuelto asegurarse por sí misma, aunque el conocimiento de la realidad mate la última de sus esperanzas.

Penetrando en el chaparral, por donde el cazador se introdujo veinte minutos antes, avanza bajo la sombra de las acacias con todo el silencio posible, siguiendo siempre el lado del camino, para que los cascos de su caballo no choquen con las piedras. El largo follaje de los árboles toca á las plumas de su sombrero. La criolla se inclina sobre su silla para no ser vista, mirando á la vez con fijeza hacia adelante.

Así llega á la cima de un montecillo, desde donde se domina un gran espacio. Entonces ve una casa rodeada de altos árboles. Aquella es,

¿Habrá salido Isidora al encuentro de Armando, ó se hallaría ya éste dentro de la casa?

Tal vez estarían en aquel momento en el bosque, ó conversando en el gabinete de la joven. ¿Lo sabía D. Silvio, y consentía tales entrevistas?

En el momento en que estas preguntas inquietan más á la criolla, oye detrás de sí el relincho de un caballo, seguido del rumor que producen las herraduras al tropezar en las piedras.

La criolla vuelve la cabeza y ve al cazador, cuyo caballo comienza á franquear el montecillo, dirigiéndose en línea recta hacia ella. La joven hubiera podido verle antes si no hubiese

estado observando tan atentamente en opuesta dirección.

Armando iba solo, tal como pasó por delante de la Casa de la Curva. Nada indicaba que hubiese estado en compañía de su *amada*.

Era ya demasiado tarde para que Luisa se ocultase. La yegua manchada había contestado al saludo de su antiguo amigo, y la amazona hubo de permanecer en el mismo sitio donde estaba hasta que llegó el cazador.

—Buenos días, señorita Coxe,—dice (la etiqueta de las praderas quiere que no sea la señora la primera en hablar).—¿Estáis sola?

—¿Por qué no?

—Solitario es el paseo entre los chaparrales; pero, ¡ah! Ahora recuerdo me dijisteis que esto os agrada mucho.

—Parece que también á vos, aunque presumo que no paseáis tan solitario como yo.

—Os aseguro que también me agrada esta soledad. Tengo la desgracia de vivir en una taberna, ú hospedería, según quiere llamarla mi patrón, y me molesta tanto el ruido, que un paseo por este tranquilo camino es para mí un verdadero lujo. La fresca sombra de las acacias, la brisa que agita el follaje, todo, en fin, contribuye á reanimar la más delicada naturaleza. ¿No os parece así, señorita?

—Debéis saberlo mejor que yo, puesto que lo habéis probado tantas veces,—contesta la criolla, algo confusa, después de vacilar un instante.

—¡Tantas veces! Sólo he pasado dos por este camino desde que puedo montar; pero, señorita, ¿me será permitido preguntaros cómo sabéis que he pasado por aquí alguna vez?

—¡Oh!—replica Luisa, ruborizándose y palideciendo sucesivamente.—¿Cómo había de ser de otro modo? Tengo la costumbre de pasar muchos ratos en la azotea, porque el golpe de vista que desde allí se disfruta, la brisa y los trinos de las aves son cosas que me deleitan, particularmente á primera hora de la mañana. Desde nuestro terrado se domina todo el camino, y, hallándome allí, no podía menos de veros cuando pasarais; es decir, *mientras no estuviéseis á la sombra de las acacias*.

—¿Me habéis visto, pues?—contesta Armando algo confuso, no por la indirecta que encierran las palabras de la joven, y la cual no puede comprender, sino porque recuerda la frecuencia con que ha mirado la Casa de la Curva.

—No podía por menos,—replica al punto la criolla,—pues apenas media una distancia de seiscientas varas. Hasta he podido distinguir una señorita montada en un caballo mucho más pequeño que el vuestro. Y por cierto que, al observar la destreza con que manejó el lazo para sujetar un joven antílope, parecióme que no podía ser otra sino aquella cuyas cualidades tuvisteis la bondad de darme á conocer una vez.

—¿Isidora?

—¡Isidora!

—¡Ah! Es cierto. Ha estado aquí pocos días.

—Y, según tengo entendido, ha sido muy amable para el Sr. Armando Lancaster.

—Es verdad: se ha mostrado muy obsequioso; pero no he tenido ocasión de darle las gracias, pues no ha querido pisar el umbral del establecimiento del alemán Duffer.

—¿De veras? Supongo que prefiere encontrarnos á la sombra de las acacias.

—Yo no la he visto en ninguna parte, por lo menos hace algunos meses, y acaso pasen muchos sin verla, pues ahora ha vuelto á su casa de Río Grande.

—¿Decís la verdad, caballero? ¿No la habéis visto desde... desde que se ausentó de casa de su tío?

—No,—contesta Armando, manifestando la mayor sorpresa.—La verdad es que no la he visto; y si supe que se hallaba aquí, fué sólo por haberme mandado algunos regalitos cuando yo estaba en cama. Y por cierto que llegaron muy oportunamente, porque la cocina del establecimiento no es nada agradable, ni yo inspiro gran simpatía al alemán Duffer. Doña Isidora se ha mostrado demasiado agradecida por el ligero servicio que le presté una vez.

—¡Un servicio! ¿Podría saberse cuál, caballero Armando?

—¡Oh! Sin duda. Fué sólo una casualidad. Llegué en momento oportuno para librarla de algunos groseros indios, el *Gato Salvaje* y sus semíolas, en cuyo poder había caído al emprender un viaje desde Río Grande á la hacienda de su tío, en el Leona, es decir, á esa misma casa que podéis ver desde aquí, que es la de D. Silvio Martínez. Los indios estaban borrachos, y amenazaban, no precisamente la vida de la joven, aunque estaba en peligro, sino... En fin, la pobre muchacha estaba muy apurada, y tal vez hubiera tenido algunas dificultades en poder escapar si yo no hubiese llegado á tiempo.

—Y ¿á eso llamáis un ligero servicio, caballero Armando? A fe mía que sois muy modesto en vuestras apreciaciones. Si un hombre hiciera eso por mí...

—¿Qué haríais por él?—pregunta el cazador, recalando en la última palabra.

—*Le amaría*,—responde al punto la criolla.

Al oír esto, Armando espolea su caballo para acercarse más á la yegua manchada, y, acercando su boca al oído de la joven, murmura con apasionado acento:

—Pues yo daría la mitad de mi existencia por veros en poder del *Gato Salvaje* y de sus compañeros, y la otra mitad por salvaros del peligro.

—¿Habláis de veras, caballero Armando? No juguéis conmigo, porque no soy una niña. ¿Decís la verdad?

—Sí: pongo por testigo al cielo.

El más cariñoso beso que jamás podía esperar Armando Lancaster fué el que recibió de Luisa Coxe cuando ésta, de pie en el estribo, y apoyada la mano en el hombro del cazador, murmuró á su oído con el acento de la más ardiente pasión:

—¡Soy vuestra para siempre! ¡Os amo! ¡Os amo!

CAPITULO XXVII

CONTRARIEDAD

Así durante la dominación mejicana, como con la americana, los indios fueron siempre el tema de las conversaciones á la hora de almorzar, de comer y de cenar; y lo mismo en la casa del colono que en el campamento del cazador, la palabra *indio* era la única que hacía

la cacería de caballos, habría bastado para desvanecerlas.

Esta nota fué entregada al plantador, á primera hora de la mañana, por un soldado, en el momento de sentarse á la mesa para almorzar, juntamente con los tres individuos que componían su familia, sus hijos, Luisa y Enrique y su sobrino Casio Collins.

—¡Grandes noticias!—exclama, después de leer apresuradamente la nota.—Y, por cierto,



Apoyada la mano en el hombro del cazador, Luisa Coxe murmuró á su oído: —¡Os amo! ¡Os amo!

temblar al niño de Tejas y turbaba el sueño de sus padres.

A pesar de las fuertes paredes que rodeaban la Casa de la Curva, más parecidas á las de una fortaleza que á las de la morada de un caballero, sus habitantes no dejaban de participar de la inquietud de los demás sobre este punto, universal á lo largo de la frontera. Sin embargo, poco sabían de los indios, y esto sólo por referencia; pero cada día iban conociendo mejor el carácter de aquel *terror* natural que robaba la tranquilidad á los demás pobladores.

Ya se iban persuadiendo de que aquello no era una farsa; pero si algún incrédulo hubiese tenido dudas, una nota recibida del Mayor, comandante del fuerte, dos semanas después de

no muy agradables. Supongo que no se podrá dudar de ellas, puesto que el Mayor les da crédito.

—¿Malas noticias, papá?—pregunta Luisa, ruborizándose ligeramente.—¿Qué puede haberle escrito el Mayor?—piensa para sí la criolla.—Le encontré ayer en el chaparral, y me vió en compañía de... ¿Será eso? Si papá lo supiera...

—Los comanches,—prosigue Coxe,—han comenzado de nuevo la guerra: así lo dice el Mayor.

—¡Ah! ¿No es más que eso?—exclama Luisa involuntariamente, como si la noticia no tuviera nada de temible.—Nos habéis asustado. Yo creí que era algo peor.

—¡Peor! ¡Qué loca eres al hablar así! En Tejas no hay nada peor que los comanches cuando siguen el rastro de guerra, nada que pueda ser tan peligroso.

Luisa podía pensar que aún había algo más grave, algún riesgo más difícil de evitar. Tal vez se acordaba de una persecución de musteños salvajes, ó del *rastro del lazo*.

Como la criolla guardaba silencio, Collins continuó la conversación.

—¿Estará el Mayor seguro de que vienen los indios? ¿Qué dice, tío?

—Que circulaban rumores sobre ello hace días, aunque sin confirmarse; pero que ahora no es dudoso. El *Gato Salvaje*, ese jefe seminola, ha llegado al fuerte con algunos guerreros de su tribu para dar la noticia de que en los campamentos de los comanches, en todo el territorio de Tejas, los indígenas bailan hace un mes la danza guerrera. Varias partidas han salido ya á merodear, y se presentarán en las Factorías el momento menos pensado.

—Y ¿qué hay del *Gato Salvaje*? — pregunta Luisa, en quien evoca este nombre un recuerdo desagradable. —¿Se ha de confiar en ese renegado indio, que parece ser tan enemigo de los blancos como de los hombres de su raza?

—Muy cierto, hija mía. Has descrito el jefe de los seminolas casi en los mismos términos en que lo hace el Mayor en una posdata de su carta. Nos aconseja desconfiar de ese tunante de dos caras, que se pasará á los comanches cuando así le convenga. Pero, en fin, — continúa el plantador, dejando á un lado la carta para tomar su café, — espero que no veremos por aquí pieles-rojas, ni seminolas, ni comanches. Confíemos en que cuando comiencen á merodear, no se acercarán á los parapetos almenados de la Casa de la Curva.

Antes de que nadie pudiese contestar, asoma á la puerta del comedor un negro semblante, cuya presencia cambia por completo el carácter de la conversación.

Aquel semblante era el de Plutón, el cochero.

—¿Qué quieres, Plutón? — pregunta el plantador.

—¡Oh! ¡Oh! Nego no querer nada. Venir sólo á decir á señorita Luisa que cuando acabe su almuerzo poder ya venir á montar en la manchada, que estar ya impaciente por salir á la pradera.

—¿Piensas salir á caballo, Luisa? — pregunta Coxe, frunciendo el ceño.

—Sí, papá: ésa era mi intención.

—Pues no debes hacerlo.

—¡Cómo!

—Quiero decir que no debes salir sola, pues no me parece conveniente.

—Pero ¿por qué lo pensáis así, papá, habiendo salido ya tantas veces sola?

—Sí: tal vez con demasiada frecuencia.

Esta contestación hace asomar el rubor á las mejillas de la criolla, aunque no está segura del sentido en que debe interpretar las palabras. A pesar de su ambigüedad, no exige una explicación, y, lejos de ello, prefiere evitarla, según lo indica su respuesta.

—Si lo creéis así, papá, — dice, — no saldré otra vez, aunque me gusta poco estar encerrada en este caserón mientras vosotros los caballeros salís cuando os place. ¿Es ése el género de vida que debo observar en Tejas?

—Nada de eso, hija mía. No veo inconveniente en que salgas tanto como gustes; pero debe acompañarte Enrique ó tu primo Casio. Sólo me opongo á que salgas sola, y tengo mis razones para ello.

—¡Razones! ¿Cuáles son?

Luisa ha hecho la pregunta involuntariamente, y, apenas pronunciadas las palabras, siente ya haberlas dejado escapar. La inquietud que manifiesta parece indicar que teme la contestación; pero, al oír esta última, se tranquiliza.

—¿Qué otras razones quieres que tenga, — dice Coxe, tratando de alejar toda sospecha de que habla con doble intención, — sino el contenido de la carta del Mayor? Acuérdate, hija mía, que no estás en Luisiana, donde una señorita puede viajar por cualquiera parte sin temor de sufrir un insulto, y que en Tejas debes temerlo todo, hasta un peligro de muerte. Por aquí andan los indios.

—Mis excursiones, — replica Luisa, — no se prolongan tanto que puedan infundirme temor los indígenas: nunca me alejo á más de cinco millas.

—¡Cinco millas! — exclama el ex capitán de voluntarios con sardónica sonrisa. — Es lo mismo que si estuvieras á cincuenta, prima mía. Tan fáciles encontrar los pieles-rojas á cien pasos de la puerta como á cien millas de distancia. Cuando están en guerra se les puede esperar en todas partes y á cualquiera hora. Opino que mi tío tiene razón. Es una locura salir sola.

—Vos sois quien lo dice, — replica con acritud la criolla, volviéndose desdeñosamente hacia su primo; — y ahora os preguntaré de qué me serviría teneros por compañero en el caso de encontrar á los comanches, peligro que yo no temo. ¡Bonita figura haríamos en medio de una partida de esos guerreros pintados! ¡Ja, ja! El peligro sería para vos y no para mí, puesto que yo me alejaría muy pronto, dejándoos solo para salir del apuro. ¡Peligro á cinco millas de casa! Si hay un jinete en Tejas, sin exceptuar á los indios, que pueda alcanzar á mi yegua Luna en ese espacio, debe montar un caballo muy ligero; y no sois vos, seguramente, quien le tiene, primo Casio.

—¡Silencio! — exclama Coxe. — No consentiré que hables de ese modo. No hagas caso, sobrino. Si no hubiese que temer de los indios, aún existen en el país otros hombres no menos peligrosos. He prohibido las salidas á paseo, y basta.

—Hágase como gustéis, papá, — replica Luisa, levantándose de la mesa y disponiéndose á salir del comedor con aire resignado. — Obedeceré sin replicar, pero á riesgo de perder la salud por falta de ejercicio. Ve, Plutón, — añade dirigiéndose al negro, que aún está en el umbral de la puerta, — ve á conducir á Luna á la

-cuadra ó á los pastos si quierdes: ya puede volver á sus praderas natales, si el animal lo desea, pues no se la necesitará más aquí.

Así diciendo, la criolla sale del comedor, dejando á los tres hombres solos, para que reflexionen sobre la ironía que encierran sus palabras.

No fueron las últimas que pronunció en el mismo sentido, pues, al avanzar por el corredor que conduce á su cuarto, murmura otras maquinalmente: es que se dirige varias preguntas á las que sólo puede contestar por conjeturas.

—¿Qué puede haber sabido papá?—exclama. —¿No tendrá más que sospechas? ¿Se lo habrá dicho alguien? ¿Sabe, por ventura, que nos hemos visto?

CAPITULO XXVIII

TRATO HECHO

Collins abandonó el comedor casi tan bruscamente como su prima; pero, en vez de dirigirse á su habitación, ausentóse.

Aunque aún le hacían padecer sus heridas, tenía, sin embargo, suficiente fuerza para recorrer el jardín, las cuadras y corrales, y hasta los alrededores de la casa.

Aquella vez su excursión debía ser más larga. Estimulado, sin duda, por la conversación que acababa de tener, ó acaso por el contenido de la carta recibida, parecía haber olvidado su debilidad; y con seguro paso avanzó por la orilla del río en dirección al Fuerte Inge.

Un descampado que había como á medio camino entre el fuerte y la hacienda, y que no parecía pertenecer á nadie, era el término del viaje de Collins. Veíase allí una espesura de acacias y algunos grandes árboles, y entre ellos una tosca choza de cañas, de esas que se designan en aquella parte de Tejas con el nombre de *jacalé*.

Aquél era el domicilio de Miguel Díaz el cazador, domicilio muy propio para el hombre semisalvaje que había merecido el apodo de *el Coyote* (lobo de la pradera.)

No se encontraba siempre á éste en su guarida, pues únicamente solía dormir allí algunas veces. En los intervalos de ociosidad de que podía disponer después de haber cazado algunos caballos, prefería estar en el centro de la colonia, disfrutando los placeres que allí pudiese encontrar.

Collins tuvo la suerte de encontrarle en casa, aunque no la de hallarle sereno. No estaba precisamente borracho, porque había dormido largo rato, pero sí algo aturdido por su último exceso en la bebida.

—¡Hola, caballero!—exclamó al ver á Casio en el umbral de la puerta del *jacalé*. —¡Pardiez! No pensaba veros tan pronto. Tomad asiento. ¡Sólo hay una silla! ¡Ja, ja, ja!

El *Coyote* lanza esta carcajada fijando su vista en el objeto á que ha dado el nombre de silla: el cráneo de un musteño hacía las veces de tal, cráneo que con otra pieza de la misma

clase, una mesa de madera de yuca y un montón de cañas, sobre el cual se reclinaba el dueño del *jacalé*, constituía todo el mobiliario de la vivienda.

Fatigado Collins por su largo paseo, aceptó la invitación y sentóse sobre el cráneo del caballo.

No dejó pasar mucho tiempo sin entablar el diálogo acerca del asunto que motivaba su visita.

—Sr. Díaz,—dijo,—he venido para...

—¡Señor americano!—replica el *Coyote*, cortando la explicación.—¡A qué gastar palabras en balde! ¡Pardiez! Harto sé á qué habéis venido. Necesitáis *quelimpie* á ese maldito cazador.

—Y bien...

—Nada: os prometí hacerlo por quinientos pesos á su debido tiempo, es decir, cuando hubiese oportunidad, y así lo cumpliré, pues Miguel Díaz no falta nunca á su palabra; pero la ocasión no ha llegado, señor capitán. ¡Pardiez! Para matar á un hombre se necesita destreza; ni aun en las praderas se puede hacer esto sin peligro de que se descubra, y, en tal caso, ¿qué probabilidad tendré de escaparme? Aborrezco al cazador tanto como vos; pero no voy á perderme yo para dar gusto al demonio. Debo esperar una ocasión favorable para despachar el asunto.

—Pues ya la tenéis,—contesta Casio, acercándose más al *Coyote*;—dijisteis que podríais hacerlo fácilmente cuando hubiese algún movimiento entre los indios.

—Sí que lo dije. Si eso fuese...

—Luego, ¿no sabéis las noticias?

—¿Qué noticias?

—Que los comanches se han declarado en guerra.

—¡Diablo!—exclama el *Coyote*, poniéndose en pie de un salto, con la ligereza del tigre que acaba de ver una presa.—¿Es eso verdad, señor capitán?

—Na! la más cierto. La nueva acaba de llegar del fuerte, y no puede dudarse de ella, porque nos la ha dado el Mayor.

—En ese caso,—contesta el matón con aire pensativo,—el cazador Armando debe morir: los comanches pueden matarle. ¡Ja, ja, ja!

—¿Estáis seguro de ello?

—Más lo estaría, si la piel de su cráneo valiera mil duros en vez de quinientos.

—Pues vale esa suma.

—¿Qué suma?

—Mil duros.

—¿Lo prometéis?

—Sí.

—Entonces, los comanches lo desollarán, señor Collins. Podéis volver á la Casa de la Curva y entregaros al descanso, con la seguridad de que, tan pronto como llegue ocasión, vuestro enemigo perderá el pelo de la cabeza. ¿Me comprendéis?

—Perfectamente.

—Pues podéis ir preparando los mil duros.

—Ya están contados.

—¡Pardiez! Los ganaré en un dos por tres. ¡Adiós, adiós!

—¡Diablo! — exclama el bandido cuando su visitante está ya lejos. — ¡Qué buena suerte! Es toda una chiripa. ¡Mil duros por matar al hombre que yo pensaba despachar por mi propia cuenta, sin recibir de nadie un solo maravedí! ¡Los comanches en guerra! ¡Cáspita! ¿Será cierto? En tal caso, debo buscar mi antiguo disfraz, que hace tres años descansa por efecto de la maldita paz. ¡Viva la guerra de los indios y la farsa en las praderas!

CAPÍTULO XXIX

CORREO EXTRAÑO

Luisa Coxe, apasionada por los ejercicios llamados varoniles, no podía haber olvidado el manejo del arco: éste y la flecha eran en sus manos juguetes con que sabía hacer habilidades.

Habíanle enseñado su manejo los indios humas, últimos descendientes de una tribu poderosa en otro tiempo, y cuyos restos se encuentran aún en la costa del Misisipí, cerca de Punta Cortada y de Atchafalaya.

Durante largo tiempo, el arco estuvo ocioso, olvidado entre los objetos conducidos en el convoy. Desde que la criolla llegó á la Casa de la Curva, no había tenido ocasión de usar el arma de Diana, y el magnífico arco y el carcaj con flechas adornadas de plumas permanecían en un rincón.

Pero llegó una hora en que debían salir á luz y merecer más consideración que hasta entonces. Fué poco después del diálogo suscitado durante un almuerzo, la mañana en que Luisa recibió la orden paternal de no continuar sus excursiones ecuestres.

A ésta había obedecido implícitamente, aun mejor de lo que podía esperarse, pues no volvió á salir sola ni acompañada.

La yegua manchada permanecía ociosa en la cuadra ó el corral, sorprendida de no sentir sobre su lomo el peso de la silla que le recordaba, más que ninguna otra cosa, su cautividad.

Sin embargo, no por eso se la descuidaba: aunque su hermosa dueña no montase, era el principal objeto de su solicitud diariamente y á todas horas: para Luna es el mejor grano de la Casa de la Curva, la más nutritiva yerba de la pradera, y para beber tiene la fresca y cristalina corriente del Leona.

Plutón se esmera en limpiar y peinar la yegua manchada, tanto, que su pelaje presenta un brillo que puede rivalizar con el de la piel del negro.

Cuando la señorita Coxe no se ocupa en su yegua, dedícase á sus labores y á ensayarse en el manejo del arco. Parece haber sustituido con éste el agradable pasatiempo de que se ve privada y que tan de su gusto era.

El lugar donde ensaya sus habilidades sagitarias es el jardín y los terrenos contiguos, rodeados por una cerca, tres de cuyos lados baña el río, limitándolos en forma de herradura. El cuarto es una línea recta trazada por el muro posterior de la hacienda.

Hugo Coxe estaba satisfecho de la obediencia de su hija, muy regocijado al ver que, en vez de continuar sus locos paseos por la pradera, contentábase con estar en el jardín, entretenida en ejercitarse en el manejo del arco y la flecha contra las avejillas que tenían la desgracia de ponerse á tiro.

Padre orgulloso, ¿por qué razones tan tontamente á los cincuenta años? ¿Has olvidado, por ventura, tu juventud, los pensamientos que te inspiró, tus engaños y disimulos, y hasta las mentiras para ocultar lo que, después de todo, podía ser el más noble impulso de tu corazón?

Sí: el padre de la hermosa Luisa parecía haber olvidado todo esto, aunque su juventud no dejó de ser borrascosa. Si lo hubiese tenido en la memoria, habría seguido á su hija al jardín para observarla sin ser visto, oculto entre la espesura que bordeaba la orilla del río.

De este modo se hubiera cerciorado de que las inclinaciones de su hija no eran tan crueles como él pensaba: en vez de disparar su arma contra los inocentes pajarillos que revoloteaban á su alrededor, todos sus manejos se reducían á fijar un pedazo de papel en la punta de la flecha, y en disparar el arma á través del río, para que fuese á caer en una espesura de la opuesta orilla.

Aun hubiera presenciado un espectáculo más curioso: habría visto que la flecha, transcurrido un corto intervalo, y como si no le agradase el sitio á donde fué á parar, volvía al jardín llevando en la punta el mismo pedazo de papel ú otro semejante.

Para un observador que no conociese el espíritu y mecanismo de tan extraño fenómeno, el hecho sería misterioso, y hasta sobrenatural; pero allí no había más testigos que dos personas, que curvaban alternativamente el arco, disparando una sola flecha; y sólo ellas comprendían esta manera de proceder.

El amor se ríe de los cerrajeros, dice un antiguo refrán. Y otro añade: *Cuando hay voluntad, se encuentra el medio*. Y nunca se confirmó éste tan bien como en el cruzamiento de las flechas sobre el canal del Leona.

Luisa Coxe tenía la voluntad: Armando Lancaster había indicado el medio.

CAPÍTULO XXX

EN POS DE LA DICHA

La correspondencia sagitaria no podía durar largo tiempo: pobres amantes son los que se satisfacen con diálogos sostenidos á la distancia de un tiro de flecha. Los corazones poseídos de ardiente pasión deben latir juntos, para que cada cual sienta las palpitaciones del otro. Si hay un Elíseo en la tierra, no puede ser otro sino el amor.

Ni Armando ni Luisa podían ser una excepción de la regla: necesitaban comunicarse sus pensamientos, no á la clara luz del sol, sino en las silenciosas horas de la noche, cuando

solamente las estrellas pudieran ser testigos de su amorosa entrevista.

Dos veces habían estado en aquella arboleda, y otras tantas cambiaron juramentos de amor á la pálida luz de la luna; pero necesitaban otra entrevista y la concertaron.

Poco sospechaba el altivo plantador, más orgulloso quizás de su hija que de todo cuanto poseía, que la joven se rebelaba diariamente contra la autoridad paternal.

negó siempre. No podía oponerse á ello, juzgando que en este punto debía someterse al capricho de la criolla, puesto que el hecho de permanecer en casa no era contrario á las razones que tuvo para impedir los paseos.

La pasiva obediencia de su hija casi le hizo arrepentirse de la prohibición; y, adquiriendo cada día mayor confianza, pensó que pronto podría revocar la orden.



En vez de disparar contra los inocentes pajarillos, fijaba un pedazo de papel en la punta de la flecha...

¡Su hija, su única hija, en cuyas venas circulaba la más pura sangre de la aristocracia del Sur; la mujer célebre por su hermosura, que podía esperar el más ventajoso de los enlaces, tenía citas nocturnas con un cazador de caballos!

Si Coxe hubiese soñado tal cosa, habría saltado de su blando lecho, cual si le despertara la trompeta del juicio final.

Pero no tenía sospechas, ni la más remota: el hecho era improbable, hasta monstruoso; y, aunque le hubiesen sugerido la idea, su enormidad absurda le hubiera hecho rechazarla.

Habíale satisfecho en gran manera la resignación de su hija, aunque hubiera preferido que le obedeciese al pie de la letra, saliendo á paseo con su hermano ó su primo, á lo cual se

Largo tiempo hacía que el tambor y el clarín habían tocado á retreta en el Fuerte Inge; y era cerca de media noche cuando un jinete salió del establecimiento de Duffer, y, avanzando por la orilla del río, perdióse pronto de vista para los que hubieran podido pasear aún por las calles del pueblo.

Ya se recordará que aquel camino pasaba por delante de la Casa de la Curva, y á poca distancia, por la opuesta orilla del río, y sabido es también que atravesaba un espacio de pradera en que sólo había un grupo de árboles entre dos porciones del chaparral.

Al llegar á este sitio, el jinete desmontó, ató su caballo á un flexible tronco, en medio de la espesura, y, desatando del pomo de la silla un

largo ronzal de cerda, dirigióse á la orilla del río por la parte que daba á la Casa de la Curva.

Antes de salir de la espesura, lanzó una mirada al cielo, mirada que pareció entristecerse, al ver que la luna difundía una clara luz.

—Es inútil aguardar,—murmuró,—á que el astro de la noche se oculte, pues llegará la mañana sin que deje de lucir.

Al pronunciar estas palabras, paseó detenidamente la mirada por el espacio abierto que aún le separaba de la orilla del río, en cuya margen opuesta elevábase la Casa de la Curva, que se destacaba con toda claridad junto á la espesura.

Si hubiera alguno por aquí,—añade en voz baja,—no me sería nada conveniente; mas no parece probable á esta hora, como no sea alguien á quien su conciencia no le permita dormir. Seguramente que hay quien se halla en este caso detrás de esas paredes; pero si estuviese fuera, podría muy bien verme en este espacio abierto. Si sólo me comprometiera yo... ¡Por San Patricio, que me importaría poco! En fin, no hay más remedio que arriesgarse. Es inútil aguardar á que se oculte la luna, pues aún tardará algunas horas, y no se ve la señal de una nube. No debo *hacerla esperar*. ¡Nada! Debo aventurarme. ¡Vamos allá!

Así diciendo, el jinete desmontado avanza con ligereza por el espacio descubierto, y llega muy pronto á la escarpadura que se eleva junto al canal del Leona.

Luego, sin detenerse un momento, adelántase por un sendero ondulado, que parece conocer á palmos, y llega á la orilla del río, precisamente frente al lugar donde se ve un esquife amarrado bajo la sombra de un gigantesco algodónero.

Durante algunos segundos, examina la corriente con investigadora mirada, pareciendo que con ella quiere penetrar en la espesura de la orilla opuesta, para ver si alguien se oculta allí.

Tranquilo ya sobre este punto, levanta la extremidad de su lazo, pues no es otra cosa lo que lleva en la mano, y, trazando en el aire una docena de círculos, arroja la cuerda á través de la corriente.

El extremo del lazo cae sobre el tajamar del esquife, y, rodeando la proa, permite al hombre atraer hacia sí la ligera embarcación.

Entonces se introduce en el bote, apodérase de los dos remos que hay en el fondo, sujétalos en los toletes ó gavilanes, trasládase rápidamente al sitio donde estaba el esquife, amárrale de nuevo y salta en tierra. Sin vacilar un punto, dirígese á la sombra del algodónero, y allí parece esperar una señal, ó la presencia de una persona á quien, sin duda, esperaba.

Cualquiera que hubiese observado sus maniobras en aquel momento, habría podido sospechar que era algún ladrón que se disponía á penetrar en la Casa de la Curva. Pero si oyese las frases que murmuran sus labios, se desvanecería su sospecha. Ciertamente que deseaba algo de la hacienda, mas no era plata, ni oro, ni

pedras preciosas, aunque sí la joya más apreciada de aquella mansión, porque era la hermosa criolla.

Casi es inútil decir que el hombre que ha ocultado su corcel, cruzando después tan hábilmente el río, no es otro sino Armando, el cazador de caballos.

CAPÍTULO XXXI

CITA NOCTURNA

Armando no tuvo que esperar mucho tiempo: en el mismo instante en que saltaba al bote, abrióse lentamente una ventana que había á espaldas de la Casa de la Curva, y quedó un momento entornada, como si la persona que estaba dentro no se resolviera á salir, y quisiera asegurarse antes de que *no había moros en la costa*.

Una pequeña y blanca mano adornada con sortijas, que brillaron á la luz de la luna, indicaba que la persona que acababa de abrir pertenecía al bello sexo.

Un instante después dejóse ver en la escalinata que conducía al jardín una elegante y majestuosa figura: era Luisa Coxé.

Después de escuchar por espacio de algunos segundos, oye, ó parécete oír, el ruido de un remo, pues el follaje de las acacias produce un leve rumor. La hora de la cita ha llegado, y no debe detenerse en pequeñeces después de haber esperado en su habitación dos horas, que le han parecido dos días.

Bajando ligeramente la escalerilla, la criolla se desliza como una sífide entre las estatuas y matorrales, hasta que llega á la sombra del algodónero, donde la estrechan los brazos que la esperaban.

¿Quién puede describir la dulzura de aquel abrazo? ¿Quién expresar las deliciosas emociones que aquellas jóvenes almas debían sentir en tal instante? Son demasiado sagradas para que no sea posible darlas á conocer con la pluma.

Sólo después de sus transportes de alegría y repetidos juramentos de amor, pudieron, al fin, los dos amantes hablarse con más calma, siendo Luisa la primera en tomar la iniciativa.

—¿Volverás mañana, por la noche, querido Armando?—pregunta la criolla.

—Mañana y pasado, y siempre, si pudiera prometerlo así.

—Y ¿por qué no? ¿Por qué no puedes prometerlo?

—Porque mañana, al rayar el día, debo marchar al Alamo.

—¿De veras? ¿Es de todo punto indispensable?

Luisa hace esta pregunta con un tono que revela su disgusto, porque una siniestra visión acosa su espíritu, siempre que recuerda la solitaria cabaña.

Y ¿por qué sería así, habiendo encontrado en ella hospitalidad? Debería suponerse que su visita evocaba en la criolla el más agradable

recuerdo de su vida, y, sin embargo, no era así.

—Tengo poderosos motivos para ir,—contesta Armando.

—¿Poderosos motivos? ¿Debes ver allí á alguna persona?

—A mi criado Felim y á nadie más. Supongo que el pobre hombre estará ya inquieto. Le envié hace diez días al Alamo, antes de que circularsen las noticias de guerra con los indios.

—¿Para permanecer allí?

—No más por un día ó dos; el tiempo necesario para recoger mis efectos y despedirme de la vida en las praderas.

—¿Cómo!

—¿Te sorprende?

—No: es que no comprendo, ni creo que podría comprender jamás.

—Es muy sencillo: todo se reduce á una resolución que he adoptado; pero ya sé que me perdonarás cuando te la dé á conocer.



—¿Volverás mañana, querido Armando?—pregunta Luisa Coxe al cazador

—¿No vas á ver sino á Felim? ¿Es verdad eso, adorado Armando? ¡No me engañes! ¿Sólo á él?

—¿Por qué preguntas eso, Luisa?

—No puedo decirlo: me moriría de vergüenza si te revelaba mi secreto pensamiento.

—No temas hacerlo. Yo no guardaría ni podría guardar ningún secreto para ti. Dime lo que es, amor mío.

—¿Lo deseas?

—Claro es que sí; porque, sea lo que fuere, estoy seguro de que podré explicarlo: reconozco que mis relaciones contigo son de carácter dudoso, ó tal vez podrían parecerlo, si el mundo las supiese; y por esta misma razón quiero volver al Alamo.

—¿Perdonarte, Armando! ¿Por qué pides perdón?

—Por haber tenido un secreto para ti. Yo... no soy lo que parezco.

—No quiera Dios que seas otra cosa sino lo que á mí me pareces, noble, grande, hermoso y raro entre los hombres. ¡Oh Armando! ¡No sabes aún cuánto te amo!

—No más de lo que te amo yo; y esto es precisamente lo que me aconseja una separación.

—¿Una separación?

—Sí, amor mío; pero debe esperarse que será muy breve.

—¿Cuánto tiempo?

—El que tarda un vapor en cruzar el Atlántico y volver.

—¡Un siglo! Y ¿por qué ha de ser esto?

—Me llaman al país natal de mi padre, á Irlanda. Aún no hace veinticuatro horas que recibí el aviso; y obedezco con tanta mayor presteza, cuanto que algo me dice que podré volver pronto para probar á tu orgulloso padre que el pobre cazador de caballos que conquistó el corazón de su hija... Porque es mío: ¿no es verdad, Luisa?

—¡Ociosa pregunta! Bien sabes que no sólo le has conquistado, sino que le has sometido á una esclavitud de que nunca podrá librarse. No te burles de mí, Armando, no te burles de este pobre corazón, que en lo futuro no debe latir sino para ti.

Durante el estrecho abrazo que siguió á estas apasionadas palabras, por las cuales confesaba una hermosa joven, de elevada cuna, haber rendido su corazón y su alma al hombre que conquistó sus afectos, reinó un silencio profundo.

El grillo que saltaba entre la yerba, el pájaro burlón posado en una rama del alodonero, y el ruiseñor que saludaba con su canto la luz de la luna, callaron de pronto como por convenio tácito, cual si con su silencio quisieran probar la escena que presenciaban.

Pero esta suspensión de los sonidos fué debida á una causa muy diferente: el rumor de pasos sobre la grava del jardín, aunque tan ligeros que sólo un atento oído pudiera reconocerlos, fué lo que interrumpió las voces nocturnas.

Absortos los amantes en sus caricias, nada oyeron, ni vieron tampoco la oscura sombra que revelaba la presencia de un hombre deslizándose entre los árboles; no observaron que, ocultándose tan pronto detrás de una estatua como á favor de un matorral, se detuvo, al fin, junto á un grueso tronco, sólo á diez pasos del sitio donde Armando y Luisa se prodigaban apasionados besos.

Poco sospecharon en aquel momento de suprema felicidad, cuando toda la naturaleza parecía dormir á su alrededor, que aquel silencio permitía oír sus palabras de amor, y que la traidora luna descubría sus menores movimientos.

El misterioso observador, que semejante á un ladrón se ocultaba detrás del árbol, presencié la escena, tan próximo á los actores, que podía percibir hasta los suspiros, mientras que al plateado fulgor del astro de la noche podía notar los más insignificantes gestos.

No es necesario decir que aquel hombre era Casio Collins.

CAPITULO XXXII

EXPLICACIÓN

¿Cómo era que el primo de Luisa estaba levantado á tan avanzada hora de la noche, ó, mejor dicho, á tan temprana hora de la mañana? ¿Había recibido aviso de la entrevista nocturna de los amantes, ó alguna sospecha instintiva le indujo á salir de su habitación

para dar una vuelta por los alrededores del jardín? En otros términos: ¿velaba por casualidad, ó era un espía que vigilaba con una intención preconcebida?

La presencia del ex capitán debía atribuirse á lo primero: sólo la casualidad, con el auxilio de la clara luz de la luna, permitiéronle hacer un descubrimiento que despertó en su alma el más ciego furor. No era fácil colegir qué había movido al ex capitán á permanecer en la azotea hasta semejante hora de la noche, rodeándose de una atmósfera de tabaco donde no más se percibía antes el aroma de las flores. Como quiera que sea, Collins no parece inquieto: repuesto de las heridas que recibió en el desafío con el cazador, y aunque el descalabro le causara profunda pena, mitigábase ésta al reflexionar sobre un proyecto que debía satisfacer sus ardientes deseos de venganza.

Lo mismo que su tío, suponía que la criolla no llevaba á mal quedarse en casa, y regocijábale de ello, porque él fué quien aconsejó secretamente la prohibición de salir. También ignoraba la causa que inducía á la criolla á entretenerse en el ejercicio del arco, en el jardín; y, al fin, llegó á lisonjearse de que la indiferencia de la joven era fingida. Ultimamente le trataba con menos dureza, y esto producía en su ánimo una agradable impresión, figurándosele que sus celos eran infundados.

No poseía ninguna prueba positiva de que dispensase preferencia al joven cazador; y como pasaban los días sin que hubiera motivos para inquietarse, comenzó á creer que, en realidad, no existía ninguno.

Tranquilizado con esta agradable confianza, había subido á la azotea, y, aunque era ya la hora de media noche, la indiferencia con que fumaba parecía demostrar que no se hallaba allí con ningún objeto determinado. Acaso se propusiera únicamente respirar un ambiente más puro, contemplando la luna, aunque no era muy dado á las meditaciones románticas.

De todas maneras, parece entregado en aquel instante á una dulce beatitud, y, con los brazos cruzados sobre el parapeto, mira al río.

No turba su tranquilidad en lo más mínimo ver un jinete que, saliendo del chaparral, en en la orilla opuesta, avanza por la llanura.

Ya sabe que allí hay un camino. Sin duda, será aquel individuo un viajero que ha querido aprovechar la frescura de las horas de la noche para proseguir su marcha. Debe ser un plantador que regresa del pueblo, después de pasar el rato en la casa de bebidas.

Con la luz del día hubiera podido reconocerle; pero á la de la luna no le fué posible sino distinguir un hombre á caballo.

La mirada del ex capitán le seguía por el camino, pero sólo maquinalmente, con la indiferencia con que se podría contemplar un tronco arrastrado por la corriente. Sólo después de llegar el jinete á la orilla comenzó el observador de la azotea á interesarse en sus movimientos.

—¿Qué diablos puede significar eso?—murmura Collins, arrojando la punta del cigarro

que tiene entre sus labios.—¡Pardiez! ¡Ya ha desmontado! ¡Y viene hacia aquí, tan directamente como le es posible, á un paso que indica que conoce muy bien el camino! ¡Vive Dios! Supongo que no piensa dirigirse al jardín, pues para esto necesitaría nadar, y no encontraría en él nada que recompensase su trabajo. ¿Cuál puede ser la intención de ese pobre diablo? Acaso sea un ladrón.

Esta fué la primera idea del ex capitán; pero hubo de rechazarla apenas la concibió. No era probable que un hombre emprendiese una expedición á media noche con aquel aparato, para robar frutas ó vegetales.

¿Qué otra cosa podía buscar?

La extraña maniobra de dejar un caballo en la espesura, y adelantarse á pie, aparentemente con gran cautela, según podía colegirse á la luz de la luna, indicaba ya que aquel hombre no se proponía nada bueno, y que se acercaba á la Casa de la Curva con alguna mala intención. ¿Cuál podía ser?

Durante algunos momentos, Collins no le vió ya desde la azotea, porque la parte de bosque en que había penetrado le ocultaba á sus miradas.

—¿Qué puede buscar este hombre?—repitió.

Un instante después de dirigirse esta pregunta por décima vez, llegó á oídos del ex capitán un rumor semejante al que produce un cuerpo al caer en el agua.

—¡Alguien rema!—murmura Collins, después de escuchar un instante.—¡Por el santo Jehová! ¿Habrá sido capaz ese hombre de apoderarse del esquife para llegar hasta el jardín? ¿Qué diablos puede buscar?

No es el ánimo de Collins permanecer en la azotea con el fin de averiguarlo: su intención es bajar silenciosamente la escalerilla, despertar á todos, incluso los criados, y hacer lo posible para apoderarse del intruso.

Al efecto se aleja ya del sitio donde se hallaba, cuando percibe otro rumor que le induce á inclinarse de nuevo sobre el parapeto para mirar.

Este ruido no se parecía al que produce el golpe de un remo, ni procedía tampoco del río: era el rechinamiento de una puerta, ó, más bien, de una ventana, al girar sobre sus goznes, y oíase precisamente debajo del sitio ocupado por el observador.

Al inclinarse para mirar, Collins ve una cosa que hace palidecer sus mejillas y afluir toda la sangre á su corazón. La ventana que acaba de abrirse es la de la alcoba de su prima Luisa, y la criolla está ya en la escalerilla que conduce al jardín, mirando á todos lados como si vacilase en bajar.

Vestida ligeramente con una bata blanca y un pañuelo en la cabeza, asemejábase á una hermosa ninfa de la noche, á una hija de la luna, iluminada en aquel momento por su plateada luz.

Collins reflexionó rápidamente, y no pudo menos de relacionar la presencia de la criolla con la de aquel hombre que trataba de cruzar el río.

Y ¿quién podía ser aquel hombre? ¿Quién sino Armando el cazador?

¡Aquello era una cita clandestina!

No cabía la menor duda, y, aunque ésta hubiera existido, habríase desvanecido al ver á la criolla bajar rápidamente la escalerilla y desaparecer entre los árboles, hasta llegar al sitio donde estaba amarrado el esquife.

Como paralizado por un golpe contundente, el ex capitán permanece algún tiempo en la azotea, sin voz é inerte. Sólo cuando desaparece la blanca figura y percibe el murmullo de voces, se decide, al fin, á ponerse en movimiento.

Ya no piensa en turbar el sueño de los moradores de la casa: prefiere ser él antes testigo de la deshonor de su prima; y después... después...

El estado de su ánimo no le permite trazar ningún plan; pero, impulsado por un ciego instinto, baja presuroso la escalera y sale al jardín.

Parecióle á Collins que iba debilitándose á medida que avanzaba; sus piernas desfallecieron al bajar la escalera y también al cruzar la espesura, pero mucho más al presenciar la escena que llenó su alma de horrible desesperación.

Oyó los juramentos de amor y las mutuas promesas de los dos jóvenes; oyó que Armando pensaba marcharse al romper el día y que prometía volver, escuchando también las protestas de Luisa, que trataba de disuadirle.

Y, al fin, pudo ver aquel abrazo final, que estremeció todas las fibras de su corazón: entonces fué cuando hizo el movimiento que atemorizó á las aves.

¿Por qué no puso término en aquel instante á la intolerable entrevista, tendiendo á sus pies á su rival, de una cuchillada, y también á su amante? ¿Por qué no lo hizo desde un principio, puesto que no necesitaba más evidencia que la entrevista para probar la deshonor de su prima?

Hubo un tiempo en que no habría tenido tanta paciencia. ¿Cuál era, pues, la causa que entonces le detenía? ¿Sería tal vez, la brillante culata de un revólver que llevaba en el cinto el cazador de caballos, y sobre la cual se reflejaban en aquel instante los rayos de la luna?

De todas maneras, á pesar de la terrible tentación que dominaba su alma, alguna cosa le retrajo de vengarse inmediatamente, pues, lejos de hacerlo así, apenas hubo visto el abrazo final, dirigióse presuroso hacia la casa, dejando solos á los dos amantes, ignorantes aún de que alguien los observaba, para que terminasen su dulce entrevista, muy ajenos del desenlace que iba á tener.

CAPITULO XXXIII

SORPRESA

¿A dónde fué Casio Collins?

Seguramente, no volvió á su habitación, porque en el estado de su espíritu no era posible el sueño.

Dirigióse á la habitación de su primo, pues necesitaba hablar con Enrique Coxe.

Sin buscar una luz, avanzó tan apresuradamente como le fué posible por los tortuosos corredores. No le era preciso tampoco que le alumbrasen, pues á través de la reja deslizábanse los rayos de la luna, difundiendo la luz suficiente para el objeto de Collins.

Muy pronto llegó al cuarto de Enrique, notable por su sencillez: un lavabo, una mesa de pino, dos sillas y la cama, con su mosquitera, constituían todo el mobiliario.

Enrique disfrutaba de ese apacible sueño propio de una conciencia tranquila; sobre la blanca almohada destacábase el correcto perfil de su cabeza, realzado por un abundante y lustroso cabello.

Al levantar Collins la mosquitera, los rayos de la luna iluminaron las varoniles facciones propias del aristocrático tipo del mancebo.

¡Qué contraste se notaba entre las fisonomías de aquellos dos hombres, unidos por un estrecho parentesco! En cuanto á lo físico, los dos eran de gallardo aspecto, y hábiles favorecido igualmente la naturaleza; pero desde el punto de vista moral, la diferencia no podía ser mayor.

—¡Despierta, Enrique, despierta!—exclama Collins, sacudiendo bruscamente el brazo de su primo.

—¡Oh! ¡Oh! ¿Eres tú, primo Casio? ¿Qué ocurre? Supongo que no vienen los indios...

—¡Peor que eso! ¡Pronto! Levántate y verás; pero date prisa, porque, si no, llegaremos tarde para que presencies tu deshonor y la de tu familia. ¡Pronto, porque el nombre de Coxe podría llegar á ser la irrisión de Tejas!

Después de oír tales palabras, un Coxe no debía tener sueño. El joven, saltando de la cama, se adelantó hasta el centro de la habitación, mirando á su primo con el mayor asombro.

—No esperes á vestirme,—le dice Collins;—ponte los pantalones y basta. ¡Maldita ropa! No hay que entretenerse en tonterías. ¡Pronto, pronto!

En menos de veinte segundos, el joven plantador se pone su sencillo traje de diario, que consiste en pantalón y blusa de algodón, y en veinte más, obediente á las insinuaciones de su primo, aunque sin saber para qué le ha llamado, síguete á través del jardín.

—Pero ¿qué ocurre, Casio?—pregunta, al ver que su primo se detiene.—¿Qué significa todo esto?

—¡Mira tú mismo! Ponte junto á mí. ¿No ves alguna cosa entre los árboles, allá, en el sitio donde está amarrado tu esquife?

—Sí, algo blanco: parece el vestido de una mujer. ¿Lo es, en efecto?

—Sí, de una mujer. Y ¿no te figuras quién será?

—No podría decirlo. ¿Lo sabes tú?

—Hay, además, otra figura á su lado.

—Ya la veo: me parece la de un hombre.

—No te equivocas. Y ¿no supones tampoco quién es?

—¿Cómo he de adivinarlo, primo Casio? ¿Le conoces?

—Sí. El hombre es Armando el cazador.

—¿Y la mujer?

—¡Es Luisa... tu hermana... en sus brazos!

Como si un rayo hubiera caído á sus pies, el joven retrocede, y adelántase después por el sendero.

—¡Espera!—exclama Collins, cogiéndole del brazo.—Olvidas que no tienes armas, y yo sé que aquel hombre las lleva. Toma esto, y esto,—añade el ex capitán, entregando al joven su cuchillo y su revólver;—ya habría hecho yo uso de ambas cosas hace tiempo, pero pensé que era mejor que tú, su hermano, vengases las faltas de tu hermana. ¡Adelante, muchacho! ¡Cuidado con tocarla á ella; pero apúntale bien á él, para que no escape. No le des una sola palabra de aviso: tan pronto como se hallen separados, alójele una bala en el vientre; y si errases los seis tiros, sírvete del cuchillo. Yo estaré cerca de ti para defenderte si te hallaras en peligro. ¡Vamos: adelante, y envía ese hombre al infierno!

No era necesario excitar á Enrique Coxe. El hermano ultrajado debía lavar con sangre tanta afrenta.

Seis segundos después, está al lado de su hermana y frente al supuesto seductor.

—¡Atrás, villano!—exclama.—Aparta el brazo que rodea esa cintura. ¡Retírate, Luisa, y déjame matar á ese hombre! ¡Pronto! ¡Repito que te retires!

Si se hubiese obedecido aquella orden, es probable que Armando Lancaster hubiera dejado de existir, á menos de tener corazón para matar á Enrique Coxe, lo cual le habría sido fácil, dada su habilidad en el manejo del revólver.

Pero, en vez de empuñar tal arma, ó hacer la menor cosa para su defensa, sólo parece deseoso de desprenderse de los torneados brazos que aún le retienen, pues únicamente teme por Luisa.

En cuanto á Enrique, no puede hacer fuego contra el supuesto seductor sin exponerse á matar á su hermana, y, contenido por este temor, no oprime el gatillo de su revólver.

Esa pausa produce una crisis favorable para la salvación de los tres: la criolla, penetrándose al punto de la situación, deja en libertad á Armando, y casi en el mismo instante enlaza con sus brazos á su hermano. Ya sabe que no debe temer nada del arma del cazador: sólo se debía impedir que Enrique hiciese daño.

—¡Vete, vete!—grita á Armando, mientras hace esfuerzos para contener al enfurecido joven.—A mi hermano le han engañado las apariencias: déjame explicarle el hecho. ¡Vete, Armando, vete!

—Enrique Coxe,—dice el joven cazador al volverse para obedecer á la cariñosa intimación;—no soy un villano, como acabáis de llamarme; dadme tiempo, y os probaré que vuestra hermana ha formado de mí una opinión más exacta que su padre, su hermano ó su primo. Sólo pido tres meses: si al fin de este

plazo no me muestro digno de su confianza y de su amor, consiento en que me matéis como á un cobarde coyote. Hasta entonces me despido de vos.

Los esfuerzos de Enrique por desasirse de los brazos de su hermana son menos enérgicos al oír estas palabras, y, cada vez más débiles, cesan del todo, cuando el rumor producido por un cuerpo al caer en el agua, anuncia que el

como lo piensas, no podría menos de hacer lo que hice, no podría, porque... ¡le amo!

—¡Luisa, dime la verdad! Háblame, no como á tu hermano, sino como á ti propia. Por lo que esta noche he visto, más que por tus palabras, comprendo que amas á ese hombre. Ahora dime si ha osado aprovecharse de tu desgraciada pasión.

—¡No, no, no! Lo juro por mi vida: es de-



—¡Atrás, villano!—exclama Enrique, hermano de Luisa. —¡Aparta el brazo que rodea esa cintura!

cazador vuelve á las praderas elegidas para su domicilio.

Era la primera vez que cruzaba el río de aquella manera tan primitiva: en las dos anteriores había hecho uso del esquife, que fué amarrado de nuevo por una delicada mano después de atraerle á la orilla con un lazo de cerda.

—¡Hermano, le has ofendido!—exclama Luisa después de marcharse Armando.—¡Oh querido Enrique! ¡Si supieras qué noble es! Lejos de intentar faltarme, ahora mismo me daba á conocer su plan para... evitar el escándalo... Digo mal, para hacerme feliz. Créeme, hermano, es un caballero; y si no lo fuese, si supiera que no pasaba de ser un hombre ordinario

masiado noble para eso, aunque yo hubiese... ¡Enrique! ¡Es inocente! Si alguien merece censura, soy yo. ¿Por qué le has insultado, hermano mío?

—¿Yo?

—Sí, Enrique: le has faltado gravemente.

—Si dices la verdad, hermana, voy á hablarle ahora mismo para darle una satisfacción, pues se la debo. Bien sabes que me inspiró simpatías desde el principio; no podía creerle capaz de una villanía, y ahora mucho menos. Hermana, vuelve á casa conmigo, y retírate á tu habitación. En cuanto á mí, me pondré en marcha al punto para ir al alojamiento de Armando, donde creo encontrarle. No podré estar tranquilo hasta darle cumplida satisfacción.

Así se expresa el pundonoroso Enrique, y, conduciendo á su hermana de la mano, poseído de un sentimiento de compasión y no de enojo, vuelven á la hacienda.

Apenas han penetrado en ella, un hombre que estaba agachado entre la espesura se pone en pie y dirígese á la escalera del jardín.

Era Casio Collins.

El también pensaba ir en busca del cazador de caballos.

CAPITULO XXXIV

UNA VISITA IMPORTUNA

—¡Qué corazón de gallina! ¡Cuán tonto he sido al abrigar semejante esperanza! Debía haber comprendido que ella acabaría por vencer á ese leoncillo, dejando escapar al bribón. ¡Muy bien pude hacer fuego desde el árbol y matarle como á un perro! Y eso sin correr ningún peligro. El tío me hubiera dado gracias, y su aprobación toda la colonia. ¡Mi prima, una señorita, engañada por un pillo, por un traficante en caballos! ¿Quién hubiera dicho una palabra contra ello? ¡Qué coyuntura! ¿Por qué la habré dejado escapar? ¡Rayos del cielo! ¡No me volverá á suceder!

Tales eran las reflexiones del ex capitán de voluntarios mientras seguía á pocos pasos de distancia á sus dos primos, cuando regresaban á la hacienda.

—¿Habría el muchacho con formalidad,—murmuraba Collins en el momento de entrar en el patio,—al decir que iba á dar una satisfacción al hombre que ha puesto á su hermana en ridículo? ¡Ja, ja! Sería una buena broma si no fuese demasiado seria para recibirse. Y debe haber hablado formalmente, porque oigo ruido en la cuadra. ¡Calla! Ahora saca el caballo. ¡Vive Dios, que no me engañaba!

Según es costumbre en las haciendas de Méjico, la puerta de la cuadra daba al patio. En aquel momento hallábase entornada; pero cuando Collins fijaba en ella su vista, abrióse completamente para dar paso á un hombre, que conducía un caballo de la brida, ya ensillado.

Cubría la cabeza de este hombre un sombrero de Panamá, y sus hombros un capote, lo cual no impidió que Casio reconociera á su primo Enrique así como también su caballo castaño.

—¡Tonto!—exclamó, apenas estuvo el joven al alcance de su voz.—Dame el cuchillo y la pistola: son juguetes que no convienen á tus delicados dedos. ¡Bah! ¿Por qué no hiciste uso de estas armas tal como te dije? Lo has echado á perder todo.

—Ya lo sé,—contestó tranquilamente el joven plantador.—Sé que he insultado gravemente á un joven de noble corazón.

—¡De noble corazón! ¡Ja, ja, ja! ¡Vive el cielo, que debes estar loco!

—Lo habría estado si hubiera seguido tu consejo, primo Casio; pero, afortunadamente, no fui tan lejos. He hecho bastante para me-

recer que se me trate más que de loco, aunque tal vez obtendré el perdón de mi falta. De todos modos, haré la prueba, y sin perder tiempo.

—¿A dónde vas?

—En busca de Armando el cazador, para rogarle me dispense mi falta.

—¡Tu falta! ¡Ja, ja, ja! Decididamente, estás de broma.

—No: hablo de veras; y si vienes conmigo lo verás.

—Entonces, diré que estás loco y hasta que te has vuelto idiota. ¡Por todos los infiernos, que no puede ser de otro modo!

—No eres muy cortés, primo Casio, aunque, atendido el lenguaje que contigo he usado, podría dispensarte. Tal vez me imites un día, y te corrijas un poco.

Y, sin añadir una palabra más, el joven Enrique, que es uno de esos raros tipos caballerescos del Sur, monta ligeramente, pica espuelas y aléjase á buen paso.

Collins permanece inmóvil en el zaguán, hasta que el rumor de los pasos del caballo se extingue por completo.

Entonces, como dominado por un repentino impulso, dirígese por la galería á su habitación, entra en ella, vuelve á salir vestido con una levita ordinaria, encamínase á la cuadra, ensilla su caballo, y, sacándole fuera sin hacer ruido, monta en él y se aleja á su vez rápidamente.

En el espacio de una milla, ó poco más, sigue el mismo camino que ha tomado Enrique Coxe. No podía ser su intención darle alcance, puesto que mucho tiempo después de haberle perdido de vista avanza lentamente, como si no pensara en su primo.

El ex capitán ha tomado la dirección del río. Cuando llega á la mitad del camino que media entre la Casa de la Curva y el Fuerte Inge, recoge riendas, observa con atención el chaparral á su alrededor y encamínase por un sendero que conduce á la corriente. El que hubiese estado entonces á su lado le habría oído murmurar:

—Aún queda un recurso, aunque no tan barato como el otro, pues me costará mil duros. Pero los daré gustoso, con tal que me vea libre de ese maldito cazador, que ha emponzoñado las horas de mi existencia. Si es fiel á su promesa, tomará el camino de su casa á primera hora de la mañana; mas no podría precisarla, porque estos hombres de las praderas dicen que se levantan tarde cuando están en pie al amanecer. No importa: todavía hay tiempo de que el Coyote le tome la delantera. Debe ir por el mismo camino que seguimos en la cacería de caballos. El habló de su choza del Alamo: ése es el nombre del arroyo cerca del cual estuvimos. La cabaña no debe hallarse lejos de él. Su enemigo debe saberlo, ó por el rastro lo averiguará, lo cual es suficiente para su propósito y el mío... Tal vez no llegue nunca el cazador á su cabaña; acaso haya indios en el camino, y, de todos modos, es preciso que los encuentre antes de amanecer.

Al terminar Collins esta extraña serie de re-

flexiones, ha llegado á la puerta de la choza del *Coyote*, ó, más bien, á su jacalé, que era el lugar á donde se dirigía.

Baja ligeramente de la silla, ata su caballo á la rama de un árbol y adelántase hasta el umbral de la puerta, que está abierta de par en par. En el interior se oyen fuertes ronquidos.

Sin embargo, el que los producía no disfru-

—¡Hola, caballero!—grita el dueño del jacalé, cual si despertara de su sueño al oír la voz de un hombre.—¿Quién llama? ¿Quién tiene el honor...? Es decir, yo... yo, Miguel Díaz, el *Co... Coyote*. ¡Vaya un nombre! Y vos, ¿cómo os llamáis? ¡Mil diablos! ¿Quién sois?

Incorporándose á medias sobre su lecho de cañas, el borracho permanece algunos minutos sentado, dirigiendo una mirada interrogadora,



El borracho permanece algunos minutos sentado, dirigiendo una mirada interrogadora á Collins

taba, seguramente, de un sueño tranquilo, pues el durmiente produce á intervalos una especie de gruñido, acompañado de maldiciones que no podía pronunciar con toda claridad, sin duda porque había trabado su lengua una enorme cantidad de alcohol.

—¡Mil diablos!—decía.—¡Rayos del cielo! ¡Voto á...! ¡Sangre de Cristo!

Collins se detiene para escuchar.

—¡Mal... dito!—continúa el durmiente.—Bue... nas nove... dades. ¡Sangre y fuego! Sí, señor. Los indios co... co... manches en el rastro de guerra. ¡Benditos sean los co... manches!

—¡Ese bruto está borracho!—exclama Collins maquinalmente.

pero sin fijeza, al individuo que acaba de interrumpir su sueño.

Un momento después pronuncia una frase ininteligible y vuelve á echarse, produciendo un ronquido, al que siguen otros varios, lo cual prueba que ha olvidado ya que hay otra persona en su domicilio.

—¡Otra ocasión perdida!—exclama Collins, alejándose de la puerta con disgusto.—¡Tenemos un tonto y un borracho! ¡Vaya un par de auxiliares para realizar un proyecto como el mío! ¡Maldita suerte! ¡Todo me ha salido mal esta noche! Pasarán tres horas antes de que ese bestia embrutecido despierte de su sueño. ¡Tres largas horas! Y, entonces, ¿de qué me puede servir ya? ¡Será demasiado tarde!

Así diciendo, coge las riendas de su caballo, y, apoyándose en la silla, parece reflexionar, cual si dudase sobre lo que debe hacer.

—Es inútil esperarle aquí,—murmura,—pues podrá amanecer antes de que se despejen los vapores de la cabeza de ese borracho. Tanto vale volver á la hacienda y esperar allí; ó si no... si no...

Collins no acaba de expresar su pensamiento; pero, fuera el que fuere, debió terminar su vacilación.

Desatando las riendas de la rama, salta sobre la silla y aléjase del jacalé en dirección diametralmente opuesta á la que antes seguía.

¿A dónde va el ex capitán de voluntarios? ¿Qué nuevo proyecto de venganza medita su infernal espíritu? ¿Triunfará, al fin, aquel genio del mal en su lucha contra el genio del bien?

Esto es lo que veremos en la segunda parte de nuestro libro *La Ley de Lynch*.





ÍNDICE

CAPÍTULOS	PÁG.	CAPÍTULOS	PÁG.
I.—El convoy de emigrantes..	1	XVIII.—Espionaje inútil.	50
II.—Guía inesperado.. . . .	4	XIX.—Provocación.	55
III.—La tarjeta.	8	XX.—Preparativos.	57
IV.—La tempestad.. . . .	10	XXI.—El desafío.	59
V.—La morada de Armando. .	14	XXII.—Obsequios femeniles. . .	61
VI.—Captura oportuna. . . .	16	XXIII.—Sentimientos opuestos. .	63
VII.—La serpiente.	20	XXIV.—Tristes suposiciones. . .	66
VIII.—El alacrán.	22	XXV.—Más suposiciones.	69
IX.—El Fuerte Inge.	25	XXVI.—Declaración.	70
X.—Diálogo.	28	XXVII.—Contrariedad.	73
XI.—Grata nueva.	30	XXVIII.—Trato hecho.	75
XII.—El regalo.	33	XXIX.—Correo extraño.	76
XIII.—La jira.	38	XXX.—En pos de la dicha. . . .	76
XIV.—La yeguada.	40	XXXI.—Cita nocturna.. . . .	78
XV.—Juntos.	42	XXXII.—Explicación.	80
XVI.—Grave peligro.	45	XXXIII.—Sorpresa.. . . .	81
XVII.—Visita á la choza. . . .	47	XXXIV.—Una visita importuna..	84

